

"POESÍAS"

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO I.

SEGUNDA EDICION.



MADRID:

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1840.

PRÓLOGO.

Era una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion , centenares de jóvenes con semblante melancólico , con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un atahud , en el atahud los restos de LARRA , sobre el atahud una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento ; la primera vez acaso que se declaraba que el génio es en la sociedad una aristocracia , un poder. La envidia y el odio habian callado ; los hombres de la moralidad de-

jaban para despues la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado , y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes , todos abismados en el dolor , conducíamos á nuestro poeta á su capitolio , al cementerio de la puerta de Fuencarral , donde las manos de la amistad le habian preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos , incrustado de lápidas , entapizado de epitafios , y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber , un encanto inexplicable nos detenia en derredor de aquel túmulo ; y no podiamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba , sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. ROCA DE TOGORES , levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimia , y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto , alzó su voz : LARRA se despidió de nosotros por su boca , y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos , brillantes y

(v)

malogrados días. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no le sientan, que los mismos que le hayan sentido, le habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces á sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece; y se eleva á él, y desde su altura como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situacion. No era amistad lo que sentiamos; no era la contemplacion profunda de

(VI)

aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguracion de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubria, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó mas que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inesplicable magnetismo en que en una situacion vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pediamos al cielo el lenguaje de la triste inspiracion que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra afliccion, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un jóven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en

nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta coleccion, y que el Sr. ROCA tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecido á la fuerza de su emocion, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fue igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos habia hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiracion religiosa de que aun estábamos poseidos, bendijimos á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un génio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre LARRA á la mansion de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de ZORRILLA.

No he recordado aqui esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Mas poética y mas grande fue seguramente que mi descolorida descripcion, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de es-

(VIII)

tas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hácia el ilustre poeta á quien las consagra el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresion que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razon de recordar aquella escena, Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas porque aquella original aparicion me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oimos los versos de que acabo de hacer mencion, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiracion que los habia dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque tambien nosotros estábamos inspirados, y tambien nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo génio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que es-

(IX)

presar; porque entonces como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como PÍNDARO en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella producción no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitación de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica ó romántica, oriental ó filosófica*. Era una composición de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y sin embargo el autor la había escrito algunos momentos antes de aquella reunión á solas en su gabinete, sin auditorio que le escuchara, y bajo la inspiración de su dolor y de su genio. Si á solas también la hubiera leído á cada uno de sus oyentes ¿hubiera producido el

(x)

mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprendible una frase: otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento: un oído *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso: un entendimiento metódico observaria la falta de orden, de conexiion y enlace entre sus ideas: cuál la tendria por *vaga*, y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija; y ¿qué mas? La mayor parte tal vez no hubieran visto en ella mas que una imitacion de Victor Hugo, ó de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion asi leida, sucede todos los dias no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos con otras que se han dado á luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y solo los corazones sensibles y no gastados que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demas poesías de este au-

tor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entonces su inspiracion habia volado sola adonde nuestro entusiasmo voló despues: despues su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez mas poderosa, mas alta, mas fuerte, mas profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oimos de su lira mas que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese gongorismo para los que piensan que la poesía es solo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí en fin la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela por parte de los que todavía estan aferrados en creer que la poesía es *un arte de imitacion!* y que puede ser un método de hacer esposiciones de teorías políticas, ó sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazon y alma, y los que saben que con el corazon y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los ver-

sos, saben tambien lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebató no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra, pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitacion y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo aquel que los canta, principios, ideas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generacion, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitacion, ni la consonancia el eco: entonces por el contrario la conformidad es el sello de la inspiracion, y de la originalidad: entonces dos obras se parecen y distan entre sí un mundo entero: entonces dos autores se imitan sin conocerse: enton-

ces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y HOMERO: entonces se copian SHAKESPEARE y CALDERON. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproducen todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de BYRON, de HUGO, y de CHATEAUBRIAND debe inspirar tambien á los vates españoles; pero su inspiracion no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbrá: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no colores prestados de agena paleta. Fórmese para cada composicion un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiracion original, la naturalidad, la uncion, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció vision y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo, no es mas que la poesía, la naturaleza, la verdad.

(XIV)

A otra serie de reflexiones ha dado además lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hácia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico, hácia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo empero que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenómenos que á nuestra razon y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede, acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer mas insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que mas ostensiblemente y con mas solemnidad quiere como revelarse á nuestra vista. Sí, un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinacion*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hom-

bre, y sobre todo cada especialidad, concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia el libro del mundo es un enigma incomprendible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra, que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío no solo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacia, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatidica para no reconocer en el nuevo génio una *mision* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido fundados en esta opinion, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del génio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efimeras como la mayor parte de

las fugitivas producciones de nuestros días, ó conocidas solo de los inteligentes como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con estrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leidas y releidas, decoñadas y oidas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion. Y no solo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. Tambien son ellas las que, mas críticas é inyectivas han suscitado, tambien han sido parodiadas, y puestas en ridículo é imitadas por malos poetas, que es la mas infeliz parodia; tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprendibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios célebres oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien: esta novedad y admiracion, esas sátiras é inyectivas, esas imitaciones de la mediania y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con

(XVII)

ella, que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes al parecer con esta esperanza y con éxito mas ó menos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de ZORRILLA, ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesia, y si aún no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época: si su aparicion ha sido fatídica, su poesia será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer y mas anchurosa de lo que se cree la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será empero esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos

(XVIII)

del destino no se esplican, ni los vuelos del génio se calculan. Permítasele sin embargo á un alma tambien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las congeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en esplicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginacion, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazon, el sentimiento, la fantasía son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilizacion, la poesía como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofia y la religion, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hácia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hácia un cielo en que la sociedad no cree, la poe-

(XIX)

sía, dejando una region en la que no hallaba tamósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo mas íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun á despecho de la filosofia y del egoismo un corazon palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el mas miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociacion; asociacion que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en comun poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazon sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el génio puede volar aun, pero vuela como el Satanás de MILTON; solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del

mundo envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta ó mas bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia, y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero solo en su presencia, si la reconoce, y solo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debían consagrarse á una religion de amor, serán solamente gritos de desesperacion y de impío despecho, ó estravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal es á mis ojos el carácter de la época presente; tal es tambien su poesía; la poesía dominante, la poesía elegiaca actual, poesía de vértigo, de vacilacion y de duda, poesía de delirio, ó de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía sin embargo que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unísona, y van á herir profunda y dolorosamente á to-

das las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. ZORRILLA ha empezado y no podia menos de empezar por este género. Hijo del siglo, le ha pagado tambien su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado tambien á solas y ha dado al viento sus sollozos: ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba, ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiracion, arrancándole de su individualismo, le lanzó á mas ancha esfera y le hizo recorrer á pesar suyo la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedia el oropel de la civilizacion, sino que intuitivamente penetrantes bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver mas allá bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la

brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado á tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último estremo de desesperacion, y miseria, escarneciendo á los demas y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose qué es lo que tal desorden significa, duda si se debe tomar á serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgia. Entonces evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel génio inmortal parodiaba los suyos. Entonces personificando en *Venecia* á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de CALDERON.

y de **BYRON** la grandeza de su antiguo poderío y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entré la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y escesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion mas poderosa y mas profunda, abarcando de un solo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de **LAMENAI**S y que equivalen á todo un volumen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada mas terrible que la de **DANIEL** sobre el convite de **BALTASAR**, dice que

Unos cayeron beodos,
 Otros de hambre cayeron,
 Y todos se maldijeron,
 Que eran infelices todos.

Empero lo que mas caracteriza al génio,

es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Asi HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLON, asi VIRGILIO casi pertenece al cristianismo y á la edad media, asi el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII, asi CERVANTES en una edad caballeresca todavía predecia y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiracion poética el don de la profecía. El génio actual conserva aun reconcentrado todo lo que en la humanidad debia haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegacion, y heroismo é interes que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganizacion y de duda, como debe serlo el egoismo que nos disuelve, y el escepticismo

que nos hiela, y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose á un puesto mas avanzado y mas digno de su mision, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre, y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celages del oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendicion y alabanza al Creador.

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡la vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginacion debia encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religion y de virtud, de grandeza y de gloria,

(XXVI)

de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar con lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigaban, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado, los tesoros del porvenir, ha sido también el primero á dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y á poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacian las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansion de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de oriente, adornados de galas,

(XXVII)

plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las houries de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descolgar por sobre todas estas memorias la catedral primada, simbolo arquitectural del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciarnos los sagrados ritos de la religion mas bella que ha existido sobre la tierra, oimos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisues y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que assiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobo santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan: los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza, el desprecio de la vida y el odio á

los hombres da lugar á la idea de la inmortalidad , premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que vemos dispersa sobre la superficie de la tierra , reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener más que un sentimiento, una voz , una *oracion* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas : allí estan todas las artes ; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurriendo á un fin comun , todas formando un concierto de los talentos del hombre : el templo abarca toda la vida ; la religion completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad ; y al volver de nuestro arrobamiento , al sentirnos en la realidad de nuestra existencia , no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido , un ¡ ay ! por esos placeres de nuestros padres, por esa fé que alimentaba su vida, una lágrima por esa religion abandonada, un movimiento de sagrado respeto hácia las venerandas reliquias que de ellas nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe escitar con su maravilloso canto ; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de

un libro donde algunos no verán tal vez mas que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias; tal es el pensamiento unitario trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside á su redaccion; y el hilo de union que liga con una trama invisible pero fuerte los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito ZORRILLA, ni á la verdad yo tampoco. La filosofia de que yo hablo es una filosofia viva, animada, que transpira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardin delicioso inspira ideas de placer, como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá ¿ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos? ¿Ha pensado por ven-

tura en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el joven génio que no ha hecho acaso mas que ceder al ímpetu de su imaginacion en una hora de arrebató, y en fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamas? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos? No sin duda, y si hubiera sido capaz de concebirlo no lo hubiera sido de realizarlo; el génio no raciocina, y los poetas como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediacion, suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que solo ellos estan en el secreto del génio, y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los pri-

(XXXI)

mores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven mas que al individuo donde debian ver al poeta, no ven mas que al autor, cuando debian examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de HERRERA. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generacion entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven al mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que á un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazon embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religion y los misterios, y no conocen la terrible personificacion del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pie de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbré á la humanidad, y la enseñe la senda de su destino en la espantosa

noche del escepticismo que la circunda. No. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios, no ven mas que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgia, al hombre que se modela por los demas, y que se hace mas superficial, mas pequeño, mas material y positivo de lo que es en el fondo de su corazon, y luego esclaman: ¡Hé aqui el hombre! ¡Hé aqui el filósofo! ¡Hé aqui el poeta! Pero la sociedad solo ve el génio, solo contempla y admira la creacion de la inteligencia y de la inspiracion. Él se la lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de MEMNON su armonía: ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue á tu grandiosa carrera: avanza de tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazon, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza, y el poder de la inspiracion. Tú manchado de polvo y de fango el

(XXXIII)

cuadro chillante y desentonado de una civilización anárquica y desnivelada: tú has matizado con los tintes de la luz de oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hacia un nuevo período mas brillante y mas filofófico: tú conoces que lo presente no es digno de tí, pero debes saber tambien que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamas, y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazón. Esa edad porque la juventud suspira, esa edad invocada por los votos de nuestros corazones, esa edad tierra de promision en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que á velas desplegadas voga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas

(XXXIV)

y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú solo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones, ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganizacion y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada esta de su egoismo, como aquellos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una comun familia las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofia no le es dado preveer. La providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple pues tu mision sobre la tierra.* No importa que los que á sí mismos se desprecian, los que no se creen nacidos con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, la

(xxxv)

divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que á trueque de no reconocer los privilegios del génio nieguen tambien su existencia hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno á pesar de las tempestades que en el horizonte asomen la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo, yo tambien habia querido lanzarme en ese océano; pero delante de tí, he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí, yo en mis ilusiones habia creido tambien que tenia una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa; la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

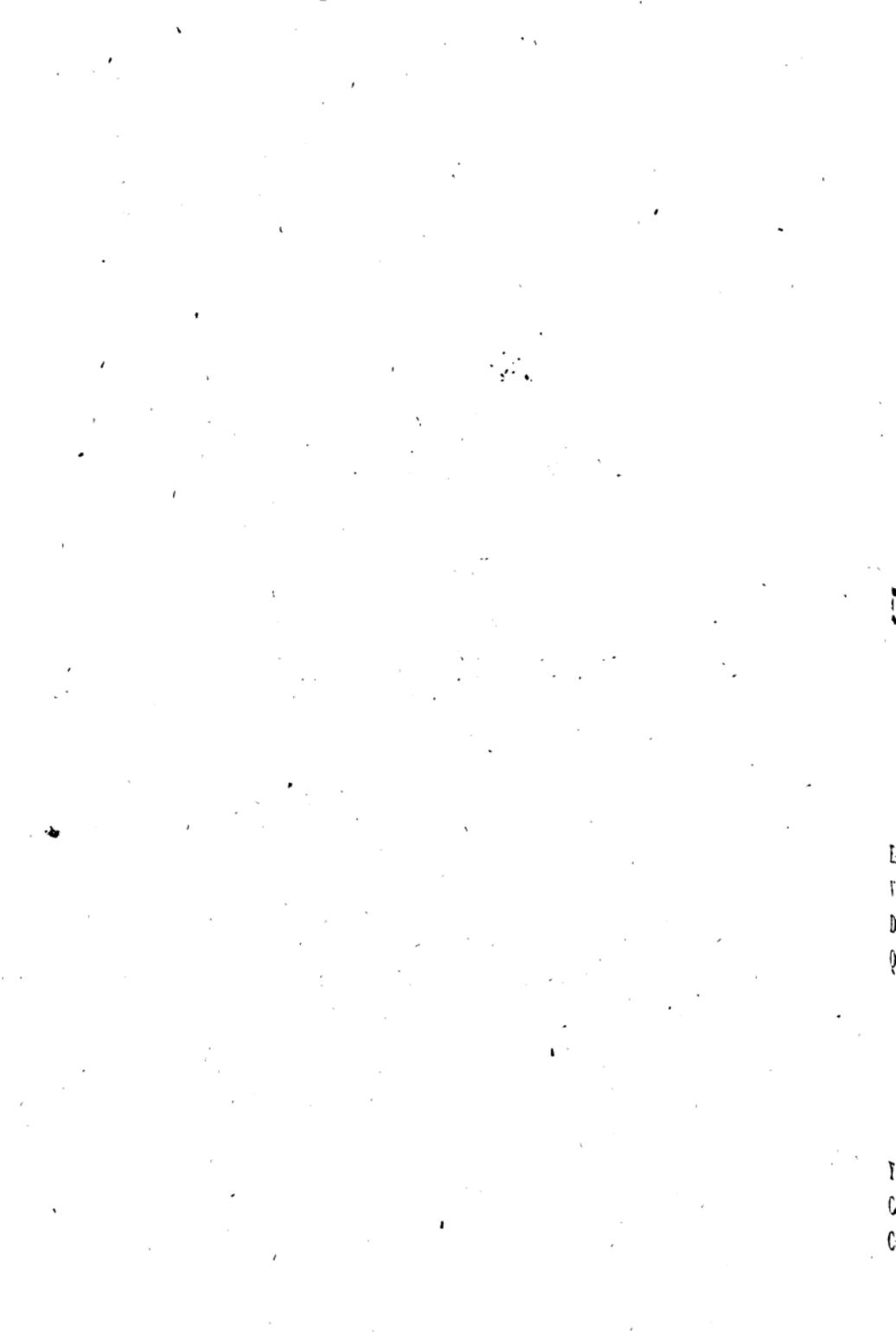
Madrid 14 de octubre de 1837.



PENSÉAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.



E
V
D
Q

Y
C
C

La memoria
La memoria
La memoria

A la memoria desgraciada

DEL JÓVEN LITERATO

D. Mariano José de Larra.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su mision sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una vírgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.

(4)

Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar!



Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su mision,
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendicion.



Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oído
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por tí.
Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño,
Memoria del poeta que perdí!

(5)

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo,
Fetidez y corrupción;

· ¡ Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡ Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aqui
Detras de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

«La venerable congregacion de sacer-
dotes naturales de esta villa puso
aquí esta inscripcion, con permiso
de don Diego Ladron de Guevara,
caballero de la orden de Calatrava
y patron de esta capilla.»

(Capilla de San Salvador, Sepulcro de
Don Pedro Calderon de la Barca.

A Calderon.

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revoada por *la villa*:

Donde se lee en un rincon,
Mas que con ojos con manos,
—AQUI LOS RESTOS HUMANOS
DE DON PEDRO CALDERON.—

I.

Ave osada cuyas plumas
Vistieron de cien colores
Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas.

(7)

A cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y á cuyas alas dió viento
Tu noble aliento español.

A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
A quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra ;

Aguila para volar
Reina del viento naciste,
Fenix al mundo saliste
Para vivir y cantar.

Aguila fue tu osadía,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
A beber la luz del día.

Fenix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Solo se hicieron oír
Al calor de sus hogares.

Aguila tus ojos son,
Y fenix es tu garganta,
Es fenix la voz que canta,
Y águila la inspiracion.

Si el águila ojos te da,
Te da el fenix melodía,
Para tu luz y armonía
Ni ojos, ni oídos habrá.

Mas por desgracia ó fortuna
Ya tu garganta está seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.

Duerme en paz en tu rincón,
 Donde levantó tu gloria
 Una cruz á la memoria
 De DON PEDRO CALDERON.

Que si un marmol reclamó
 Tu grandeza y te le dieron,
 Segun lo que le escondieron
 Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,
 Pero en tan bajo lugar,
 Que pareces aguardar
 Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol,
 Temerán que te ennegrezca...!
 O tal vez no le merezca
 Tu ingenio, y nombre Español.

En vez de tan vil lugar
 Si fueras un potentado,
 Sepulcro te hubieran dado
 Delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero
 Le dan virtud y oraciones
 El oro de sus blasones,
 Y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí,
 En ese rincón inmundo
 Para sarcasmo del mundo,
 Te basta tu nombre á tí.

Que imbécil ó descuidada
 La malignidad del hombre
 Dejó olvidado tu nombre
 Sobre el sello de tu nada.

II.

Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona
Lo poco que soy en mí,
Lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quieren ver,
Pero cuando mas te miran,
Mas imposible ha de ser.

¡Su lumbre van á perder
Ojos que por tí delirân!

Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma;
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pie dél
Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,
Digno Calderon, de tí,
Si el que á llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,
A tu vez llora por mí,
Que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiracion
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz... triste memoria
De DON PEDRO CALDERON.

TOLEDO.

Negra, ruínosa, sola y olvidada,
Hundidos ya los pies entre la arena,
Allí yace Toledo abandonada
Azotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
Aun asoma su frente carcomida ;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pie de su blason.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fue.
Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

El sople abrasador del cierto impío
Ciñó bramando sus tostados muros,
Y entre las hondas pálidas de un río
Una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí— yace tendida
En el polvo sin armas y sin gloria,
Monumento elevado á la memoria
De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
De este monton de cieno y de memorias
Se levanta dulcísima armonía...
Cruza las sombras cenicienta luz:
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces,
Una hora despues apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna
Al través de los vidrios de colores
El brillo de una lámpara moruna
Colgada al apagarse en un altar;
Apenas entreabierta una ventana
Anuncia un ser que sufre, llora ó vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
Ese pueblo, en la alta noche,
Alza el rostro macilento
Despertando con pavor;
Fingiendo en la sombra oscura
La mal abierta pupila,
La transparente figura
De un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria
Se levantan confundidas
Una bruja, y una historia
De la santa religion,

Mientras en el polvo la frente
A la bruja , ó á María
Dirige indistintamente
Su sacrilega oracion.

Y en su ignorancia grosera
Mezcla acaso en un ensueño
El nombre de una hechicera
Con el nombre de Jehová.
Con el vaticinio inmundo
De un *saludador* infame,
El del redentor del mundo
En torpe amalgama va.

La luna en tanto pasea
Cruzando el azul tranquilo ,
Y los despojos blanquea
De tanta generacion :
Esas páginas sin nombre,
Cifras de un siglo ignorado ,
Que alzó la mano del hombre
Del hombre para baldon.

Esas santas catedrales,
Cuyos pardos capiteles,
Cuyos pintados cristales,
Cuya bóveda ojival,
Cuyo color ceniciento,
Cuyo silencio solemne
Cobijan por pavimento ,
Una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan ,
A par de ruidosa orquesta ,
Cantares que se levantan
Hasta los pies del Señor :

Sobre ella flota el perfume
 Que la atmósfera embalsama,
 Y en oblacion se consume
 Oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa
 Al bramar del viento bravo,
 Armonía misteriosa
 En el templo se hace oír.
 Es un cántico tremendo,
 Ronco, vago, agonizante,
 Una voz que está pidiendo
 Por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,
 Del terrible *miserere*,
 Cuyo monótono canto
 Miedo infunde al corazón:
 Y en la bóveda rodando
 Saliendo al aire flotante,
 Al mundo va predicando
 Una santa religión.

Y bajo la piedra helada,
 De los hombres que murieron
 Se oye la voz apagada
 El triste salmo decir:
 Y la campana sonora
 Remedándola en el aire
 Con la voz de alguna hora
 La hace en el aire morir.

II.

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla
 De ese torrente que á tus pies murmura,
 Que con agua pesada y amarilla
 Roe y devora tu muralla oscura,
 Que llora avergonzado tu mancilla,
 Tu perdida riqueza y tu hermosura,
 Y calla por piedad á las naciones
 Que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
 Los ángeles y brujas de tus cuentos,
 Las danzas de los santos con las hadas,
 Los misterios ocultos en los vientos;
 Duerme, sí, con tus farsas parodiadas
 Prenda de tus señores opulentos:
 Sepulta en barro tu diadema de oro
 Y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria
 Vanos recuerdos de ayer:
 Apenas hoy de esa historia
 Nos queda un *Zocodover*,
 U otro nombre en la memoria.

Ceñida entonces la plaza
 De ancho tapiz toledano,
 En la arena húmeda emplaza
 Un moro de noble raza
 A algun capitán cristiano.

Vestidos estan de flores,
Que avergüenzan un jardin,
Balcones y miradores;
Cristales son de colores
Los del Miramamolin.

Solo abierto hay un balcon,
Y es el balcon del Sultan,
Y armados de alto lanzon
Ginetes debajo estan
Por respeto á la funcion.

Y las musulmanas bellas
Detras de las celosías
Muestran ocultas estrellas
Sus ojos, que en tales dias
No hubiera luces sin ellas.
¡ Bellas son las orientales!

Delicados como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.

Por eso zeloso el moro
Tendió en sus ojos un velo,
Que es mas rico su tesoro
Que el color azul del cielo
Teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
Aguas de olor en la arena,
Que dan aroma y frescura,
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,

(16)

De luz y de aire embriagadas
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.

Gala del hombre de oriente
Era la altiva Toledo:
Hoy conserva solamente
Cieno en la caduca frente,
Y dentro del àlma miedo.

La árabe *Zocodover*,
Solitaria y carcomida,
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.

Hoy á las cañas de moros
A lo mas ha remplazado
Con una farsa de toros,
Y á los adufes sonoros
Con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robóle el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto alcázar moruno.

III.

Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y día
Del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca
En que leer delectando apenas
La era en que una tribu noble ó loca
Cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras
En que á través de seda y pedrería
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe sería.

Esos són los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura:
Quedan en vez de cantos orientales
Himnos al Dios que mora en el altura.

Ya no hay cañas, ni torneos
Ni moriscas cantilenas,
Ni entre las negras almenas
Moros ocultos estan;
Hoy se ven sin celosías
Miradores y ventanas,
No hay danzas ya de sultanas
En el jardin del Sultan.

Ya no hay dorados salones
En alcázares reales,
Gabinetes orientales
Consagrados al placer;

Ya no hay mugeres morenas
 En lechos de terciopelo
 Prometidas en un cielo,
 Que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de oriente
 Presos en redes de oro,
 Cuyo cántico sonoro,
 Cuyo pintado color
 Presten al aire armonía,
 Mientras en baño de olores
 Dormita soñando amores
 El opulento señor.

No hay una edad de placeres,
 Como fue la edad moruna,
 Igual á aquella ninguna,
 Porque no puede haber dos;
 Pero hay en gótica torre
 De parda iglesia cristiana
 Una gigante campana
 Con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
 En cien góticos pilares,
 Y cruces en los altares,
 Y una santa religion.
 Y hay un pueblo prosternado
 Que eleva á Dios su plegaria
 A la llama solitaria
 De la fé del corazón.

IV.

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
En los pliegues del ronco torbellino,
A cuya voz vacila el firmamento
Y el hondo porvenir rasga el destino.
La cifra de ese nombre vive escrita
En el impuro corazon del hombre,
Y él adora en un árabe mezquita
La misteriosa cifra de ese nombre.

EL RELO.

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reló se cuenta
La voz que dobla á compás;
Si al cruzar la estensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detras;
Se finjan allí los ojos,
Y el corazón se estremece,
Que según el tiempo crece
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia mas bella
porque se pierde despues.
¡Tremenda cosa es pasando
Oír entre el ronco viento,
Cuál se despliega violento
Desde un negro capitel

El son triste y compasado
De el reló, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo
De una eternidad emblema,
Que está como una anatema
Colgado en una pared,
Rostro de un ser invisible
En una torre asomado
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,

Parece un angel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar ;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana ,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.

Partee el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad ;
La envió á reir de los hombres.
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina ,
Porque el sol es la verdad.

Así á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura
Crece la humana locura ,
Mengua el tiempo en el reló ;

El sol alumbra las horas
Y el reló los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta
Y se embriaga y rie y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmóvil un reló marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.

Tal vez detras de la esfera
Algún espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el día
Para hundirse en occidente
Asoma la calva frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna
Allá en la noche callada
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;

(23)

Quizá la esfera arrancando,
Asume al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reír.

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso ser,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fue*.
Es triste oír de una péndola
El compasado caer
Como se oyera el ruido
De los descarnados pies
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oír su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo
Como la primera vez.
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también,

(24)

Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reló dando las horas
Que no habrán mas de volver ;
Y murmurando á compas
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo — “ ¡nunca!,
¡Nunca!, ¡nunca!” — vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fue.

La luna de Enero.

—0000—

El prado está sin verdura,
Y los jardines sin flores,
No cantan los ruiseñores
Amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo
Del viento, que ronco brama,
No brôta en la seca rama
Tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes
Por entre sutiles bocas,
Que ruedan desde las rocas
En vez de arroyos torrentes.

La luz que los aires puebla
Pesada, amarilla y tarda,
Se pierde en la sombra parda
De la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo
Color de los funerales,
Y son del alba cristales
Los carámbanos de yelo.

Brota á los rudos estragos
Con que el invierno la abruma,
La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.

Y hacinados de ancha boguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.
Y baja amarillo el rio,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas desgajadas
Al furor del cierzo impio.

Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube,
Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.

Que en vez de sombra importuna
Vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesananas de la luna.

Que la noche en recompensa
Callando los vendabales
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste
Despues del dia mas triste
De la estacion mas ingrata!

Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cuál con la lluvia rielan
Las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas
Lanzando un grito violento,
Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzon las velétas.

Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque más la temamos
La noche la sombra abulta.

Pues por completa ilusión
La noche miente tan bien,
Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.

El aire cristales miente,
Plata los pliegues del río,
Lluvia de ambar el rocío,
Nacar y perlas la fuente.

Y alza á lo lejos el monte,
Como filas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.

¡ Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y espirar !

Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,
Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.

Pensar un velo sutil
Ocultando un blanco cuello,
Y buscar detras de aquello
Un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo,
Dos ojos ó dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo.

Hasta la misma amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiere mas hermosura ;

Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

Reina de los astros ; Luna!
Como tu luz no hay ninguna ;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.

Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan extrema,
Bello es del alba el color,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre quema.

(29)

¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra á la nada
Los contornos del misterio.

¡Oh noches encantadoras,
Volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas
Que embellecen seductoras
Del ánima la tristeza!

Como aquellas ; no hay alguna !
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesanas de la luna.

A una Mujer.

Ayer el alba amarilla
Al anunciar la mañana
Pintaba de tu ventana
El transparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba á la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.

Ayer al rumor tranquilo
De la corriente vecina
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruseñor;
Y pájaros, flores, fuentes
Saludando al nuevo dia
Le prestaban armonía
En cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,
El cielo azul y sereno,
El jardin fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;

(31)

Eras tú niña y hermosa
Sin rubor sobre la frente,
Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas
Niña ó angel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez;
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazón;
No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusión.

Para tí no había tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No había infierno de amores,
Ni fastidio del placer;
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendías ayer.
¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¿Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita olvidada flor?

Tus hojas yacen quemadas,
Tu caliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.

Niña de los negros ojos,
¿A qué viniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¿Qué esperas del mundo, di?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda te mece,
Tu aroma se desvanece...
¿Quién demandará por tí?

Angel mio, vuelve al cielo
Antes que el mundo te vea,
Que los placeres del suelo
Placeres malditos son.
¡Oh! por el gozo de un dia
No compres, no, tu tormento;
El cielo es solo ; alma mia!
De los ángeles mansion.

Hoy es tarde...! eres muger!
Leo en tu frente humillada
El porvenir de la nada
Entre las huellas de ayer.

Veo en tu rostro bullir
Ese torcedor secreto...
Tu velar es hoy inquieto,
Es inquieto tu dormir!

Lívida está tu megilla,
En desorden tus cabellos...
Muger, mal prendida en ellos
Olvidada una flor brilla.

Anoche en vez de oracion,
Desesperada en el lecho,
Exhalaste de tu pecho
Sacrílega maldicion.

• Que en el cristal transparente
Contemplastes aterrada
Del negro crimen grabada
La marca infame en la frente.

Que mal sujeta á tus flores
Entre tus gasas y lazos,
Rasgando van á pedazos
Tu hermosura los dolores.

¡Ay! inútilmente lloras
El desvanecido encanto,
Entre las ondas del llanto
No vuelven, muger, las horas.

Dióte el mundo oro y placeres
Cumpliendo al fin tus afanes,
Idolo de los galanes,
Envidia de las mugeres;

Y á luz saliste ufana
Con tu hermosura ¡oh muger!
Sin acordarte de ayer,
Y sin pensar en mañana!

(34)

¡Ay! en la tumba concluyen
El gozar y el padecer
Del mundo vano.
Y los vicios nos destruyen,
Y nos matan ¡oh muger!
Tarde ó temprano.

Y tú, caida palmera...
Porque vendiste tu amor
A precio infame,
Has querido vil ramera
Que á tus puertas el dolor
Mas presto llame.

.
.

Tal vez lúbrico magnate
Te inundó por un placer
De oro y cariño,
Y mientras su rey combate
Él te cobija, muger,
Bajo su armiño.

Tal vez coronada frente
Descansó en tu impuro pecho
Tu amor comprando,
Y hoy el mendigo indigente
Te negará el pobre lecho
Tu frente hollando.

(35)

Pásaron, niña, los días,
Con ellos las ilusiones
 Infantiles,
Con ellos vienen impías
Las tormentas y aquilones
 De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
Remordimiento, amargura,
 Y desengaños:
Que en sus pliegues roedores
Gala, placer y hermosura
 Hunden los años.

¡Murió! La voz de la fatal campana
Apagó su memoria y su oracion;
Nadie su nombre buscará mañana;
Yace su tumba en fétido rincón.

Aquel clamor fatídico y doliente
Se plegó entre las flores del jardín,
Vibró con los cristales de la fuente,
Rodó sobre los brindis del festín.

Y en oculto elegante gabinete
Brusco y agudo penetró también,
Y se estrelló entre el humo del pebete
De alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido
Sobre sus restos á ofrecer no van,
Que es sudario de infames el olvido...
¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

ORIENTAL.



Dueña de la negra toca,
La del morado mongil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
Del Zenete mas bizarro,
Y con su fresco verdor
Toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
Y armaduras, y pebetes,
Y diera... ¡que tanto vales!
Hasta cuarenta ginetes.

Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbe dora.

Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos...
Le arrancaron para tí
De la corona de un Dios.

(37)

De tus labios, la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.

¡Oh qué hermosa nazarena
Para un harem oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,
En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!

Ven á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el Sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para tí.

Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza
Pará pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

A Venecia.

Alli está Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasones;
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que á sueldo tenia soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta, que un dia imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
Y enviáronla buques, soldados la dieron,
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un dia á sus ojos la tierra callaba,
Un dia su nombre la tierra llenaba:
Pusieron los dias, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa sultana,
Que tiene su corte ridícula y vana
Allá en un palacio que el sultan la dió.

(39)

¡Venecia la encantadora,
La de los pardos pilares,
De las ciudades señora,
La señora de los mares,
La corona de jardines
Colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
Los que valen lo que vales.
Hechizo de Italia, sí,
Mas del poeta la lira
No es por tí por quien suspira,
No, Venecia, no es por tí.

¿Qué valen tus gondoleros,
Y tus regatas vistosas,
Tus republicanos fueros,
Tus máscaras revoltosas,
Y tus timbres altaneros,
Sin los ojos hechiceros
De tus hermosas?

¡Ay! que tus dias pasaron...!
Venecia, la maravilla,
A quien monarcas doblaron
Otro tiempo la rodilla,
Tus timbres ¡ay! se borraron,
Tus señores olvidaron
La hermosa villa.

(40)

Antigua reina del mar,
Mal encubres tu caída
Tus bodas al celebrar
Con la posesión perdida.

Llora, Venecia, sí, llora,
Haz duelo en amargo llanto,
Que tus esclavos, señora,
Escupen sobre tu manto.

Reina, tu Adriático brama
Lejos ya de tus confines;
Olvídale, noble dama,
Entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,
Tu raudo león no vuela,
Sobre sus garras dormido
Por tu grandeza no vela;
Brioso alazan herido,
Su caballero ha perdido
Freno y espuela.

Un capricho que pasó,
Matrona opulenta, fuiste;
Tu príncipe te olvidó;
Hermosa, ya envejeciste
Y tu tez se marchitó;
¡No pienses, Venecia, no,
En lo que fuiste!

II.

¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Reir, hasta que seca la garganta
Niega paso á la voz enronquecida;
Cantar, hasta que el alba se levanta,
Que yace en el Adriático dormida.
¡Opulenta Venecia, rie y canta!

Rie y canta, señora de los mares,
Que la risa y la voz cubren el llanto;
Y mientras roe el tiempo tus pilares,
Y deslustra la lluvia el áureo manto,
Risa, y juego, y festines, y cantares...
Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
La voz de un enfermo apaga,
Que un suspiro de agonía
No penetra en un festin.
Canta, Venecia la bella,
Para cubrir el crujido
De tu poder que se estrella,
Y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada
Para apagar un gemido,
Fatídica campanada
Preludio de un funeral;

Melancólica armonía
 Que en la bóveda del templo
 Vibra al espirar el día,
 Y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres,
 A tu pompa y tu hermosura,
 Hoy, Venecia, solo eres
 Una memoria de ayer,
 Un sepulcro cincelado
 Entre flores y perfumes,
 Donde yace abandonado
 Tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino
 De una vírgen desgraciada,
 Ofrenda al verbo divino
 Suspendida en un altar;
 Barro inmundo en que grabaron,
 Con mano desesperada,
 El nombre que te legaron
 Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
 ¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
 Que en un festín espléndido y brillante,
 Duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.

UN RECUERDO

y un Suspiro.



Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra saludando al día
Desata rios, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores
Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que trepando por el monte
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.

Bello es el mundo, sí, la vida es bella...!
Dios en sus obras el placer derrama:
Solo no encuentra su contento en ella
Un corazón que el imposible ama.

Él solo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva;
Él solo melancólico la mira
Cómo en sus pliegues su esperanza lleva.

Solo él sabe que el sol en occidente
Al sepultarse, le arrebató un día,
Y la noche, al caer sobre su frente,
Con su misterio aumenta su agonía.

(45)

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra y las estrellas,
Ven las horas rodar... y sus dolores
Rodar tambien para volver con ellas!

Corazon que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazon acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora
Con ese llanto que quema,
Con la noche y con la aurora,
Con ese sol que colora
En la frente un anatema.

Se llora con el placer,
Se llora con el pesar,
Con el recuerdo de ayer,
Y mañana... hay que llorar,
Si nos ama una muger.

Tú, velado á la tormenta
De borrascosa pasion,
No sabes cómo se aumenta,
Cómo inflamada revienta
La pena en el corazon.

Cómo le devora eterno
Ese esperar indeciso,
Cómo abrasa el fuego interno
De tener hoy un infierno
Donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!
¡Sentir y no consentir!
¡Morir viviendo olvidado!
¡Ay! ¡morir de enamorado
Y no poderlo decir!

Bullir en el pensamiento
El bello ser de otro ser...
Y ese roedor tormento,
Que hemos bebido en el viento,
En la voz de una muger!

Si, mis oídos la oyeron,
Mis ojos la contemplaron;
Era hermosa y la creyeron...
Mis oídos me mintieron
O sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
Para dejar sobre la tierra impía
Alguna oculta maldición del cielo,
Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,
Y por único alivio en mi honda pena
"Canta," me dijo, y la visión flotando
Se deshizo en la atmósfera serena.

II.

A D. N. PASTOR DIAZ.

Poeta, ven y cantemos
A una voz nuestros amores;
En una arpa los lloremos,
Que bien cobijarse vemos
A un arbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
Tú cantarás mi dolor,
Que igual el de entrambos fue,
Y harto yo solo lloré
Una muger, un amor.

Hagamos doliente y tierno
A nuestro canto improviso,
Del mundo un recuerdo eterno,
Y donde estuvo un infierno
Alcemos un paraiso.

A Don Jacinto de Salas

y Quiroga.

Es el poeta en su mision de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida
Blanca flor, que del tallo desprendida
Arrastra por el suelo el huracan.

Un angel que pecó en el firmamento,
Y el Señor en su cólera le envia
Para arrostrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afan.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiracion su alma,
Por eso el corazon de triste duelo
Vestido está tambien.

Que por único alivio en su tormento
Solo le queda una cancion inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío,

Tú que á remotos climas has llevado
Tu noble y melancólico cantar;
Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada
Que levanta su murmullo
Sobre la peña olvidada.
Como el ósculo inocente
Con que el maternal cariño
Selló la tranquila frente
De su hijo mas pequeño,
Como el suspiro de un niño
Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu mision sobre la tierra,
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra
El libro del destino
Escrito para tí.
Hasta que espiren los revueltos dias
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito espías,
;Ay! porque escrito está
Que has de salir de aqui.

De aqui, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor
Detener tu raudó vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo.

Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansion,
Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura
Que no está en tu corazon.

Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.

—“Hay una flor que embalsama
» El ambiente de la vida,
» Y su fragancia perdida
» Tan solo no se derrama
» En tu alma dolorida.”—

Es un privilegio impío
Mirar el placer ageno
En su loco desvarío,
Y en el corazon vacío
Sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta muger hermosa,
Con esa tez transparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galan,
Tanta enamorada bella,

(51)

Que en plática amante van
Sin curarse *él* de tu afán,
Sin adivinarle *ella*.

¡Y el poeta en su misión
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazón,
¡Sin mas que una maldición
Escrita en el pensamiento!

De su sentencia mortal
Con un día y otro día,
Llenando el cupo fatal;
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.

A. . . .



Déjame oír tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino en tanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,
Y es justo que le cantes y le adores;
Puro y tranquilo resbaló tu día,
Tu sien de niño coronó de flores.

Para tí son la risa y los festines,
La tierra para tí tiene placeres,
La tierra para tí tiene jardines,
Y para tí son bellas las mugeres.

Y tiene luz el cielo transparente,
Color azul y lánguidas estrellas,
Y ese fanal que alumbra tristemente
Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
Quema y devora cuanto en torno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente á la llanura,
Y arranca frutos, árboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
Vine á surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.
No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
Hecha de fuego mi alma,
Sin un momento de calma
En las horas que viví.

.
.
.

¿Por qué en el lánguido aliento
De una muger que suspira,
Solo el poeta respira
Su amargura y su tormento?
¡Ay! ¿de qué le sirve al triste
La fogosa inspiracion,
Si es de tierra el corazon
Y su voluntad resiste?
En los góticos salones,
En las pintorescas ruinas,
Canta con notas divinas
Sus misteriosas canciones.
Y cree sus fábulas bellas,
Y en su entusiasmo violento
Su espíritu va en el viento
Por cima de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre

Y ve su miseria en calma:

¡Ay, no comprende su alma

Y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel

Que de riqueza cargado,

Surca el mar alborotado

Para naufragar en él.

Mas yo vi el tronco mortal

De avaro conquistador

Al amarillo fulgor

De lámpara funeral.

Era de marmol su lecho,

Era de marmol su frente,

Doblada lánguidamente

Sobre su desnudo pecho.

De marmol la mano fria,

Que el hierro no sujetaba,

Su espalda le sustentaba,

Si érase un hombre dormia.

Vi un rey, que el trono perdió

Porque al vasallo le plugo,

Caminar junto al verdugo

Que el cadalso levantó.

Vi una hermosa que arrastraban

Sobre féretro asqueroso,

Y con cántico medroso

Sacerdotes la rezaban.

Vi ricos y potentados

En sus inmundos placeres,

Entre orgías y mugeres

De sus hijos olvidados.

“Vivamos hoy,” se decian

En el lúbrico festin;

Y otros con ayes sin fin

El sustento les pedian.

Y unos cayeron beodos,

Y otros de hambre cayeron,

Y todos se maldijeron,

Que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal

Vi la sombra del poeta,

A quien el tiempo respeta

Y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,

Y alza al cielo su cabeza,

Fijos con noble fiereza

Sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes

Orgullosa triunfador,

Intérprete del Señor

Sobre la ley de los reyes.

.

.

Oye, sublime cantor,

Si es fuerza que al fin sucumba,

Si al fin bajo á ignoble tumba

A dormir con mi dolor;

Si al fin con el viento vago

Mis versos se perderán,

Cual fuentes que á morir van

Al cieno de hediondo lago;

Cuenta al mundo mi amargura,

Cuéntale mi suerte impía,

(56)

Que sepa al menos que un día
Quise volar á la altura.

Y borra, borra mi nombre
Si le han grabado en mi losa,
Que no le insulte orgullosa
La imbécil planta de un hombre.

Solo una flor amarilla
Que el cierzo marchitará
Entre el cesped brotará
De mi sepulcro en la orilla.

¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
Sobre una tumba desierta?
¿No temes la noche yerta
Tan solitaria y tan triste?

¡Pobre flor! ¿A qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
Pero morirás mañana.

¡Ay! ¡pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?

Oriental.

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo éste á una muger
Que entre sus brazos lloraba:
— Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo ya, mi sultana,
Un nuevo Edem para tí.
Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con mas de cien surtidores.
Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
Estiendo mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mio.

Alli la altiya palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.

Alli el robusto nogal,
Alli el nópalo amarillo,
Alli el sombrío moral
Crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres;
Que desiertos mis salones
Está mi harem sin mugeres,
Mis oidos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.

Y te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Mas blancas que las espumas
De nuestros mares de oriente;

Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios... amor!—

— ¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme moro,
A mi padre y á mi patria,
Que mis torres de Leon
Valen mas que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la megilla una lágrima :

—Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son mas bellas tus flores,
Por ser tuyas, en Leon,

Y tú diste tus amores
A alguno de tus guerreros,
Hourí del Edem, no llores,
Vete con tus caballeros.—

Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitan de los moros
Volvió en silencio la espalda.

La Meditacion.

Sobre ignorada tumba solitaria,
A la luz amarilla de la tarde,
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la muger que amé.

Apoyada en el marmol la cabeza,
Sobre la húmeda yerba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pie.

Aqui, lejos del mundo, y sus placeres,
Levanto mis delirios de la tierra,
Y leo en agrupados caracteres
Nombres que ya no son.

Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Coigada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oracion.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz:

Y se despide del albor del dia
Desde una alta ventana de la torre,
Ó trepa de la cúpula sombría
A la gigante cruz!

(61)

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde él suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos

La hace aturdida huir.

La funeral sonrisa me saluda

Del solo ser que con los muertos vive,

Y me presta su mano áspera y ruda

Que un féretro va á abrir.

¡Perdon!; no escuches, Dios mio,

Mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío

Como el murmullo de un río

Entre los pliegues del viento!

¿Por qué una imagen mundana

Viene á manchar mi oracion?

Es una sombra profana,

Que tal vez será mañana

Signo de mi maldicion.

¿Por qué ha soñado mi mente

Ese fantasma tan bello,

Con esa tez transparente

Sobre la tranquila frente

Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto

Con pompa y mundano brillo,

Se muestra anegada en llanto

Al pie de altar sacrosanto,

Ó al pie de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada

En templo que se arruinó,

Y en la piedra cincelada

(62)

Que en su caída encontró,
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oído,
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente
En la mansion del olvido.

¡Mi crimen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

Cuando estas tumbas visito
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mío,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!

Á LA ESTATUA

DE

ERVANTES.

Esa es su sombra... el alma avergonzada,
Para mas no volver, huyóse al cielo:
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora,
Segun se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrára un compañero
Al pie del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallára un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,
Á quien tender la cercenada mano,
Á quien llevar en pós al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente
 Al firmamento azul noble y tranquila,
 Y no mira por eso transparente
 Apagada á la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros días,
 Yerta figura con ageno nombre,
 Como su original arrastra impías
 Horas de duelo en la mansion del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado
 La turba ociosa y soldadesca inquieta
 Dentro de su armadura de soldado,
 Ó envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy en la inmoble colosal figura
 Derramada la lluvia se destrenza,
 Y está sombrío en pie sobre la altura,
 Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus pies, negro milano
 Que á la boca asomó de un hormiguero,
 Y quiere el ojo comprender en vano
 Cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate
 Rodar, y se estremece á su carrera,
 Y soldados que marchan al combate
 Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo entre los árboles perdidos
 Como sueños pasar contempla inquietas
 Las sombras de políticos caidos,
 Las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su megilla
 Alumbra el sol bajando al occidente,
 Al contemplar su revocada villa
 Sin porvenir, alegre ó indolente.

Hubo un CERVANTES cuando aquel vivía,
Cuando en vez de esos hierros era un hombre;
Llamáronle poeta, y poseía

Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta
Y le escondió en su seno el torbellino,
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormía?

¿Á qué traerle con tenaz empeño
Á sufrir otra vez la luz del día?

¿Á qué su sombra de la tumba alzaron
Estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,
Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas:

Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde,
La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba:

¿Qué piensas del mundo, di?
Tú que le dejaste ya,
Cuya voz no se alzará,
Cuya sombra quedó aquí.

¿Qué piensas de ese magnate
 Que ha perdido el sol de un día
 Embriagado en una orgía
 Mientras su nación combate?

¿Qué piensas tú de esos reyes (1)
 Que arrastra un frenado bruto
 Entre vírgenes de luto
 Huérfanas hoy por sus leyes?

¿Qué piensas, genio inmortal,
 De ese pueblo soberano
 Que abre paso á su tirano
 Sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro,
 Á quien condena la suerte
 Á sufrir desde la muerte
 En tu patria tu destierro,

¿No es cierto que allá en su afán
 Espera tu desconsuelo
 Que te arrastre por el suelo
 Un revoltoso huracán?

II.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
 ; En estrangero idioma por fortuna!
 Tal vez será tu nombre un *Sambenito*
 Que vierta infamia en tu española cuna.

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

(67)

¡Hora te traje á luz desventurada!
¡Español eres...? lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

¡Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,
Recuerdo que los tiempos han roido
Que algun rico libró de la carcoma!

Maldita es tu mision sobre la tierra;
Los que mueren sus males acabaron,
Todos sus restos su sepulcro encierra...
Los tuyos del sepulcro los robaron.

Hélo alli que se levanta
Como fantasma furioso,
Que magulla con su planta
Los que á su morada santa
Van á turbar su reposo.
Porque su nombre y su gloria
Solo al tiempo las vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no.

Que por eso en su amargura
Abortó un libro coloso,
Que á su renombre asegura
En las edades reposo.
Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En su cubierta roida,
En caracteres jigantes

Dos genios con una vida,
Un *Quijote* y un *Cervantes*.

Y si entre la espesa bruma
De esta edad que bulle inquieta,
De hediondo mar alba espuma,
El genio de otro poeta
Despliega su blanca pluma;
Si algun bardo colosal
Levanta entre la tormenta
Su cántico celestial,
De una centuria sangrienta
Salmodiando el funeral;

Cuando el tiempo, hombre sombrío,
El orbe rompa á pedazos,
Que sostenido en tus brazos
Huya su cuchillo impío;
Y en el dia de furor,
Cuando al eco atronador
De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle,
Y dile que era un POETA.

ELVIRA.



Con furia en el bosque luchaban los vientos,
Del pino tronchado sonoro estallido

Se oía crujir:

Y el ave agorera sus tristes lamentos
Callaba, y del trueno lejano el bramido

Se hacia sentir.

Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
Que en sulcos deformes la tierra partía

De angustia colmada:

Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,
El hombre dijera que el mundo se ardía

Tornando á su nada.

Encina nudosa nacida entre peñas

Por donde derrumba su espuma un torrente,

Se mira á lo lejos:

Y apenas alumbra el rayo en las breñas

El arco ruinoso de gótico puente

Con tibios reflejos.

Suspense en la cima del árbol añoso,

De ramas tejido descendié un asiento:

En él aparece

Fantástica bruja de aspecto asqueroso

Sentada y serena.— Con ímpetu el viento

Silvando la mece.

— Vi palacios magníficos un día
 Cuando fortuna en torno me refa,

Vi donceles y dueñas,
 Que humildes me acataban;
 Los vientos no zumbaban
 Entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,
 Y oía al par los ecos apagados
 De una lira distante;
 Porque es grato á las bellas
 Escuchar las querellas
 De su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra
 Bramando de furor — mustia la tierra

Lloró por su venida, —
 Y vestido de acero
 Fue al campo el caballero,
 Y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios
 Respirando venganza. — ¡Sanguinarios!

Mis tierras ¿qué se hicieron?
 Mis fieles servidores
 En medio estos horrores
 Luchando sucumbieron. —

Y el último era un héroe — y yo vagaba
 Allá en su mente á tiempo que espiraba!

Muriendo ¡ay! me decía,
 “Mi Elvira encantadora,
 Lloro tu esposo, llora
 Sobre mi tumba fría.”

Lloré y venganza le juré á mi esposo,
 Y se la dió, que incendio estrepitoso

(71)

Consumió los salones
Que vivió su asesino;
Solo halló cuando vino
Denegridos terrones.

Contra su altiva frente el cielo mismo
Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
Le tragó del torrente.
Yo le miré suspenso
Sobre el espacio inmenso
Maldecirme demente.—

Y me gozaba, y aplaudia en tanto,
Y daba al viento el desacorde canto
De la venganza mia;
Y oír sonar cercana
La lúgubre campana
Al tiempo que moria.

Crece ahora, huracán — alza bramando
Tu saña contra mí — yo iré cantando
Mis himnos funerales;
Con mis manos heladas
Yo romperé selladas
Las puertas infernales.—

Cantaba la vieja: con sordo mugido
Los vientos llevaron su triste cancion:
Del rayo en un punto el arbol herido,
Con ella caía:
Su grito de muerte se oyó, y todavía
Vagó por sus labios postrar maldicion.

La tarde de Otoño.



Ya viene el revuelto otoño
Recogiendo fresco y flores;
Pasó el sol con sus calores,
Y alumbra al fin otro sol;
Pasaron las alboradas
Deliciosas de la aurora,
Que el horizonte colora
De purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras
De la luna y los jardines;
Las noches de los festines
Tras el otoño vendrán.
Pasó el tiempo de las citas
Á deshora entre las rejas,
Los cuidados de las viejas,
De las niñas el afán.

Pasaron las serenatas
Debajo de los balcones,
Las rondas y las canciones
Del mancebo emprendedor.
Todo es ya triste: la tierra
Pierde su brillante aliño,
Y el amor, que es pobre y niño,
Alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche
Entre su sombra importuna,
Si pierde su blanca luna
Y sus horas de placer;
Si pierde la fresca aurora
Sus aromas y sus flores,
Sus nubes de cien colores,
Su aureola de rosicler;
Le queda en cambio á la tarde
Todo el encanto del dia,
Y henchida de su armonía
Sale el sol á despedir.
Bella es la tarde que baja
Por el rosado occidente,
Y se apaga lentamente
Para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,
Y el firmamento una hoguera,
Es oro la ancha pradera,
La ciudad, el rio, el monte.

Rey de los astros, el sol,
Del regio trono al bajar,
Su pompa querrá ostentar
En su manto de arrebol.

Por eso suspenso está
De su reino á la salida,
Jurando á su despedida
Que mañana volverá.

Banda de nubes de grana,
 Que con sus reflejos tiñe,
 Flotando en torno le ciñe
 Como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,
 Filigrana de la tarde,
 El sol que á su espalda arde
 En colores desmenuzan.

Y al hundirse en occidente
 Partida en muchas la llama,
 Por el cielo se derrama
 Fosfórica y transparente.

Es la postrera sonrisa
 Del bello día que acaba,
 Que de esa luz arrancaba
 Su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma
 Por sobre la roca calva,
 Remedio de la del alba
 En frescura y en aroma.

Á su venida, tardías
 Cierran su caliz las flores,
 Y trinan los ruiseñores
 Sus postreras armonías.

Se les ve buscar la sombra
 Entre las desnudas ramas,
 Porque sus hojas de escamas
 Sirven al suelo, ó de alfombra.

Que ya el inconstante viento,
 Del otoño que aparece,
 En los árboles se mece
 Con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,
En vez de la que él deshizo,
Orlará el campo pajizo
La purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
De la montaña en la falda,
Vestirán su áspera espalda
Con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos
Como fantasmas deformes,
Traen en sus pliegues enormes
Vientos de invierno escondidos.

El árbol en largas hebras
Hiende sus cortezas vanas,
Y anuncian lluvias lejanas
Las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,
Graznidos á su garganta;
Rey del viento se levanta
Entre la tierra y el cielo.

Se oye de alguna paloma
Perdido el último arrullo,
De alguna fuente el murmullo
Que entre los juncos asoma.

Queda el mundo en soledad;
Y en el aire alzan su imperio
De las sombras el misterio,
Y el humo de la ciudad.

INDECISION.



¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:

Y en medio de la noche magestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores;
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruiséñores.

.
.

Y la noche las orlas de su manto
Arrastra fugitiva en occidente,
Y la tierra despierta al fuego santo
Que reverbera el sol en el oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado,
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,
 Si hay un invierno de humedad vestido,
 Hay una hoguera á cuya roja llama
 Se alza un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera,
 Con su manto de luz y orla de flores,
 Que cubre de verdor la ancha pradera
 Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
 Y desierto sin fin en la llanura,
 En cuya estensa y abrasada alfombra
 Crece la palma como yerba oscura.

Alli cruzan fantásticos y errantes,
 Como sombras sin luz y apariciones,
 Pardos y corpulentos elefantes,
 Amarillas panteras y leones.

Alli entre el musgo de olvidada roca
 Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
 Y de una cueva en la entreabierta boca
 Solitario se arrastra el cocodrilo

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
 Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
 Un sol de fuego iluminando el dia,
 Aire de aromas, flores apiñadas...

Arranca, arranca, Dios mio,
 De la mente del poeta
 Este pensamiento impío
 Que en un delirio creó;

Sin un instante de calma,
 En su olvido y amargura,
 No puede soñar su alma
 Placeres que no gozó.

¡Ay del poeta! su llanto
 Fue la inspiracion sublime
 Con que arrebató su canto
 Hasta los cielos tal vez;
 Solitaria flor que el viento
 Con impuro soplo azota,
 Él arrastra su tormento
 Escrito sobre la tez.

Porque tú ¡oh Dios! le robaste
 Cuanto los hombres adoran;
 Tú en el mundo le arrojaste
 Para que muriera en él;
 Tú le dijiste que el hombre
 Erá en la tierra su *hermano*;
 Mas él no encuentra ese nombre
 En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera
 Para el viaje de la vida
 Una hermosa compañera
 Con quien partir su dolor;
 Mas ¡ay! que la busca en vano;
 Porque es para el ser que ama
 Como un inmundo gusano
 Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,
 Y el amor en las mugeres,
 Y el placer en los amores,
 Y la calma en el placer:

Y sin esperanza adora
Una belleza escondida,
Y hoy en sus cantares flora
Lo que alegre cantó ayer.

Él con los siglos rodando
Canta su afán á los siglos,
Y los siglos van pasando
Sin curarse de su afán.

¡Maldito el nombre de gloria
Que en tu cólera le diste...!
Sentados en su memoria
Recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,
La noche afarga su duelo,
La aurora escribe en el cielo
Su sentencia de vivir:
Fábulas son los placeres,
No hay placeres en su alma,
No hay amor en las mugeres,
Tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema:
Hay flores que se marchitan,
Hay recuerdos que se agitan
Fantasmas de maldicion.
Si tiene una voz que canta,
Al arrancarla del pecho
Deja fuego en la garganta,
Vacío en el corazon.

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
Se mira el mundo á nuestros pies tendido,
La frente altiva con las nubes toca...
Todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado
En los bordes se duerme de la vida,
Y de locura y sueños embriagado
En un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
El tiempo entre sus pliegues roedores
Ha de llevar el bien que no gocemos,
Y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,
Hasta que el son de la fatal campana
Toque á morir.— Cantemos descuidados,
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.



Eran aun los agitados días
En que mi juventud abandonada
Adivinó tal vez horas impías
Entre el crespon de la insondable nada;
 Cuando con ojo avaro y penetrante,
Aun no poeta el porvenir medita
El niño, y ve pasarle por delante
Árida nada que su sed irrita;
 Cuando el nombre del niño no es un nombre,
Cuando la idea informe no es idea,
Y en el alma del niño nace el hombre
Que idea y nombre se conquista y crea;
 Entonces de la vida en el vacío
Soñé un bello fantasma que rodaba,
Gota brillante y fresca de rocío
En flor que brota entre pajiza lava.
 Blanco ese sueño resbaló en mi mente
Puro y tranquilo como sol que nace,
Como se rompe el agua de la fuente
Y rodando en la yerba se deshace.
 Era la forma transparente y vaga
De un arcangel que cruza el firmamento,
Era un pliegue del viento que una maga
Vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del harpa que se pierde
Entre el leve vapor de ancha laguna,
En cuyo fondo con las algas verde
Tibia se mece amarillenta luna.

Era en la mente perdida
Entre suspiros de gloria
La esperanza y la memoria
Del amor de una muger:
Recuerdo en alma de niño,
Amor en alma de hombre,
Blanco fantasma sin nombre
Y sin hora en que nacer.

Permite, dulce embeleso,
Que mis labios en tus labios
Pongan un ardiente beso
Que se oiga en el corazon;
Que la mente del poeta,
En su entusiasmo violento,
Beba en tu mirada inquieta
La fogosa inspiracion.

Que en la noche tempestuosa
Será bello ¡amada mia!
De la lluvia áspera y fria
Al desigual susurrar,
Tener contigo un poeta
Sentado á la roja llama,

Con un corazon que ama
Y una voz para cantar.

Será bello en puro dia
De fragante primavera
Su fantástica armonía
Escuchar en un jardin,
Y que en la ruidosa fiesta
Levante robusto canto,
Y que te vele tu siesta
Despues de largo festin.

Te diga los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador:
Y en la tibia madrugada
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente,
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar;
Os encuentre la mañana
Y resbale vuestra vida,
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.

Oriental.

Mañana voy, nazarena,
Á Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana
Al compas de mi cadena.

Quando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores
En la sangre de sus manos.

Valiera más que cautivo
En esa 'torre acabára
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendas ;ay! bien cara.

¡A Dios! tu esclavo mañana
Ya no ha de causarte enojos,
Pero es esperanza vana;
Cautivo quedo, cristiana,
En la prision de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valerme la vida,
Sino he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida,
Ni en mi Córdoba la bella?

(85)

De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna ;
Hija del suelo español,
Tú eres mi sol y mi luna...
La aurora y el arrebol.

Pues en tí pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir ;
Sultana, á Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy
Presto, á fé, que he de morir.

Ha prometido Mahoma
Un paraiso, una hurí...
Tú habrás de ser angel, sí,
En esa region de aroma,
Y hemos de amarnos allí.

ROMANCE.

La noche no tiene ruido ;
En la sombra no hay color ;
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz ;
Pero cuando todos duermen,
Estamos velando dos ;
Ella en la reja sentada,
Y al pie de la reja *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,
No ven su tez transparente,
No ven su rosada frente,
Ni su sonrisa de amor :
No ven el rubor de vírgen
Que sus megillas colora ;
Tiene quince años ahora...
Las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros
Su casi desnuda espalda,
Ni entre la revuelta falda
Asomado el blanco pie :
Como en la orilla de un rio,
Rompiendo la inquieta espuma,
Tender la flotante pluma
Nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros
El alto pecho imagino,
Ni por su rostro adivino
Del corazon la inquietud ;

(87)

Y tiene la áspera reja,
Centinela desvelado,
Delante el amor osado,
Detras la fragil virtud.

¡Mas, pese á la densa reja,
Pese á la noche sombría,
Yo tengo ¡paloma mia!
El alma bañada en tí!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa;
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazon para mí.

¡A Dios! que por el oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol;
Y para una niña en vela,
Y el galan que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arrebol.

Vierte el alba en su sonrisa
Su armonía y su color,
Y se columpia la brisa
En el caliz de la flor;
De rosa, lirio y claveles,
Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,
Y gime lángidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardín cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada canción.
—“¡Oh! vuelve, noche, sin ruido,
Con tu sombra sin color,
Con tus viejos sin cuidado,
Y con tus dueñas sin voz;
Porque, cuando todos duerman,
Volvamos á velar dos;
Ella en la reja sentada,
Y al pie de la reja *yo*.”—

A un Torreón.

Gigante sombrío, baldón de Castilla,
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
Por cuyos salones en vez de tu gente
Reptiles arrastran su piel amarilla.
Dime, ¿qué se hicieron tus nobles señores,
Tus ricos tapices de sedas y flores,
Tu gente de guerra, tus cien trovadores
Que alzaron ufanos triunfante canción?
Tú estás en el valle cadáver podrido,
Guerrero humillado que el tiempo ha rendido,
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,
El mundo no sabe que existe *Muñón*.

Tus pardas guinas me son de tormento,
Con negros recuerdos corroen mi alma...
¿Tú estás en mi mente, maldecida palma
Quemada del rayo, batida del viento!
Yo errante poeta proscrito en el mundo,
Tal vez en el polvo de féretro inmundado,

Sin nombre, sin gloria para siempre hundo
Mi frente abrasada de inútil sudor;
; Por tí, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un angel del cielo
Que amé y me robaron... ; maldito tu suelo,
Maldito tu nombre... maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura
Á la vergüenza del llano,
Castillo sin castellano,
Matrona sin hermosura.

De tí el tiempo se rió,
Tus torres se derribaron,
Tus vasallos te ultrajaron,
Tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,
De fértil vega mancilla,
Á esa ermita de Castilla
Sin sacerdote snjeto.

Sin pendones que ondear,
Sin blasones á la entrada,
Tu bóveda agujereada
No has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,
Sin un soldado en el muro,
Hoy crece el arbusto impuro
Al pie de tus torreones.

Señor muerto en tierra agena,
Olvidado de tu gente,
Á pedazos de tu frente
Roba el viento tu melena.

(91)

Y pasa á tus pies el hombre
Sin buscarte en su memoria,
Porque no leyó tu historia,
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago día
En tu gastada piedra escribí-yo,
Y el nombre de otro y la vergüenza mia
Con la tuya quedó.

Cuando mi labio le nombró, mentia;
Cuando mi mano le grabó, mintió;
Hoy... ya no existe; en su carrera impía
El tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
Que el tiempo devoró al fin,
Una muger por mi mal
Le arrebató á un serafín;
El huracán de la vida
Solo dejó, ¡oh mi querida!
Para mi eterno tormento,
En prenda de maldición,
Tu nombre en mi pensamiento,
Tu amor en mi corazón.

LA NOCHE DE INVIERNO.

(A D. Genaro Villamil.)

Pintor, el viento se estrella
Bramando en esa ventana:
En pós de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracán.

Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;
Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas
Agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.

Esos retratos colgados,
 Que unos con otros se chocan,
 Son escudos conquistados
 Y blasones para tí.

Y se oye el son temeroso
 De campanas que rompiendo
 De los hombres el reposo,
 Conjurán la tempestad:
 Se oye en la calle azorado,
 De alguno que huye la lluvia,
 El paso precipitado
 Cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera
 Cuya roja llama alumbre
 Esos rostros en hilera
 Colgados en la pared:
 Que mecidos por el viento
 Y animados por la llama,
 Nos darán un pensamiento
 Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
 Galerías, catedrales,
 Y todo el lujo de oriente
 Y un mundo para pintar:
 Tú tienes en tus pinceles
 Derruidos monasterios,
 Con aéreos botareles
 Y afligranado altar.

Tienes torres con campanas
 Y transparentes labores,
 Castillos con castellanas
 Que aguardan á su señor;

Y bóvedas horadadas,
 Y silenciosas capillas
 Donde en marmóreas almohadas
 Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
 Que, por el tiempo roidas,
 Cuentan al tiempo verdades
 Que él se desdeña escuchar:
 Tienes en el valle fuentes,
 Peñascos en la montaña,
 Y en los peñascos torrentes
 Que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas,
 Con ciudades y jardines,
 Y en los jardines festines,
 Y en los festines placer...
 Prepara lienzo y pinceles,
 Y deja que el viento brame,
 Y la lluvia se derrame,
 Y estalle el rayo al caer.

Á inspirarnos han venido
 La noche con sus tinieblas,
 El rayo con su estampido,
 La lluvia con su rumor:
 Tú pintarás lo que aientas;
 Yo escribiré lo que siento
 En el empuje violento
 Del huracan bramador.

Yo escribiré cómo muge
 El vendabal en tus torres,
 Cómo entre las jarcias cruje
 Del buque que va á anegar:

Cómo zumba en las almenas
 Con que ciñes tus castillos,
 Cómo silba en las cadenas
 Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
 La humana voz en las rocas,
 Y como el milano grita,
 Y ruga como el león,
 Silba como la serpiente,
 Sorbe como la lechuza,
 La voz de un incendio miente
 Al cruzar un torreón.

Miente el graznido del cuervo,
 Brama como el ronco toro,
 Remeda el distante lloro
 De una garganta infantil;
 Y azotando los cristales,
 Finge el fantástico vuelo
 De espíritus infernales
 Que pasan de mil en mil.

É imita el rumor confuso
 De clarines y de aceros,
 De carros y caballeros
 Que van marchando detras,
 Y de un lejano combate
 Los alarmantes clamores,
 Y el ruido de los tambores
 Que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña
 Entre la niebla sombría,
 Pintarás la lluvia fría
 Derramada desde allí;

Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por tí.

Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del harem.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
Da las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fue:
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

¡Pintor! que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad:

(97)

Nosotros lejos del mundo
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
Á la roja claridad.

Calderon, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aqui.
Ahí estan Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano...
Con tintas para tu mano,
É inspiracion para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
Desplega tu fantasía;
Cuando nos sorprenda el dia
Que alumbre una creacion.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos,
En él nos trajo el destino
La violenta inspiración.

RECUERDOS DE TOLEDO.

La Catedral.

INTRODUCCION

Ese monton de piedras hacinadas
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma;

 Á quien un pueblo inválido rodea
Con pies de religion, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fue Toledo.

 Pálida y triste, pobre y abatida
Llora el favor de los hundidos años;
Reina sin corte, anciana y desvalida,
Por sus hijos robada y los estraños.

 Por vestir el espectro de su nada
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que muriendo en la llanura
Á manos de contrario mas valiente
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente.

Una tribu elegante y voluptuosa
De otro pais de fuentes y de flores,
Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.

Y un rey, ó mas piadoso ó mas prudente,
Cambióla en templo por sellar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente:
Tuyo es el nombre, mia la memoria.

Quedóse al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el escelso nombre,
Para ser á los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.

Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó á sus ojos
Donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy al caer del templo la grandeza
Muestra el coloso, al espirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I.

Con ceño sombrío mira
El Tajo que á sus pies corre,
Y al despecho que la inspira
Con las gargantas suspira
De sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo
En su abatimiento y mengua,
La frente cerca del cielo,
Y para hablar con el suelo
Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonía
Todo su cuerpo estremece,
Y al oirla se creería
Que crece así su alegría
Cuanto su estrépito crece.

Á ese clamor tan violento,
Incapaz de tanto ruido,
Vibra fatigado el viento,
Dejando el confuso acento
Por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual
Hay música tan liviana,
Que en su murmullo infernal
Canta y llora y ríe insana
Con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van
Lo que sus clamores son,
Que á veces tristes están
Pidiendo por los que van
Á eterna condenación.

Y en su clamor muestran bien
Otras el alegre fin,
Pues revoltosas se ven
Cual si colgadas están
Por heraldos de un festín.

Otras en su inquieto afán
Ruedan y vibran, según

Con los clamores que dan
Al mundo anunciando estan
Placer ó luto comun.

Y en vez de agudo esquilon,
De la tarde anuncia el fin
El doblar de la oracion,
Que apaga su ronco son
Del horizonte al confin.

Y á su movimiento enorme
Rueda en el cóncavo hueco
De la bóveda el informe
Postrer quejido del eco
Con vibracion uniforme.

Á su paso estremecidas
Oscilan allá en las sombras
Las lámparas suspendidas,
Dibujando en las alfombras
Sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento
Todo el templo y se estremece,
Cual fantasma de un momento
Que alza el rostro maçilento
Y al punto se desvanece.

Van luego dejando ver
Los vacilantes reflejos,
Las sombras al repeler,
Los objetos á lo lejos
Sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio
Las verjas de oro amarillas,
Canceles de aquel palacio
Que dividen el espacio

De la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores
Detras de los altos hierros,
Entre marmóreas labores
Cumpliendo así sus destierros
Dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día
En los pintados cristales
Cómo luchan á porfia
La claridad que lucia,
Y los rayos matinales.

Entonces el sol brillante
Que á las ventanas asoma,
Su fogosa luz gigante
En la llama agonizante
De las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,
Y entran por los rosetones
Las sombras huyendo dél,
Plegándose en los rincones
En fantástico tropel.

La luz del templo señora,
Por el templo derramada
Saluda al Dios que ella adora
Por las losas prosternada
Ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,
Y en los robustos pilares
Se quiebra picante y clara,
Y bulliciosa se ampara
Del oro de los altares.

Que jóven y rica y bella

En la riqueza se posa,
Y en los diamantes destella,
Y en la joya mas vistosa
Para competir con ella.

Porque el astro rey la envía
Á que sus galas ostente,
Y en la bóveda sombría
Vierta la lumbre del dia
Revoltosa y transparente.

II.

Se oyen despues los pasos mesurados
Del sacerdote, y la crujiente seda
Del manto que, los lienzos desplegados,
Por el sonoro pavimento rueda:

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
Con que á cumplir con su mision le incitan
Soplando bajo el mudo pavimento
Las osamentas que á sus pies dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
Se sienten rechinar las verjas de oro,
Se escuchan los católicos cantares
Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente
Postrarse humilde, y bendecir la vida,
Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,

Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal:
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
Ó el crujir del vendabal.

Ó finge en son temeroso
La aguda lengüetería
La discorde gritería
Del infierno en rebelion;
Ó con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo
Sin ira en el corazon.

Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,
Canta al esposo que tarda
Á sus puertas en llamar.
Ó entonando del profeta
La sacrosanta salmodia

Sublimemente parodia

El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,
Y entona en harpa de flores

Los voluptuosos amores

Del sabio rey Salomon;

Canta los cedros del Líbano,

La castidad de Susana,

Y Jezabel la profana,

Y el vigoroso Sanson.

Ó en tonos mas desmayados

La postrera despedida

Que dió á la penosa vida

El Hacedor de la luz;

Ó mas lánguido remeda

Las lágrimas de María

Cuando en el terrible dia

Lloraba al pie de la cruz.

Mas pasan las santas horas

Y cesa la voz que canta,

Y el pueblo que se levanta

Murmura á su vez tambien:

Se oye el rumor de sus pasos

Que por las naves se alejan,

Y las capillas que dejan

Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote

Que sordas preces murmura

Cruza con planta insegura

Por delante de un altar.

Se oyen correr los cerrojos

Y las cortinas de seda,

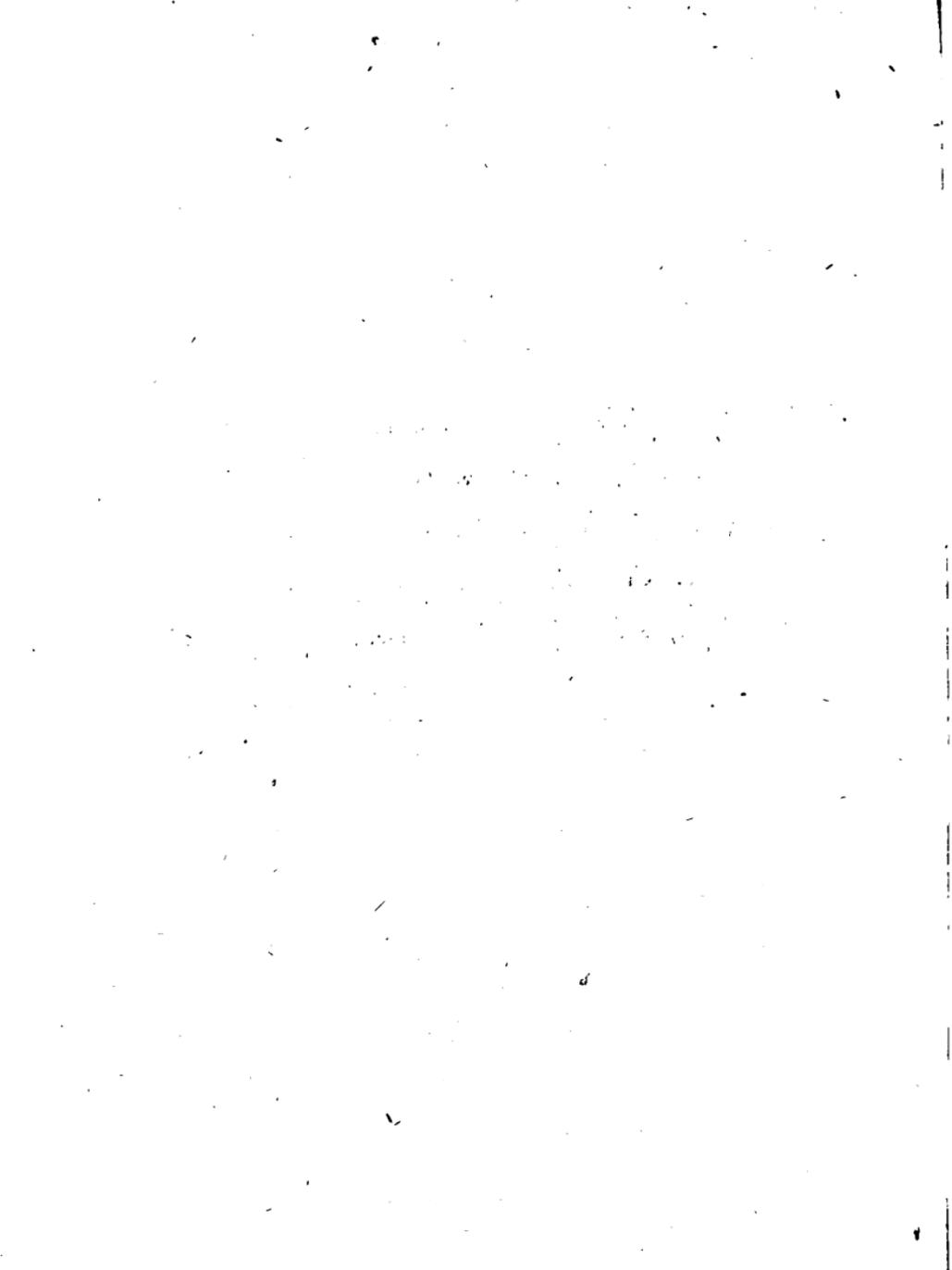
(106)

Y hacinadas en manojos
Se oyen las llaves chocar.

No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma
Por el pintado cristal;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,
Y el dia desaparece,
Y la negra sombra crece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fue *mañana*,
Mañana se dice: *ayer*.

El siguiente Capricbo, al que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una persona determinada y en determinadas circunstancias. El Autor espera que atendidas estas el público lo acoja benignamente.



VIVIR LOCO

Y MORIR MAS.

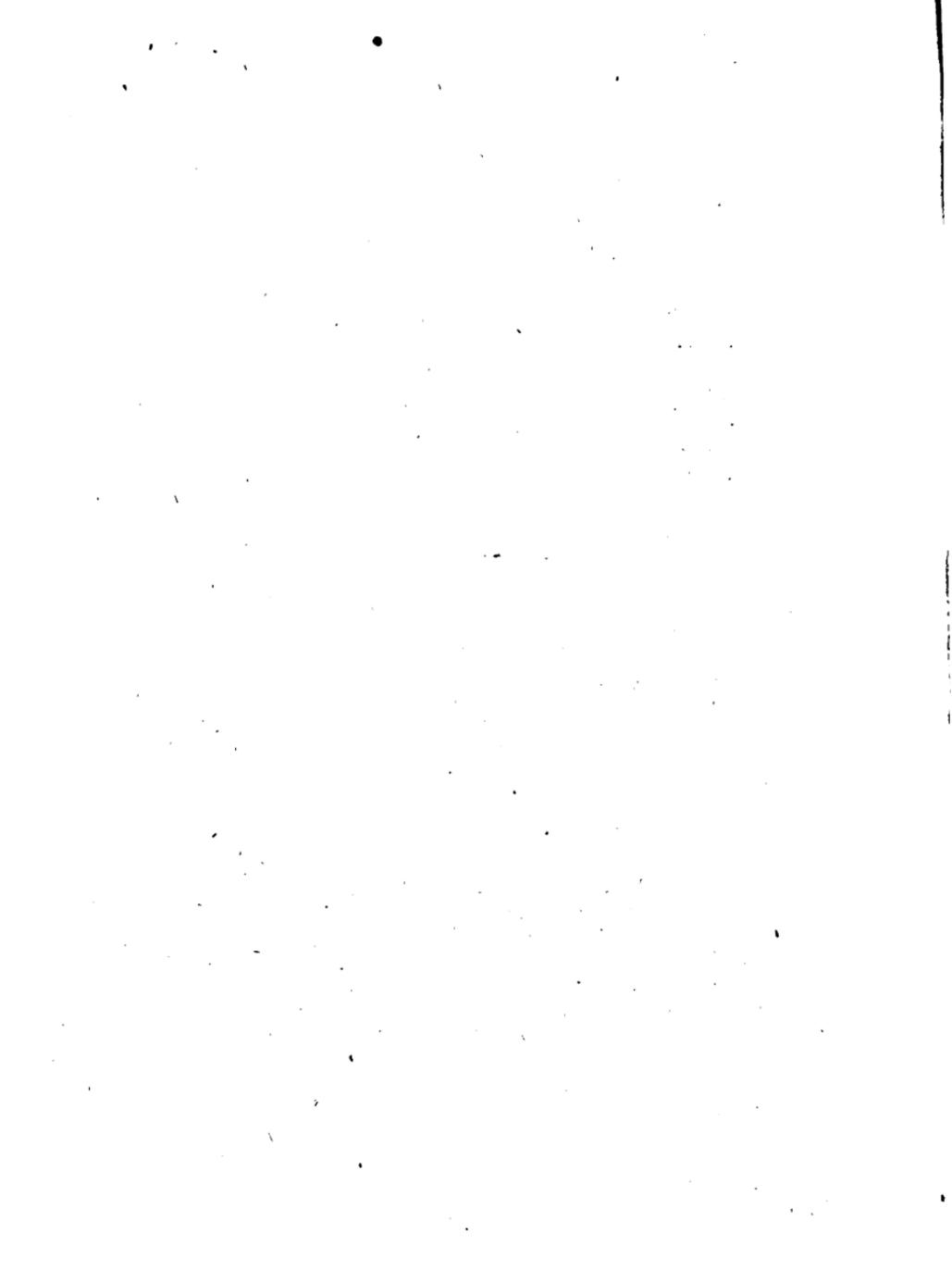


Capricho dramático en dos actos

en verso.



2 de Setiembre de 1837.



ACTO I.

El Ponche.

20 de Enero de 1836.

PABLO ROMAN.

ALBERTO.

JULIAN.

PEREIRA, portugués.

ANA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Habitacion de Pablo Roman, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos, y en un caballete un retrato sin concluir. — Unos floretes colgados en la pared.

ALBERTO *sentado* y ROMAN *en pie por la escena.*

ROMAN.

Señalando en la mesa una moneda de oro.
Es el último doblon.

ALBERTO.

Suerte por cierto cruel.

ROMAN.

Brindemos juntos con él
Á nuestra separacion.
Mañana, lo mismo que hoy,
Traerá sus horas el dia;
Nos queda nuestra alegría
En el alma, Alberto.

ALBERTO.

Estoy

(114)

De ello penado en extremo.
¿No hay mas remedio, Roman?

ROMAN.

Los dias vienen y van,
Y que no ha de llegar temo
El mio.

ALBERTO.

La suerte acaso
Te guarda mejor fortuna.

ROMAN.

Es tardía, es importuna,
Y en impaciencia me abraso.
¡Tantas horas de esperar,
Tantos dias de dolor,
Aguardando otro mejor
Que jamas ha de llegar!
¡Y soñando gloria y nombre
Sentado al dintel de un cielo,
Arrastrarse por el suelo
Bajo la planta del hombre!
No mas, Alberto, por Dios,
Hoy es nuestra despedida:
Tal vez otra en esta vida
Nos hallaremos los dos.

ALBERTO.

Roman, ¿y asi se abandona
Tanto afan, tanta esperanza?
¿Sin amargura se alcanza

Esa soñada corona?

Trabaja, sufre y espera,
Que en el sufrir y esperar
Está acaso el encontrar
Esa fama venidera.

ROMAN.

Decidido, Alberto, estoy;
De nosotros olvidados,
Ó famosos ó ignorados,
Bebamos alegres hoy.

Nuestro es el día presente,
De los necios el mañana,
La vida es corta y liviana
Para todos igualmente.

Soñé desde que nací
Esos fantasmas de gloria,
Y hoy no encuentro en mi memoria
Un recuerdo-para mí.

Todo en la tierra es vacío;
La amargura y el placer,
Y mañana, y hoy, y ayer
Presa son del tiempo impío.

Riamos pues y cantemos
El alma de llanto agena,
Que tal vez la será en pena
El tiempo que no gocemos.

Un momento de pausa.

Mira, mil veces pensé
Que solo al cuerpo convida
Con ocio y placer la vida,
Pero al alma ¿para qué?

Este cuerpo es un encierro
Del otro mundo antesala,
Vida el cielo le señala,
Muere y acaba el destierro.

Si el cuerpo no ha de vivir,
Acertado á fé es dejar
Al ánima descansar,
Y al cuerpo inútil morir.

ALBERTO.

¿Y tu entusiasmo, Roman?
¿Tu ambicioso pensamiento?

ROMAN.

Borrándose con el viento,
Las cosas del mundo van.

Ambicion tuve de ser
Grande, y dejar en la historia
Famosa y alta memoria,
Pero esto, Alberto, era ayer.

Hoy hallé mi corazon
Menos osado, mas frio.
Juzgué ese afan desvarío,
Y lugar dí á la razon.

ALBERTO.

Á tu razon estraviada,
Y á tu ambicion no cumplida.

ROMAN.

Y, francamente, esta vida
No creo merezca nada.

(117)

El mundo es jaula de locos,
Los mas locos gozan mas;
Mas son pocos.

ALBERTO.

Y ¿no harás
Por ser, Roman, de los pocos?
El mundo será ilusion,
Locura será cual dices,
Mas si hay tristes y hay felices,
Algunos mejores son.

Si el poder y la riqueza,
El orgullo y la hermosura
Son por cierto una locura,
En la locura hay grandeza.

Ese sublime entusiasmo
Que ayer existia en tí,
Hoy ¿no te merece, di,
Nada?

ROMAN.

Á lo mas un sarcasmo:
Porque hoy veo mas que ayer,
Y esos fantasmas de oro,
Esos sueños que hoy adoro,
Mañana he de aborrecer.

En fin, yo quiero reir,
Cantar, beber y esperar
El dia en que ha de acabar
Nuestra mision de sufrir.

Ese es mi último doblon,
Y hoy es nuestra despedida,

(118)

Si ha de ser en esta vida
De eterna separacion...

ALBERTO.

¡ Ah! ¿ Estás loco?

ROMAN.

Loco estoy.

ALBERTO.

¿ Eterna ha de ser? ¿ Por qué?

ROMAN.

No hablemos mas : no lo sé ;
Pero un dia grande es hoy.

Sale por la puerta del fondo.

ESCENA II.

ALBERTO.

¡ Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡ Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder!
Sí, ¡ maldita esa locura,
Bastarda pasion impura
De querer ganar la altura
Sin pisar un escalon.
Apagóse su osadia,

(119)

Y hoy es un último día...

¡Ay! ¡Para volar tenía

Alas en el corazón!

Y por cierto, él es poeta,

Grande el alma como el mundo;

Mas por no ser el segundo

Á la nada se sujeta.

ESCENA III.

ALBERTO, ROMAN.

ROMAN.

Pues señor, ponche tenemos.

Con él la memoria ahoguemos,

Cuando borrachos estemos

En nada hemos de pensar.

¿Á qué es ese abatimiento?

Yo quiero verte contento;

Si al fin, placer y tormento

Con el tiempo han de acabar.

Llaman á la puerta.

¡Hola! ¡Otro interlocutor!

Sin duda ha errado el camino,

Á la puerta del vecino

Alto.

Si sois un acreedor.

JULIAN, *dentro.*

Abre, soy yo.

(120)

ROMAN, *abriendo.*

¡Tarambana,

Aguardáras á mañana!

Con esa voz de campana

¿Por qué no gritas: ¡abrid!?

Van á traer la ponchera.

JULIAN.

Mas á tiempo no viniera

Á descomunal quimera

Contra los moros el Cid.

ESCENA IV.

ROMAN, ALBERTO, JULIAN.

JULIAN.

Y ¿á qué santo es la funcion?

ROMAN.

Á mi mudanza de vida.

JULIAN.

Con esa resolucion

La difunta inquisicion

Se diera por bien servida.

Una conversion tamaña

Eco hallará en toda España.

Riéndose.

(121)

¡Pues debajo del sayal
No será mala cucaña
Este *in folio* de moral!

ROMAN.

Pero hombre, ven, oyemé...

JULIAN.

¿Qué mas tienes que añadir?

ROMAN.

Mira, de hoy mas no seré...

JULIAN.

¿Pues no lo acabo de oír?
No diga mas. ¿Para qué?

ROMAN.

¡Loco! Ya no hay poesía
Ni bellas artes en mí.

ALBERTO.

¡Locura es la tal porfia!

ROMAN.

Este es el último día
Que estamos juntos así.

JULIAN.

¿Esa es pulla?

(122)

ROMAN.

No por cierto.

JULIAN.

¿ Con que me hablas en verdad ?

ROMAN.

Sí.

JULIAN, *con énfasis.*

Ya, si la sociedad
Hoy ya no es mas que un desierto,
El mundo es la soledad.

¿ Con que versos y pinceles
Y esperanzas ; piff ! volaron ?

ROMAN.

Cabal.

JULIAN.

¡ Ah ! Son oropeles.
¡ Sin renombre y sin laureles !
Cuántos hombres se olvidaron !
Decir que lo pienses bien
Es inútil advertencia ;
Tú lo quieres, tú lo ten.
¿ Hay ponche ? Pues en conciencia
No hay mas que decir amen.

ROMAN.

Pues al ponche. Ya está aqui.

Un mozo entra la ponchera.

JULIAN.

¡Ó qué campo de batalla
Veo delante de mí!
El ponche es el cielo, sí,
Vida en el ponche se halla.

 Á esa transparente llama
Que por las orlas del vaso
Color y calor derrama,
¿Qué corazon no se inflama?
Yo en inspiracion me abraso.

 Ese azul vago, flotante,
Remedo del firmamento,
Hace que el poeta cante,
Hace atrevido al amante
Y ahoga el remordimiento.

 Él hace del tiempo impío
Horas de calma y placer,
Al corazon presta brio,
Y va un hombre á un desafio
Bien seguro de volver.

 ¡Amigos! al agua penas,
Paraiso es la embriaguez;
Gocemos horas serenas,
Que éstas tenemos apenas
Por la postrimera vez.

ROMAN.

Inagotable, fecunda
Soltaste la taravilla:
¡Fraseologia tremebunda!

(124)

JULIAN.

Bebamos y ancha Castilla,
Que el universo se hunda.

Un momento de pausa.

Aqui noto tu talento,
El mundo vas á dejar
Con nobleza y ardimiento.

ROMAN.

¿A qué tristeza mostrar
Cuando le dejo contento?

JULIAN.

¡Famoso! Es cosa hechicera
Dejar la literatura,
Las artes... Ser un cualquiera,
Y entrar en la vida oscura
Por puertas de borrachera.

ROMAN.

Bebamos. Al ponche, Alberto,
No tengas duelo por mí:
Para todos está abierto
Ese porvenir incierto,
Que no vemos desde aquí.
Vendrá tardía ó temprana
Nuestra buena ó mala hora,
Y en esta vida liviana
Si feliz me encuentro ahora
¿Por qué pensar en mañana?

ALBERTO, *levantándose de repente, y dispóniéndose á beber.*

Tienes razon; tú lo quieres;
Y tú quien lo ha de arrostrar
Solamente, Roman, eres,
Y es inútil derramar
Lágrimas en tus placeres.
Bebamos.

ROMAN.

Hablaste al fin
Algo, menos mentecato.

JULIAN.

Hoy es nuestro San Martin.
No queda vaso ni plato
Util en nuestro confin.
Se sientan, fuman y beben.

¿Con que desde hoy nueva vida?
¡Determinacion estrema!
Cuanto mas desconocida
Mas la novedad convida.

ALBERTO.

Cada loco con su tema.

JULIAN.

Del disgusto y del placer
Gozamos si es repentino,
Mejor lo nuevo ha de ser;
Por eso si es del vecino
Me enamora la muger.

(126)

Pues señor, yo te aconsejo
Que no te vuelvas atras,
Siempre fastidia lo viejo.

ROMAN.

Te pagaré tu consejo
Dándote ponche demas.
Desde aqui debe conocerse el efecto de la embriaguez.

Segun estás de callado

A Alberto.

Te sientes, una de dos,
Ó enfermo ó enamorado.

JULIAN.

Ayer estuvo en el Prado
Con su muger, vive Dios.
¡Qué miserable es, Alberto,
El mundo que vemos!!

ROMAN.

¡Oh!

¿Con que lo hemos descubierto?

ALBERTO.

Que era una muger es cierto,
Pero muger mia, no.

JULIAN.

Nunca lo creyera en tí,
Tú no eres hoy el de ayer.
Mirándole á la cara.

(127)

ALBERTO.

Pues te engañaste.

JULIAN.

Ó mentí.

Pero hoy como un manequí
Te trae cualquiera muger.

ROMAN , *levantándose con énfasis.*

¡Con que te vas á casar!
Tú vas á prevaricar.
Lo dije, tus disparates
Contigo vendrán á dar
En una casa de Orates.
¡Tú te casas!

ALBERTO.

Yo me caso.

ROMAN y JULIAN *á carcajadas.*

¡Se casa!

JULIAN , *con el vaso en la mano.*

¡Salve, oh sesudo
Marido! Levanta el vaso,
Con un brindis nada escaso
Yo, marido te saludo.
¡Salud! Piadosos los cielos
Larga sucesion te den;
Contínuas fiestas de zelos,
Matrimoniales consuelos

:

(128)

Que se asomen á tu sien.

ROMAN.

Y escribas matrimonial
Misantrópica y difusa
Sobre el amor conyugal
Una obra espiritual
Á los niños de la inclusa.
Alberto bebe sin interrupcion.

JULIAN.

Sí, lo mejor que has de hacer
Es emborracharte.

ROMAN.

¡ Bravo!
¡ Lo entiendes! Con no atender
Lo que quieras ha de ser.

JULIAN.

El estoicismo alabo,
Pero en conciencia, casarte
Es tremenda necesidad.

ALBERTO.

¿ Por qué?

JULIAN.

Tú has de enamorarte.

ALBERTO.

¿ Y si lo estoy?

(129)

JULIAN.

Es verdad,
Yo no voy á confesarte.

ROMAN.

¡ Lo que es el mundo, Julian!
Es un abismo profundo.

JULIAN.

Hoy es gran dia, Roman,
Unos entran en el mundo
Y otros del mundo se van.

ALBERTO.

Se levanta dando señales de embriaguez.

¡ Fanáticos! el amor
No es el fantasma de un sueño,
Del viento azotada flor...

Risa general.

ROMAN.

Poeta predicador,
¡ Adónde vas con tu empeño?

JULIAN.

Déjale, siga el sermón:
Sigue, inspirado profeta,
Tu noble predicación;
La fuente de inspiración
Es el ponche del poeta.

(130)

ALBERTO.

Á vosotros prohibido
Ese sublime placer
Por el Señor os ha sido,
Vosotros no habeis bebido
El amor de una muger
En unos ojos de fuego,
En unos labios rosados,
Cuando os miran extasiados,
Cuando al amoroso ruego
Os besan avergonzados.
Vosotros, hombres de tierra,
Poetas sin corazon,
Cantais del amor la guerra,
Sin saber el bien que encierra
En su inquietud la pasion,

JULIAN,

¡Bravo! ; bien! mas no dijera
Un sacerdote de amor;
Sublime es la borrachera.

ROMAN.

Otro ataque á la ponchera,
Amante predicador.

ALBERTO.

Yo quiero amando vivir
Esclavo en dos ojos bellos,
Sin leer mas porvenir,
Hasta que llegue el morir

(131)

Y espire de amor en ellos.

JULIAN, *con una estrepitosa carcajada.*

¡Borracho completamente!
Mas borracho que los dos.

ROMAN.

¡Ó ponche! tú solamente
Haces que un hombre se ostente
Digno remedo de un Dios.

JULIAN.

Yo la he visto, Alberto, es
Una niña angelical.
¡Oh! Cuando con ella estés,
Vístela blanco cendal
De la cabeza á los pies.

ALBERTO.

Sí por cierto, y lo merece;
Es un angel indeciso,
Que en la tierra de improviso
Por vez primera aparece,
Bajando del paraiso.
Delicada como aroma
De retoñado jardin,
Rosada aurora que asoma...

JULIAN.

Una hurf para Mahoma,
Para Cristo un querubin.

ALBERTO.

¡Silencio! no hay mas placer,
Mas realidad que el amor,
No hay en la tierra otro ser
Con el nombre de señor
Mas digno que la muger.

ROMAN.

Sí, una chicuela coqueta,
Insípida y elegante,
Á tal locura sujeta
Que la echará de poeta,
Y no habrá Dios que la aguante;
Ó una habladora sin tino
De paseos y de modas,
Que á la mitad del camino
Te mienta un amor divino,
Y te engañe como todas.

JULIAN.

¡Cuidado que le ha cogido
De medio á medio la mona!

ROMAN.

¡Y estaba tan comedido!

JULIAN.

La cabeza del marido
Pronostica su corona.
¡Ó siglo matrimonial,
Siglo de paz y de amores,

Centuria patriarcal,
En que los hombres mejores
Lo suelen hacer mas mal!

Siglo que pasas cantando,
Cantas gimiendo y llorando,
Lloras haciendo piruetas,
En tus horas arrastrando
Un enjambre de poetas:

Hoy se despide de tí
Con solemne borrachera
Un poeta que te diera
Mas versos, que gozo á mí
El alma de una ponchera;
Y no pienses que te deja
Para un hábito endosar,
Que es pereza que le aqueja,
Es porque quiere dejar
Morirse al alma de vieja.

ROMAN.

Por cierto todo es locura
En este mundo vacío,
Sin trabajo y sin ventura,
Pasaré una vida oscura...

Julian se rie.

¿Te ries? Pues yo me rio.

A Alberto.

Enamorado sublime,
Tú te duermes, ¡vive Dios!

JULIAN.

Otra ponchera le anime.

(134)

ROMAN.

¿No es cierto que tú estás, dime,
Mas borracho que los dos?

JULIAN.

Los fantasmas en tu mente
Bullen de tus amoríos:
Alza ¡oh poeta demente!
La matrimónica frente,
Pese á estos tiempos impíos.

ALBERTO.

Basta ya, no me aturdais;
Por mas que ambos me digais
Yo me he de casar al fin.

JULIAN.

¡Felices los que encontréis
Una muger serafín!

ROMAN.

Para mí todas iguales
Fuentes de placeres son,
Que nos prestan liberales
Un paraiso de malès,
Y un infierno de pasion;
Que sea bonita ó fea,
Que sea noble ó villana,
Las amo de buena gana.
¿Qué importa lo que ella sea
Si la he de dejar mañana?

(135)

JULIAN.

Yo tengo por las mas bellas
Las de amores de querellas,
Atrevidas españolas...

ROMAN.

¿Cachetinas de manolas?
¿Pues si me alampo por ellas!

Volviéndose á ALBERTO, que está pensativo.

No señor, no hay que dormir
Á pretesto del licor;
Al oido hemos de ir
Á predicarte el amor
Hasta que le hayas de oir.

Ese amor como un torrente
Que roe el alma y la mente,
Nunca, Alberto, le encontré:
Ese amor, convéncete,
Es el amor de un demente.

ALBERTO.

¡Pluguiera Dios que algun dia
Sintiérais esa pasión
Con su insufrible agonía,
Bullendo en el alma impía,
Desgarrando el corazón!

JULIAN.

Lo que bulle, Alberto, en tí
Es el ponche.

(136)

ROMAN.

¡Vive Dios!

¡Amores!

Una ruidosa carcajada.

Entran en mí,
Por lo menos dos á dos,
Nunca en un amor creí.

Las bellas son inconstantes,
Ingratas y veleidosas,
Las sabidas y elegantes
Son vanas y extravagantes,
Y las feas envidiosas.

Cuando el ron brilla en los ojos
Y hace dos de una ponchera,
La mas fea es hechicera;
Ninguna nos causa enojos
Y es la pasión verdadera.
Bebamos pues, no hay amor.

JULIAN.

Es un fantasma soñado
Quimérico, engañador.

ROMAN.

La muger entre el vapor
Quiero del ponche abrasado.

JULIAN.

Bien dicho, no hay mas amores
Que el fuego de los licores,
Entusiasta visionario. *A Alberto.*

(137)

ALBERTO, *vacilándole las rodillas, dice con el mas marcado desprecio.*

¡Nunca brotaron las flores
En asqueroso Calvario!

Se arroja sobre una silla completamente borracho.

JULIAN y ROMAN *rien á carcajadas.*

JULIAN.

¡Pesado el ponche le fue!
Borracho está por mi vida.

ROMAN.

Es que en la mente dormida,
La imagen de su querida
No le deja estar en pie.

Llaman misteriosamente á la puerta. ROMAN mira por la cerradura.

¡Chis! ¡Silencio! una muger...
Ocultaos, me interesa...
Una niña portuguesa
Á quien dejé antes de ayer.

JULIAN y ALBERTO.

Ábrela.

ROMAN, *empujándolos.*

Ocultaos.

JULIAN.

Pues;
Y contigo abandonada...

(138)

ROMAN.

No repliqueis: es casada,
Su marido es portugués.
Se ocultan en la alcoba de la derecha.

ESCENA V.

A N A , R O M A N .

ANA, *entrando.*

Bien me hicistes aguardar.

¿Qué significa esta ausencia?

Faltóme ya la paciencia

Y al fin te vengo á buscar.

Una enfermedad creí

Que te agobiara, mas veo

Que lo pasas á deseo

Sin acordarte de mí.

Y ¿ese ponche...? ¿estaban pues

Otros amigos? Veamos...

Proseguid.

ROMAN.

No, lo dejamos

Para concluir despues.

ANA.

¿Cuándo?

(139)

ROMAN.

Cuando vos salgais.

ANA.

Pues ¿tanto acaso os impido?

ROMAN.

Sí, porque yo me despido,
Y mi marcha retardais.

ANA.

¿Te despides?

ROMAN.

Sí por cierto.

ANA.

Y ¿adónde vas?

ROMAN.

No lo sé.

ANA.

Y ¿hasta ahora...

ROMAN.

¿Para qué?

Aun era mi viaje incierto.

Yo no os lo pude advertir...

Ello es obra del destino.

(140)

ANA.

No te comprendo.

ROMAN.

¿Hablo en chino?

Mañana voy á partir.

ANA.

¿Pues cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

ROMAN.

Porque me cansa Madrid;
Voy á Valencia del Cid,
Y el cómo, aun yo no lo sé.

ANA.

¡Ingrato! y con tanto amor...

ROMAN.

Nunca, señora, os he amado.

ANA.

¡Infame! ¿no lo has jurado?

ROMAN.

Soy de oficio jurador.

ANA.

¡Ingrato! ¿Tanta pasión
No ha podido hacerte amar?
¿Ni un recuerdo ha de guardar

(141)

De mi amor tu corazon?

Yo te amé porque me amabas,
Me lo juraste y mentias,
Si entonces no me querias,
¿ Por qué traidor me engañabas ?

¿ Tal juramento olvidaste
Para abandonarme asi?

No, mi honra no te di,
Tú, Roman, me la quitaste.

Vuélvemela, que no es tuya,
Ó dame otra vez tu amor.

ROMAN.

Y ¿ quedaremos mejor
Cada uno con la suya?

ANA, *con rabia.*

Oye, un hombre, que detesto,
Para casarme buscaron,
Á él á la fuerza me ataron,
Pero no bastó con esto.

Ya estaba casada yo,
Cuando en Córdoba te vi,
Todo lo dejé por tí,
Que por tu fortuna, no.

Tú mentiste tu pasion
Con palabras tan de fuego,
Que en ellas se abrasó luego
El amante corazon.

Y cuando el perjuro *Si*
Me recordó mi marido,
Le dije, mio no ha sido,

(142)

Que otros le dieron por mí.
Entonces era el amor
La pasión que me cegaba,
Pero ahora es...

ROMAN, *sonriendo.*

Bien, acaba.

ANA.

La venganza de mi honor.
De aquí no me he de mover
Sin honor, ó sin venganza;
Veremos adónde alcanza
La venganza en la muger.

ROMAN.

Y si débil tu virtud...

ANA.

Virtud no necesité...
Que á un hombre á quien nunca amé
Vendieron mi juventud.
¿No tenia yo derecho
Acaso á sentir jamás
Lo que sienten los demás
Cuando brotó aquí en mi pecho?
Dios puso en el corazón
De amor la violenta llama;
Díjole al crearle "ama,"
Y encerró en él la pasión.
Yo nunca tuve mas de una,
Y á tí te la dió mi estrella,

(143)

No quiero tener mas que ella,
Y despues de ella ninguna.

Y pues mia mi honra es
Consérvala por tu vida,
Porque tal vez te la pida
Con mas ventaja despues.

ROMAN.

Con harta paciencia oi
Tantos insultos, señora,
Y por mi vida que ahora
No sé qué quereis de mí.

Yo ya no soy el Roman
Que fui, señora, hasta ayer,
Me canso de querer ser
Lo que otros por mí serán.

Que ó porque malo soy yo
Para el mundo, ó porque él
Sea conmigo cruel,
No quiero mas mundo, no.

Hoy le dejo, y con él todo,
Hasta que al fin carcomida
Caiga en su nada la vida...

Mostrando los vasos.

Y emprendo el viaje beodo.

En fin, ya no soy poeta,
Ni músico, ni pintor,
Y por el mayor amor
No diera ya una pirueta.

Ni soy el mismo de ayer,
Ni como ayer siento ya,
Con que vuelvo, claro está,

(144)

Al marido la muger.

ANA, señalando á los vasos.

Si ese remedio sabias
Para apagar el amor,
¿ Por qué en el alma el dolor
Tanto tiempo mantenias ?
¡ Imbécil ! tú me jurabas
Que iba á matarte tu pena,
Y de la ficcion agena
Te creí porque llorabas.

Es una disculpa vana
Ahogar el amor ; ¡ quimera !
Y agotas una ponchera
Dejando el mundo mañana.

Loco, ¿ esa es la suerte impía
Con que té agobia el destino ?

¿ Es ese el fuego divino
De la noble poesía ?

¿ Es esa, dí, la espresion
De tu mortal amargura,
De esa eterna desventura
Que roe tu corazon ?

¡ Y mientras lloraba yo
Tú estabas en una orgía !

ROMAN.

Del mundo salir debia ,

ANA.

Y el mundo te rechazó.

Vosotros sois el veneno

(145)

De una vieja sociedad,
Parodias de adversidad,
Carcoma del bien ageno,
Cieno de una alma viciada,
Que vais mendigando un nombre
Con que á los ojos del hombre
Vestir de oro vuestra nada.

ROMAN.

¡Tremenda cosa es nacer
En un mundo indiferente
Que ha de tachar de demente
Lo que no ha de comprender!

ANA.

El mundo os comprende, sí,
Esa soñada amargura,
Y deja vuestra locura
Por haber tantas así.

Pero, Roman, yo deliro:
¿Me escuchastes? ¡oh! perdon.

De rodillas.

Tú estás en mi corazón,
Y en el aire que respiro.

Yo sin tí no he de vivir,
Á la ley he de apelar;
Porque las leyes amar
No pueden, no, prohibir.

Tú serás libre conmigo,
Y sino quierés mi amor
Déjame al menos mi honor,
Que yo le tendré contigo.

(146)

¡Desdichada!

ROMAN.

¡Ambos á fé
Somos á cuál mas aquí!

Llaman á la puerta.

ANA.

Roman, Roman, héle ahí.
Por Dios vivo, ayudamé.

Llaman otra vez.

ROMAN.

Á la otra puerta, que es tarde.

PEREIRA, *dentro.*

¡Abrid!

ROMAN.

Perdone por Dios,
Hermano.

PEREIRA.

¡Abrid!

ROMAN.

Y van des.
Idos en paz, Dios os guarde.

ANA.

¡Mi marido! ¡oh, compasion!
Me mata de una estocada.

(147)

ROMAN *la toma de la mano y la esconde en una
alacena que habrá á la izquierda.*

ROMAN.

Aquí. ¡Si es de alma porfiada
Bajará por el balcon!

La oculta.

¡Maldita sea mi estrella!
Hoy lo pierdo todo yo,
Y hoy tal vez porque me amó
Vida y honor pierde ella.

A Alberto y Julian.

Salid, ya está el portugués
Á la puerta.

JULIAN.

¡Bravo apuro!
¿Está el pájaro seguro?

ROMAN.

Ya lo veremos despues.
Vuelven á sentarse y beben.

PEREIRA, *dando golpes á la puerta.*

¡Abrid, ó por Dios bendito
Que voy á arrancar la puerta!

ROMAN *descorre con mucho tiento, el cerrojo.*

ROMAN.

¡Estúpido! Si está abierta,
¿Por qué nos dais tanto grito?

ESCENA VI.

ANA *oculta*; ROMAN, JULIAN y ALBERTO
sentados al velador; PEREIRA *embozado*.

PEREIRA.

¿Paréceles bien, señores,
Hacer á un hombre aguardar
Del honor mio?
¿Ignorais que andan dolores
Que pudiera bien tomar
Con este frio?

ROMAN.

¡Delicado viene un hombre!
Podeis decir vuestro nombre,
Y si os place,
Os suplico que os senteis.

JULIAN.

Y que noticias nos deis
Del tiempo que hace.

PEREIRA.

¿Teneis en saberlo prisa?
Tal vez pese, ¡voto á Dios!
Mucho mi nombre.

ROMAN.

Casi el oiros da risa,
Por mucho que os pese á vos,

(149)

Pareceis hombre
Que arrastrarlo bien podeis.

PEREIRA.

Que lo arrastro ya lo veis.

JULIAN.

¡ Viven los cielos!
¡ Vos padeceis algun mal!

PEREIRA.

Cierto, y terrible y mortal.

ALBERTO.

Con estos yelos
No tiene nada de estraño.

JULIAN.

Pues en ese caso, amigo,
Cuidaos mucho.
Mirad que os puede hacer daño...

PEREIRA.

¿ El tiempo que estais conmigo
Y el que os escucho?

JULIAN.

Sí por cierto, mas bebed.

PEREIRA.

Mil gracias, no tengo sed,
Os lo agradezco.

(150)

ROMAN.

Decid al fin qué quereis,
Si este favor que me hareis
De vos merezco.

PEREIRA, *acercándose á Roman.*

¡Tengo zelos!

Risa general.

ROMAN.

Por mi vida
Que habeis errado la casa.

JULIAN.

El otro cuarto
Será el de vuestra querida.

PEREIRA.

Tengo la paciencia escasa.

JULIAN.

¡Me teneis harto!

ROMAN.

Parece su señoría
Natural de Andalucía,
En lo atrevido.

JULIAN.

Ó márchese en el momento,
Ó diga en este aposento.

(151)

Qué se ha perdido.

PEREIRA.

¿No lo habeis adivinado?

Una muger busco aqui

Que entró hace poco.

JULIAN, *riéndose.*

Ya, desde que habeis llegado,

De veras me convencí

Que estabais loco.

PEREIRA, *con resolucion.*

Aqui ha entrado una muger.

ROMAN, *con frialdad.*

Todo el cuarto podeis ver.

JULIAN.

Vuelvo á decir

Que estais loco de remate.

ALBERTO.

Dejad ese disparate,

Ya os podeis ir

Á la calle.

JULIAN.

¿Una querida

Venis á buscar aqui?

Chicos, vamos,

Esto es ya cosa perdida.

(152)

El rostro en ponche por mí
Le bañamos.

ALBERTO. . .

¡Famosa idea por Dios!
Le sacamos entre dos
Muy formalmente,
Y le curamos su mal
Llevándole al hospital
Por demente.

ROMAN.

Ea, ¡fuera!

JULIAN.

¡Majadero!
¿Venís de cobrar baratos
Á hacer papel?

ROMAN.

Idos de aquí, caballero.

JULIAN.

Á la cabeza los platos,
Fuera con él.

*JULIAN hace ademán de tirar los platos; PER-
BEIRA coge la mano de ROMAN y le aparta de
los demas, diciéndole con rabia:*

¿Conócesme?

ROMAN.

No por cierto.

(153)

PEREIRA.

Pues oye ; si esa muger
Está aqui, y llego á saber
La verdad, date por muerto.

ROMAN, *levantándose.*

Ya nos podemos batir,
Que aunque oculta la tuviera,
Solo cadáver saliera:
Sin ella á fé te has de ir.

PEREIRA.

¿ Eres valiente?

ROMAN.

No sé.

PEREIRA.

¿ Y te batieras conmigo?

ROMAN.

Nunca evito un enemigo.

PEREIRA.

¿ Hubieras temor?

ROMAN.

¿ De qué?

PEREIRA.

Eres niño.

(154)

ROMAN.

¡Vive Dios!

Que aquí mismo lo veamos.

¡Atras!

Tomando los fletes.

PEREIRA.

Piénsalo.

ROMAN.

Riñamos;

Que muera uno de los dos.

Se ponen en guardia. ALBERTO se pone entre los dos. ANA quiere salir del escondite y JULIAN la detiene, apoyándose de espalda contra la alacena.

JULIAN.

Prudencia, señora.

ANA.

¡Cielo!

JULIAN.

Mirad, que es vuestro marido.

ALBERTO.

Caballeros, prohibido

Por las leyes está el duelo;

Batíos en campo raso.

(155)

ROMAN.

Aparta, ó de una estocada...

ALBERTO.

¡Silencio!

PEREIRA, *tirando el florete.*

No tiras nada.

ROMAN.

De aquí no has de dar un paso

Sin que me mates ó mueras.

PEREIRA.

Tienes la sangre caliente,

Eres jóven y valiente,

Como sois los calaveras:

Me marchó, y vuelvo á decir

Que si está aquí mi muger

Dios mismo no ha de valer

Para dejarte vivir.

JULIAN, *al tiempo de marcharse Pereira.*

Y si él solo harto no es

Para tan bravo enemigo,

Nos batiremos contigo

Uno tras otro los tres.

ESCENA VII.

ROMAN, JULIAN, ALBERTO, y ANA *escon-*
dida.

JULIAN.

Humos traía.

ALBERTO.

Y los lleva.

JULIAN.

Con ese aire de maton,
Tiene, apuesto, un corazon
Tan blando como una breva.

ROMAN.

¡Famosa es mi despedida
De este mundo fatigoso,
Nunca me pareció hermoso
Sino al esponer la vida!

Bien, volveremos á ver
Ciertamente á ese maton;
¿Qué arriesgo yo en la funcion?
Nada tengo que perder.

JULIAN.

¿Otra vez te has de batir?

(157)

ROMAN.

Do quier que nos encontremos.

JULIAN.

Ambos por tí lidiaremos.

ALBERTO.

Y acabamos de sufrir.

ROMAN.

¡Silencio!

Abriendo la alacena donde está ANA.

Salid, señora;

Vida y honra os defendí,

Y á lo mas, dentro de un hora

Parto muy lejos de aqui:

Á veros no volveré,

Suplícocoos pues que digais

Donde ocultaros querais,

Que yo os acompañaré.

ANA, llorando.

¡Ay de mí! Roman.

ROMAN.

Dejemos

Suspiros y llantos, Ana,

El sol que saldrá mañana

Juntos los dos no veremos.

Esta casa abandono hoy,

Y el mundo dejo con ella,

(158)

Mi dichosa ó mala estrella
Indolente á esperar voy.

Sin amigos... sin amores,
Sin ningun vínculo aqui,
Habrán de pasar por mí
Horas acaso mejores.

Pausa de un momento.

¿Qué decís? ¿Puedo hacer mas?
El camino equivoqué,
Inútil me confesé,
Y humillado vuelvo atras.

ALBERTO.

Roman, ¿no hay remedio alguno?

ROMAN.

Ninguno encuentro.

ANA, *de rodillas.*

¡Ah! ¡por Dios!

ROMAN.

Alzad, que me es importuno.

JULIAN.

Sí ello, Roman, ha de ser
Y tan á pechos lo quieres,
Tú te sabrás lo que eres,
Y lo que puedes poder.

ROMAN.

Salgamos.

(159)

ANA.

¿ Y mi marido ?

ROMAN.

No temais entre los tres.

JULIAN.

Oscura la noche es
Y lluviosa...

ROMAN.

Se habrá ido.

ANA.

De aqui no salimos, no.

ROMAN.

Pues ved lo que habeis de hacer...

ANA.

Que no tengo aqui de ser
La que pierda sola yo.

ROMAN.

Ana, si erré mi camino,
¿ No es el dolor para mí,
Que mi corazon creí
Lleno de un fuego divino ?

Ni esperanza, ni fortuna
Quedó ya en el pensamiento.

:

(160)

ANA.

¡Ni el alma en el pecho siento!

ROMAN.

Vamos, ha dado la una.

*Apaga las luces, y vanse todos, cerrando la
puerta por fuera.*

ACTO II.

Una Muerte por honor.

12 de Julio de 1836.

PABLO ROMAN.

ALBERTO.

LUISA.

PEREIRA, portugués.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Un jardín de una posesion de Alberto en Valencia : en el fondo un cenador ; á la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza : una hora antes de anochecer.

ROMAN.

Tremenda cosa es nacer
Sin poder adivinar
En este revuelto mar
Qué playas hemos de ver :
Tremenda cosa es querer
Lo que en el alma bullir
Sentimos, al percibir
Que es nuestra ánima inmortal,
Puestos en un arenal
Sin saber dónde acudir.

Apenas á luz salimos
Engaños y error probamos,
Donde quiera que miramos
Notamos que nos perdimos.
Una fantasma seguimos
Que solo soñando vemos,
Vacío si la tenemos,
Si la perdemos fortuna :

¡No acertamos cosa alguna ,
Por Dios, desde que nacemos!

Fama y gloria codicié
Porque inmortal me sentí;
Y cuando cerca la vi,
Que era polvo imaginé.
Del mismo amor blasfemé;
Juzguéle sueño distante,
Niño, pobre y vergonzante,
Y hoy que en el alma lo siento
Conozco por mi tormento
Que es rey, tirano y gigante.

¡Ay! ¡Y soy el mismo yo
Que de esa pasión de ayer
Blasfemé, sin conocer
Que hoy la sentiría? No.
Ya mi alma se abrasó,
Castigo del cielo fue,
Que cuando el alma salvé
De mi ambiciosa inquietud,
Una vida sin virtud
Alucinado abracé.

¡Ay! ¡Por qué nacen tan bellas
Bajo formas de muger
Estrellas que han de hacer ver
El rigor de las estrellas?
Si nuestra vida está en ellas
Y allí nuestra eternidad,
Injusticia es en verdad
Que viéndolas ¡ay! nosotros,
Nos dejen para ser de otros
Miseria y oscuridad.

(165)

Alberto amigo, perdon,
Que cuando tu honor ofendo,
Que es en mi delirio entiendo
Mi amor una maldicion.
Errado habrá el corazon,
Pero estaba escrito aqui;
Y hoy, ¡perdon! la adoro, sí;
Que en mi loco desvarío
Eres tú sola, amor mio,
Gloria y cielo para mí.

¡Angel de paz y armonía!
Cuando vinistes al suelo
¿Por qué no dejaste al cielo
El cielo que en tí vivía?
Pero ya en la tierra impía
Tus ojos despues de ver,
¿Cómo amar otra muger?
Que si hay ángeles de amor
Junto al trono del Señor,
Angel, Luisa, debes ser.

ESCENA II.

ROMAN, ALBERTO; *saliendo del cenador.*

ROMAN.

¿Me oíste, Alberto?

ALBERTO.

Á fé mia,

(166)

Que amabas te comprendí.

ROMAN.

Así dije: no creí

Que nadie me escucharía.

ALBERTO.

¿Con que amas?

ROMAN.

Sí por cierto.

ALBERTO.

¿Sin esperanza, parece?

ROMAN.

Sí, que mi amor no merece

Amor como el tuyo, Alberto.

ALBERTO.

¿No merece? ¿por qué así?

ROMAN.

Porque un amor como el mío...

ALBERTO.

Sigue...

ROMAN.

Es un amor impío

Hecho solo para mí.

(167)

ALBERTO.

Menos te comprendo ahora.
¿No es acaso una muger?

ROMAN.

Que no se puede querer,
Y que el corazón adora.

ALBERTO.

Pues con ser muger, yo preo
Que hay poder, si ella lo quiere;
Pues que fuere como fuere
Nunca la mancha el deseo.

ROMAN.

Sí la mancilla: es casada.

ALBERTO.

Pues entonces tu razon...

ROMAN.

Vive Dios, el corazón
Á la razon tiene atada.
Cuando se ama, ¿cómo ver...
Como ello es lo que se adora?
Cuando un hombre se enamora,
No sabe de qué muger:
Porque acaso destinado
Un ser para otro ser nace,
Y su mala estrella hace
Que tarde se hayan hallado.

(168)

Yo la amo, con frenesí
Porque nací para ella;
Pero no quiso mi estrella
Que naciera para mí.

ALBERTO.

¿Luego es de otro?

ROMAN.

Claro está.

Mas quiso la suerte impía
Que el amor la hiciera mía.

ALBERTO.

¿Y te ama?

ROMAN.

Lo dije ya.

ALBERTO.

¿Y eso lloras?

ROMAN.

Eso lloro;

Porque el amar y el morir
No se puede en dos partir,
Y yo parto lo que adoro.

ALBERTO.

¿Y habré de saber si es
Muger de tal condicion...?

ROMAN.

Que se arrastra el corazon
Desesperado á sus pies;
Que es noble, rica y agena.
Anciano en mi juventud,
Nací pobre, y sin virtud
Que oponer á tanta pena.
Sufri borrasca espantosa
De pasiones encontradas,
Que estuvieron encerradas
En una alma irreligiosa;
Porque mi existencia inquieta
Con impaciencia sufrí,
Y hoy héme gusano aqui,
Con corazon de poeta;
Que el mundo surcando voy
En pós de un angel muger,
Que es mia, y no la he de ver
Por no ser yo lo que soy.

ALBERTO.

¡Desgraciado! Al fin comprendes
El rigor de tu fortuna,
Y á esa fantasma importuna
Tu misma mano le tiendes.
Mucho, sí, quisiste ser,
Mucho hubiste de dejar,
Que para á mucho llegar,
Mucho es preciso querer.
Y hoy te ves triste, indeciso
En un vacilar eterno,

(170)

Con el alma en un infierno,
La vista en un paraíso.

ROMAN.

¡Un paraíso! y jamás
Habré yo de entrar en él,
¡Un paraíso de hiel!

ALBERTO.

Que al fin de apurar habrás.

ROMAN.

¡Apurarlo! ya lo sé.
Tal tormento se me alcanza
Sin gloria, sin esperanza...

ALBERTO.

Sin esperanza ¿por qué?

ROMAN.

Porque vinimos al suelo
Con un corazón que encierra
La miseria de la tierra,
La ambición de todo un cielo.
¿Por qué no nos dió una estrella
Dios, que en esta oscuridad
Mirando su claridad
Nos guiáramos por ella?
Pero nacer á sufrir,
Sufrir y el término errar,
Llegar el día de amar
Y al tiempo de amar, morir...

(171)

Injusto es, Alberto, á fé.

ALBERTO.

(¡Desgraciado! loco está:
No piensa en lo que será,
Y ha olvidado lo que fue.)
¡Y hoy el mismo Roman eres
Que no creías ayer
Que el amor á una muger
Mas es pasion, que placeres?
Tarde al fin has conocido
Que amor nuestro pecho encierra.

ROMAN.

Tanto esa idea me aterra,
Que quiero no haber nacido.

ALBERTO.

Tal vez es tarde, Roman,
Mas á curar ese amor
Tiempo y lágrimas serán
La medicina mejor.

ROMAN.

Lágrimas, Alberto, no;
Las derramé en la niñez:
Vertilas ;ay! de una vez,
Y ya no las tengo yo.
Cuando él corazon espera,
Lágrimas tal vez derrama;
Cuando ageno es lo que ama,
No llora, que desespera.

(172)

ALBERTO.

¿Tal es en tu corazón
Esa hoguera en que se abrasa?

ROMAN.

De lo imaginable pasa
El fuego de mi pasión.

ALBERTO.

¿Tan violenta?

ROMAN.

Es un volcán.

ALBERTO.

¿Ninguna razón la aquieta?

ROMAN.

¿Y quién á la mar sujeta?

ALBERTO.

¡Ah! tú eres grande, Roman:

Más que el amor es la gloria;

Busca gloria y no el amor,

Esa página de error

Bórrala de la memoria.

ROMAN.

¡La gloria! efímero nombre

Cuyo seductor aliño

Deslumbra el alma del niño,

(173)

Pero no el alma del hombre.

¿Qué me importa ese laurel,
Si, en llegándole á alcanzar,
Tampoco tengo de hallar
Sino amarguras en él?

El nombre: cualquiera es bueno,
Si todos de muerte igual
Son la sentencia fatal,
Y abrigan dentro vencido.

ALBERTO.

Roman, es fuerza vivir,
Y vivir sin esperar;
Que no podemos amar
Lo que es de otro.

ROMAN.

Pues morir.

ALBERTO.

Morir, Roman, es no ser,
Y en el no ser, no hay amor:
Otro remedio mejor
Á la mano hay que tener.

ROMAN.

¡Vivir sin amar! mentira.
Dile al ave que no cante,
Dila que el vuelo levante
Sin el aire que respira.
Dile que pare al torrente
Al borde de la cascada;

(174)

Dila que quede estancada,
Sobre la peña la fuente.

ALBERTO, *con decision.*

Roman, no amar es preciso.

ROMAN.

Sin amar ¿cómo vivir?
Es un infierno sufrir
Con aura de paraiso.

ALBERTO.

¿De vivir no hay mas camino?

ROMAN.

No hay otro.

ALBERTO.

Piénsalo bien.

ROMAN.

Ley tan tiránica ¿quién
Dar puede?

ALBERTO.

Yo y tu destino.

ROMAN.

¿Quién eres tú? ; Vive Dios!

ALBERTO.

Imbécil, Alberto soy,

(175)

Que entre tí y tu amor estoy,
Y el destino entre los dos.

ROMAN.

¡Cielos! ¿y yo mismo fui
Quien se lo dije? estoy loco;
Toda mi existencia es poco
Para pagarle ¡ay de mí!

ROMAN *desde este momento parece perder el juicio. Al peqúltimo verso de esta escena cree ver un fantasma; y fijando los ojos en Alberto, dice aterrado:*

La muerte avara y cruel
Me hubiera al fin consumido,
Si los días que he vivido
No se los debiera á él.

A él, fantasma furioso
Que entre los dos te levantas
Para abrirnos á tus plantas
Un precipicio espantoso:

Sombra airada que tú huesa
Dejaste por mi tormento,
Si ves en mi pensamiento
El pensamiento que pesa,

Y tu perdón no merezco,
Amigo á quien yo vendí...
¡Alberto! huyamos de aquí...

ALBERTO.

¡Infeliz! te compadezco.

ESCENA III.

ALBERTO.

¡Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder!
Contento, ignorado ayer,
Esperabas otro dia,
Y hoy en tu frente sombra
Sentado el abatimiento,
Te saca tu pensamiento
Á la odiosa luz del dia.
¡Es tarde, esperanza vana!
Tu quimérica pasion
Se apagó en el corazon
En hora ¡por Dios! temprana.
Vino el estéril *mañana*,
Ya de ilusiones vacío,
Dudó el corazon impío,
Y la esperanza se hundió:
Arroyo que se perdió
Entre las ondas de un río.

Abre el cenador y sale LUISA.

(177)

ESCENA IV.

LUISA, ALBERTO.

ALBERTO.

¿Le oíste? En su amargura
Él á confesarlo vino;
Amarte fue su destino,
Amarle tú fue locura.

LUISA.

Alberto, saben los cielos...

ALBERTO.

Mucho los cielos sabrán
Cuando á los que aman dan
El tormento de los zelos.

LUISA.

¡Perdon! ¡Alberto! está loco,
Al borde del precipicio.

ALBERTO.

Un pequeño sacrificio,
Que los costaba tan poco.

LUISA.

Por Dios, tranquilo repara.

ALBERTO.

¡Silencio, digo, perjura!

(178)

Tú el amor y él la locura
Me habeis de pagar bien cara.

LUISA.

¡Perjura! ¿mi corazon
Á quién diera sino á tí?
¿Tanto en llorar te ofendí
Su terrible situacion?
¿No era tu amigo mejor?
¿No te debe su existencia?
Y tenerle en tu presencia
¿No era tu gozo mayor?
Si en compadecerle erré,
Y él puso su amor en mí,
El que amaba pecó, sí,
Mas yo que escuchaba ¿en qué?

ALBERTO.

Si le oiste ¿por qué luego
De tí no le rechazaste?
¿En sus ojos no miraste
De amor el osado fuego?

LUISA.

Le vi, pero contemplé
Un hondo abismo detras,
Y un poco que huyera mas,
Faltára á la tierra el pie.
Of su amoroso ruego
Mucho de él compadecida,
Que en ello le iba la vida
Y se la arrancára luego.

(179)

¡Tengo yo culpa por Dios
De que su alma violenta
No pueda vivir contenta
Sino dividida en dos?

Recatada habré de ser
Con él, pero ingrata no,
Que si casada soy yo
Nací primero muger.

Y nunca he de rechazar
Un corazón desdichado
Que á buscar viene á mi lado
Un sitio donde llorar.

Mucho ofendiste mi honor
Cuando imaginar pudiste
Que el amor que tú me diste
Vendiera por otro amor.

Que si por cariño no,
Ni por otro miramiento,
Por cumplir mi juramento
Tu honor te guardára yo.

ALBERTO.

¡Y él frenético te ama!

LUISA.

¡Qué daño me hará una hoguera
De que no siento siquiera
El resplandor de la llama?

ALBERTO.

¡Con que no le amas?

(180)

LUISA.

Por cierto

¿Tú lo pudiste pensar?
¿Á quién Luisa habrá de amar
Después de amar á su Alberto?

Llora.

ALBERTO.

Mi vida, perdonamé,
Que en pensarlo te ofendí;
Los zelos dentro de mí
Á sofocar no alcancé.
Tú no sabes, vida mia,
Lo que es amar, para ver
El amor de una muger
Pasar como el sol de un dia.

Imaginar que tranquila
Escucha otro nuevo amor
Y en el nuevo adorador
Vierte luz de su pupila.

Porque tus ojos ;oh Luisa!
La luz del sol arrancaron,
Dióte el alba su sonrisa
Y tus ojos alumbraron.
Tus ojos ;ay! me hechizaron,
;Hija del cielo español!
Si así alumbró tu arrebol,
¿Cómo sufrir que importuno
Gozar pudiera hombre alguno
Toda la luz de tu sol?

(181)

LUISA.

¡Mi esposo!

ALBERTO.

¿Tuyo me llamas?

¡Oh! tuyo, alma mía, sí,
Que vida no siento en mí
Sino porque tú me amas.

LUISA.

Dulce bálsamo derramas
En mi corazón, Alberto,
Con tus palabras, que cierto
Tú me llamaste perjura,
Y de esa voz la amargura
Acaso me hubiera muerto.

ALBERTO.

¡Hermosa! Porque te adoro,
Porque no vivo sin tí
Todo el veneno sentí
De los celos.

LUISA.

Y ese lloro,
Amor destilado en oro,
Que en tus párpados se mece,
¿Todo mi amor no merece?
¡Oh! tu labio me lo dice...

ALBERTO.

Y el corazon te bendice
Cuando mi labio enmudece.
 Cuando lloro es porque callo,
Que callo y lágrimas vierto;
Porque á hablarte con acierto
Hartas palabras no hallo.
Inútil es intentallo,
Que si inconstante te miro
Apenas hablas te admiro,
Y pueden tal tus razones
Que no hallo reconvenciones,
Te admiro, callo y suspiro.

Durante la décima anterior ROMAN ha cruzado el fondo del teatro, y dice al tiempo de desaparecer:

¡Gózala en paz! tuya es.
Para tí tiene ella amor,
Que para mí aterrador
Abre un abismo á sus pies.
Si hay otro mundo despues
Alli he de seguirla en pós,
Que acaso disponga Dios
Que cuando un ser ama aqui
Despues de la muerte alli
Hayan de amarse los dos.

Al alejarse ROMAN vuelve LUISA la cabeza y queda con los ojos fijos en él.

LUISA.

Héle alli, sobre su frente

(183)

Lleva su destino impfo,
Su pensamiento sombrío
Bullendo eterno en la mente.
Loco está, pero inocente.

ALBERTO.

Y ¿qué mas pude yo hacer?
Le dí mi casa, mi haber,
Le dí oro, independencia,
Y él en su ciega demencia
Codicia hasta mi muger.

LUISA.

De nobles es perdonar;
Pues que todo lo perdió,
Alberto, si te ofendió,
Enséñale tú á olvidar.

ALBERTO.

¿Y lo que él ha de penar?

LUISA.

Ese será su castigo.

ALBERTO.

Aunque ingrato fue conmigo
Respetaré su dolor,
Que vale tanto el honor
Como la paz de un amigo.

Ya está, Luisa, perdonado:
Tú, amor mio, abrazamé
Y perdona.

(184)

LUISA.

¿A tí, de qué?
¿Es delirio haberme amado?

ESCENA V.

LUISA.

Ya era tiempo, desdichado,
De conocerte á tí mismo;
De tu indolente egoismo,
De tu avara ceguedad
No es madre la sociedad,
Es la puerta de un abismo.

ESCENA VI.

LUISA, ROMAN.

ROMAN vuelve á cruzar la escena y se queda inmóvil, los brazos cruzados, mirando á LUISA.

LUISA.

¿Qué haceis?

ROMAN.

¡Qué he de hacer! Llorar.

(185)

LUISA.

¿Llorar? No alcanzo razon.

ROMAN.

¡Ah! vuestra conversacion

Os acabo de escuchar,

Y me partió el corazon.

LUISA.

Puesto que la habeis oido

Nada os tengo que decir,

Veis que amiga vuestra he sido.

ROMAN.

Los que en tal signo han nacido,

Mas les valiera morir.

Amistad le dais ahora

Á un alma que tanto os ama,

Mal con un vaso, señora,

Se apaga devoradora

Del vasto incendio la llama.

Nunca los que amor sintieron

En amistad le cambiaron.

LUISA.

Pero olvidarle supieron

Cuando inútil le juzgaron.

ROMAN.

Si eso os han dicho, mintieron.

No sabe lo que es amar

(186)

Quien reconoce el olvido,
Que amor se puede ocultar,
Mas no se puede olvidar
Cual si nunca hubiera sido.

LUISA.

Pues ocultadle en el pecho,
Y nunca mas lo digais.

ROMAN.

Si á amor no tengo derecho,
Mal, señora, me pagais
El daño que me habeis hecho.
Por última vez lo digo,
Te amo, el infierno me fuera
Un paraíso contigo,
Y el infierno mas quisiera
Que el epíteto de amigo.

LUISA.

¿Y qué mas podeis pedir,
Ni qué daros puedo yo,
Si casada he de vivir?

ROMAN.

Á quien todo se negó,
¿Qué ha de poder exigir?
Mi tormentosa fortuna
Nada me dejó querer;
Soñé una gloria importuna,
Quiméras alcancé á ver,
Pero realidad ninguna.

(187)

Para esto en mi edad temprana
Sueños de flores soñé,
Por ver que esa imagen vana
Un sueño por cierto fue
Al despertarme mañana.

LUISA.

¡Ciego! y ese loco amor
¿No es mas sueño que otro alguno?
Buscad camino mejor.

ROMAN.

Á otro cariño mayor
Ya, señora, no hay ninguno.

LUISA.

Amad la fama, la gloria.

ROMAN.

¿Qué le importa á un corazón
Desesperado, en la historia
Dejar por nombre un borron
En vez de fama y memoria?

Ya sé que el camino erré,
Y que el tiempo que pasó
No ha de volver, ya lo sé;
Pero ya es tarde, y á fé
Que atrás no me vuelva yo.

LUISA.

Luego ¿qué pensais?

(188)

ROMAN.

Amaros.

LUISA.

¿Y qué habeis de conseguir?

ROMAN.

El placer de idolatraros.

LUISA.

¿Y de eso qué ha de quedaros?

ROMAN.

La esperanza de morir.

Si en el amor no creí
Por necedad ó altivez,
Ya que una vez lo sentí,
La vez primera ¡ay de mí!
Será la postrera vez.

LUISA.

(¡Compasion siento por él!
¡No me resuelvo por Dios!)
Hay un medio.

ROMAN.

¡Suerte cruel!

LUISA.

El espacio entre los dos.

(189)

ROMAN, *con desesperacion.*

¡Para el sediento es la hiel!

LUISA.

Inútil es vuestro amor
Cuando estoy, Roman, casada.

ROMAN.

¿Y ese es el medio mejor?

LUISA.

Yo no encuentro medio á nada
Cuando en ello va el honor.

Pensad desde este momento
Esa quimera borrar
Del alma y del pensamiento,
Que yo dí mi juramento
Á mi esposo en el altar.

ROMAN.

(Cerróme toda esperanza
De vivir la avara suerte.)

LUISA.

Todo del tiempo se alcanza.

ROMAN.

Sino cede la balanza
Por el lado de la muerte.

(190)

LUISA:

¡La muerte!

ROMAN.

¿Y qué resta ya
A quien todo lo perdió?

LUISA.

No, nunca desesperó
El justo.

ROMAN.

¿Y quién os dirá
Que de esos justos soy yo?

LUISA.

(¿Tengo yo, cielos, de ser
Quien de su felicidad
La esperanza he de romper?
Maldita la sociedad
En donde nací muger.)

ROMAN, echándose á sus pies.

¿Lloras, hermosa?

LUISA, con energía.

¡Insensato!

No lloro, que considero
De un marido caballero
Y un galan con él ingrato,
Que el marido es lo primero.

ESCENA VII.

ROMAN.

¡Ya mis sueños se apagaron!
Los fantasmas de la vida
Uno á uno se borraron
Y ya nunca volverán.
¡Seis meses! Madrid, Valencia,
En sueños ó realidades
Como tremenda sentencia
El alma royendo estan.

¡Seis meses! en mi memoria
Han encendido una hoguera,
Todo un porvenir de gloria
Está quemándose allí;
Es muy tarde, sin amores,
Sin porvenir ni esperanza,
Esa corona de flores
Es de espinas para mí.

Perdí la luz de mis días
En ilusiones pueriles,
De mis horas juveniles
Tengo solo... una pasión;
Y esa pasión imposible,
Ese pensamiento eterno
Me pesa como un infierno
Á plomo en el corazón.

Partiré lejos, muy lejos,
Que el sol de mi amarga vida

(192)

Con los últimos reflejos
Alumbra el cuerpo mortal.
¡Á Dios, Luisa encantadora!
¡Á Dios, ofendido amigo!
Oí la tremenda hora...
Tocaban á un funeral.

ESCENA VIII.

ROMAN *sentado en actitud de la mas profunda meditacion.*— PEREIRA *entrando por la puerta falsa en traje de camino.*— *Es completamente de noche.*

PEREIRA.

Salud, amigo.

ROMAN.

¿Quién va?

PEREIRA.

Una antigua relacion
Que ya desde otra ocasion
Reconocida os está.

ROMAN.

¿Qué quereis?

PEREIRA.

Pensadlo vos.

(193)

ROMAN.

¿Yo? Por todo un firmamento
No cambio de pensamiento
Ni para pensar en Dios.

PEREIRA.

En mal hora creo á fé
Que he llegado.

ROMAN.

Sí por cierto.

PEREIRA.

Ese postigo hallé abierto,
Oí vuestra voz y entré.

ROMAN.

Pues bien os podéis marchar,
Porque yo no os quiero oír.

PEREIRA.

Pues yo os lo quiero decir,
Y me lo habreis de escuchar.

ROMAN.

Marchaos digo.

PEREIRA.

A eso vengo;
Y en cumpliendo mi mensaje
Otra vez el mismo viaje,

(194)

Aunque largo, emprender tengo.

ROMAN.

Pues bien, decid ¿qué queréis?

PEREIRA.

Vengarme.

ROMAN, *marchándose bruscamente.*

¿Qué tengo yo

Con tu venganza?

PEREIRA, *deteniéndole.*

¡Eso no!

Quedaos, me ayudareis.

ROMAN, *amenazándole.*

Ved que no tengo en la vida

Un sólo que baste alguno...

PEREIRA.

Pronto no tendrás ninguno

Que malgastarla te impida.

Mira, traidor.

Descubriéndose.

ROMAN.

¡Vive Dios!

¡Pereira!

PEREIRA.

Tú mi honor tienes,

(195)

Yo quiero tu alma en rehenes

Por fianza de los dos :

Por eso á buscarte vine

Desde Madrid á Valencia,

Por él grita mi conciencia

Que te mate ó te asesine.

ROMAN.

¡Bueno! en mejor ocasion

Venir por él no has podido;

En las manos me has caido

Y sed tiene el corazon.

Vamos.

PEREIRA.

Espera, porque antes

Una nueva te he de dar,

Que siempre han de interesar

Las nuevas á los amantes.

Era, seis meses hará,

Una noche oscura, fria,

La lluvia á mares caía...

ROMAN.

Importuno el hombre está.

PEREIRA.

Tres hombres, ébrios los tres,

Que una dama acompañaban,

Las calles atravesaban...

Otro venia despues.

Á la incierta luz escasa

(196)

De un farol agonizante
Se detuvieron delante
De una miserable casa.

Salió una vieja al encuentro,
Y á la falsa voz de "amigo"
Abrió un estrecho postigo
Y se cerraron por dentro.

Entonces el embozado
Apoyado en el porton,
De los que habian entrado
Oyó la conversacion.

¿Sabes lo que se trató?
De engañar una muger;
Yo la acerté á socorrer,
Y á vengarla vengo yo.

Ella te adoraba, sí;
Y pues su honor era mio,
Á acabar el desafio
He venido solo aqui.

ROMAN.

¿Me hablas á mí?

PEREIRA.

La maté.

ROMAN.

¿Qué me importa?

PEREIRA.

¿Por ventura
No la amabas?

(197)

ROMAN.

¡Qué locura!

Nunca tal imaginé.

PEREIRA.

¿ Luego tú la sedujiste
Tan solo por liviandad ?
¿ Y ella te amaba ?

ROMAN.

Verdad.

PEREIRA.

¿ Es verdad ?

ROMAN.

Ya lo dijiste.

PEREIRA.

No en balde para encontrarte
Tanto tiempo me afané;
Que me faltára pensé
El tiempo para matarte.

.
.
.
.

ROMAN.

Si me matas, y ha de ser
Por mano de caballero,

(198)

Que lleves despues espero
Un á Dios á una muger.

PEREIRA.

Sí por cierto.

ROMAN.

Júralo.

PEREIRA.

Sobre aquesta cruz de oro.
¿La adoras?

ROMAN.

No, que la adoro.

PEREIRA.

Y ¿te corresponde?

ROMAN.

No.

PEREIRA.

¿Estúpido! loco estás.
¿Cuando vengo por tu vida,
De tu amante despedida
Á hacerme correo vas?
¿Imbécil! la he de decir
Que vives libre, contento,
Y que en veinte años, en ciento,
No habrás de poder morir.

(199)

ROMAN.

¿Por qué, traidor?

PEREIRA.

Porque así

Hago mas fatal tu estrella,

Tu vida la enfada á ella

Y yo me vengo de tí.

PEREIRA *alarga dos espadas á ROMAN, que toma una. Se batén, PEREIRA con serenidad, ROMAN con impetuosa cólera.*

PEREIRA, con solemnidad.

¡Seis meses pienso que hará

Qué nos quisimos batir!

Viendo que la rabia de ROMAN crece.

¿Quieres matarme?

ROMAN.

Ó morir.

PEREIRA.

¿Ó morir?

Después de un momento.

ROMAN.

Tanto me da.

PEREIRA.

¿Te herí?

(200)

ROMAN.

No sé.

PEREIRA.

Pues seguir...

ROMAN.

Combate á muerte.

PEREIRA, *dándole una estocada.*

¡Ah! está!

ESCENA ÚLTIMA.

ROMAN *en tierra*, LUISA, ALBERTO, PEREIRA.

LUISA.

¡Dios mío!

ALBERTO.

¡Un combate aquí!

PEREIRA...

Señores, un desafío;

Esto era negocio mío,

Pero ya le concluí.

(201)

ALBERTO.

Mirando el cadáver de ROMAN, con rabia.

¡Oh, le habeis muerto! ¡Y por qué?

PEREIRA.

Por una deuda anterior.

LUISA.

¿Una deuda?

ALBERTO.

¿Era de honor?

PEREIRA.

Por el honor le maté.

FIN.

()

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
STUDENT UNION

CHICAGO, ILL.

OFFICE OF THE CHANCELLOR

1954

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

66 **ÍNDICE**

68 **DEL TOMO PRIMERO.**

69

70

71

72

73

Páginas.

PRÓLOGO. **III**

Á la memoria desgraciada del joven literato Don Mariano José de Larra. **3**

Á Calderon. **6**

Toledo. **10**

El Reló. **20**

La luna de Enero. **25**

Á una muger. **30**

Oriental. **36**

Á Venecia. **38**

Un recuerdo y un suspiro. **43**

Á D. Jacinto de Salas y Quiroga. **48**

Aooo. **52**

Oriental. **57**

La Meditacion. **60**

Á la Estátua de Cervantes. **63**

Elvira. **69**

La tarde de Otoño. **72**

Indecision. **76**

. **81**

Oriental. **84**

| | |
|---|------------|
| Romance. | 86 |
| Á un Torreón. | 89 |
| La noche de invierno, á Don Genaro de Villaamil. | 92 |
| Recuerdos de Toledo. | 98 |
| Vivir loco y morir mas, drama. | 109 |

| | |
|---------------|-----|
| 111 | 111 |
| 112 | 112 |
| 113 | 113 |
| 114 | 114 |
| 115 | 115 |
| 116 | 116 |
| 117 | 117 |
| 118 | 118 |
| 119 | 119 |
| 120 | 120 |
| 121 | 121 |
| 122 | 122 |
| 123 | 123 |
| 124 | 124 |
| 125 | 125 |
| 126 | 126 |
| 127 | 127 |
| 128 | 128 |
| 129 | 129 |
| 130 | 130 |
| 131 | 131 |
| 132 | 132 |
| 133 | 133 |
| 134 | 134 |
| 135 | 135 |
| 136 | 136 |
| 137 | 137 |
| 138 | 138 |
| 139 | 139 |
| 140 | 140 |

POESIAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO II.



MADRID:

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1858.

A mis Amigos

DON JUAN DONOSO CORTES

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fue otro mi intento que el de reunir en una colección los versos

IV

que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro rie á carcajadas, y esto es muy natural; de aqui los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reía; por consiguiente el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazon. 4

Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesia que el paganismo. Español, tengo á mengua

cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansures, á Hernan Cortés y Garcia de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuanto al género de mis versos aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavio, y sin seguir mas escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto

VI

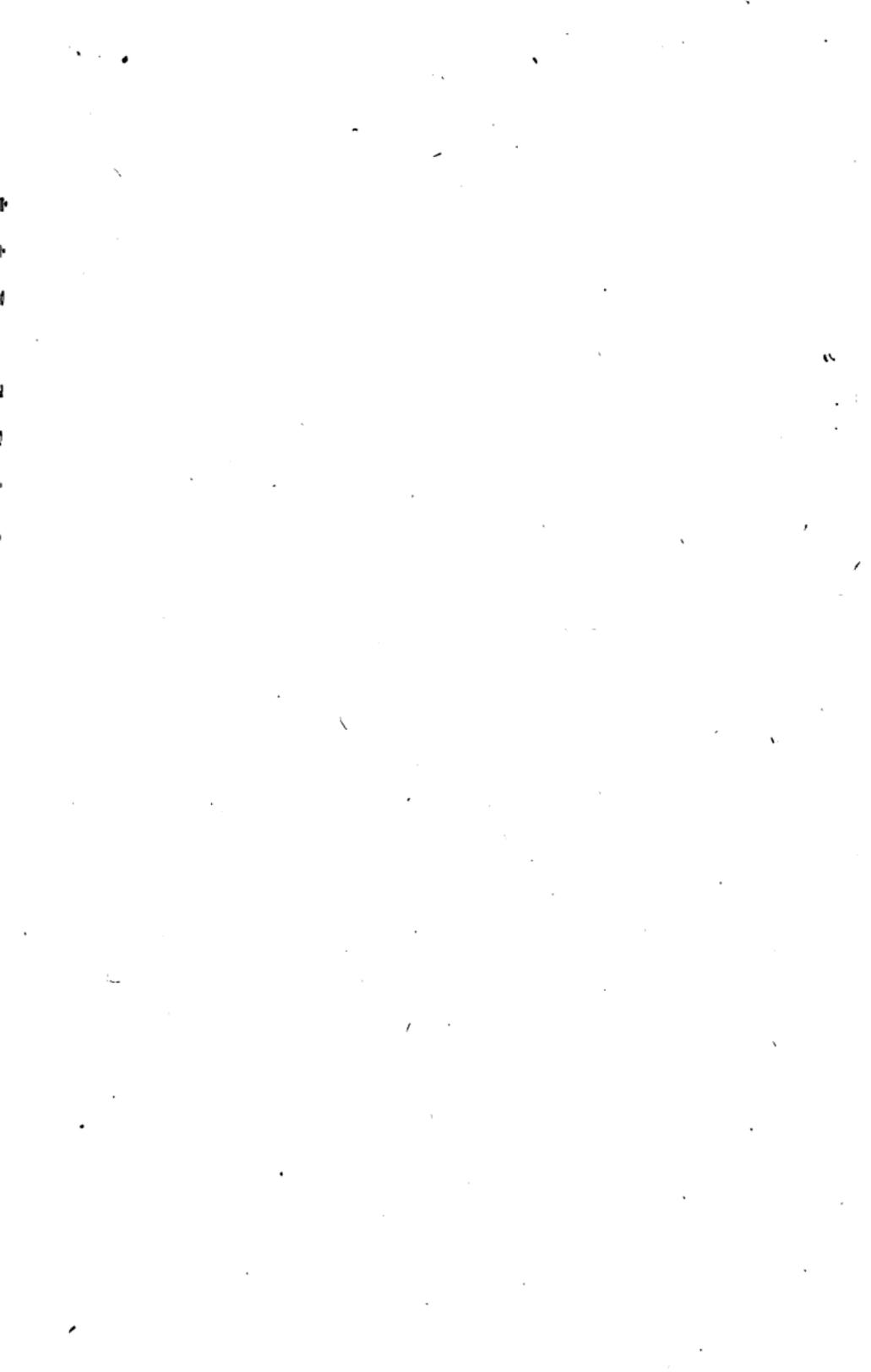
puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

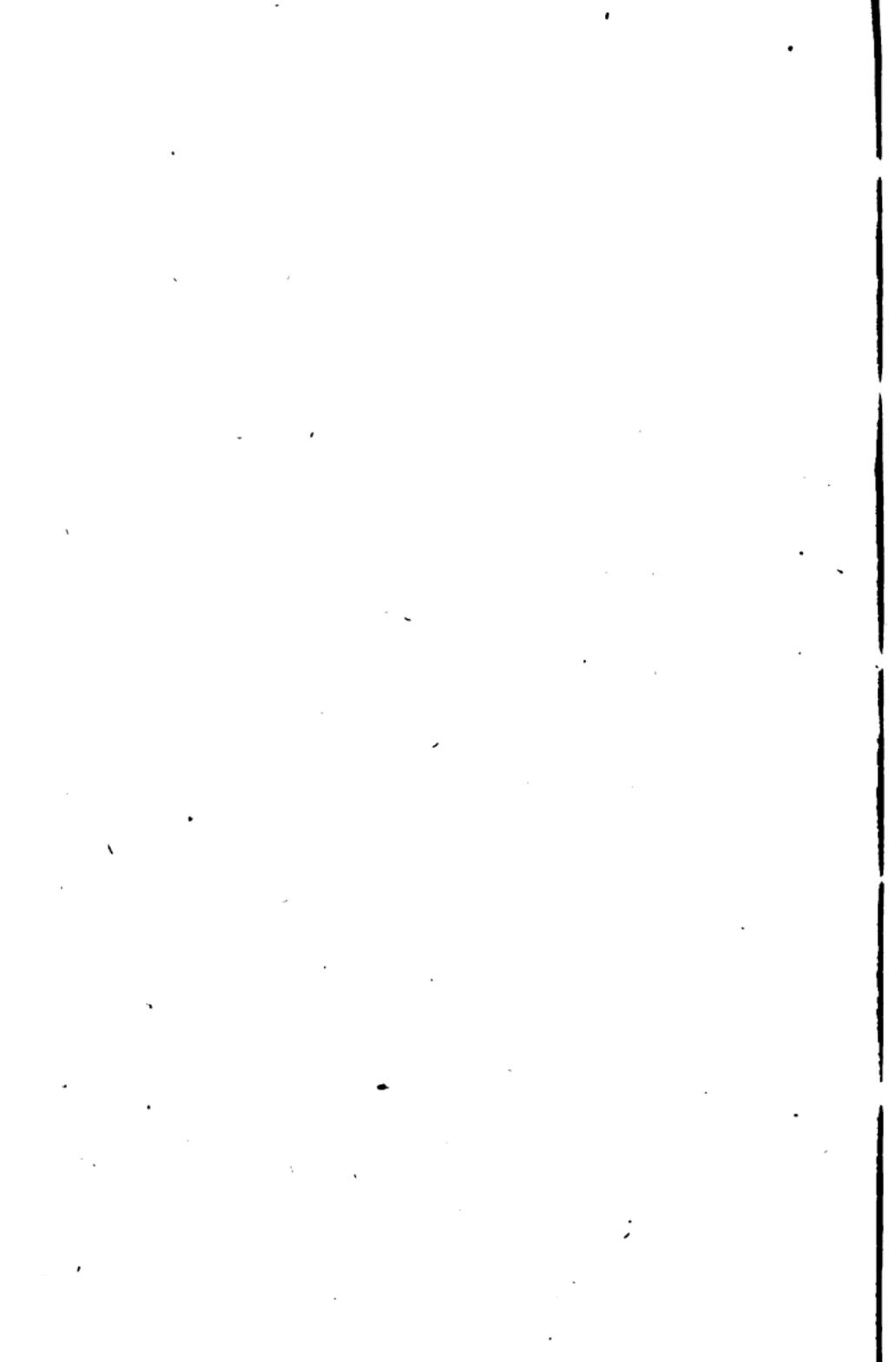
Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por vía de paréntesis) me llamo poeta no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, sino os cansan; y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid 15 de Junio de 1838.





POESÍAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

El Día sin Sol.

Dies iræ, dies illa
Solvat seclum in favilla.

Introducción.

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fue preciso,
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraíso.—
Agil de miembros, la cerviz herguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.
Hechos para el deleite sus sentidos
Vieron los ojos luz, gustó la boca,

TOMO II.

Olió el olfato, oyeron los oídos,
 Todo es placer cuanto pasando toca.

La yerba perfumada en la colina
 Dióle un lecho do yace blandamente,
 Y derramóse en torno cristalina
 Deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento
 Regalada y dulcísima armonía
 Desde el follage vasto y opulento
 Que facil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa
 Que vaga suave, inquieta y juguetona,
 Dobló la frente y con igual sonrisa
 El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
 Con su ruido turbar su manso sueño,
 Y volando las aves arrullaron
 El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
 De tornarla en placer buscó manera,
 Y una muger bellísima, amorosa,
 Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante
 Acabada de pechos y cintura,
 De enhiesto cuello, y lánguido semblante,
 Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
 Negras las cejas, blanca la megilla,
 Rasgada de ojos, blanda la mirada
 Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
 La blanca espalda de la luz velando,
 Hallóla Adán al despertar serena
 Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla sorprendido en su embeleso
 Con brazo enamorado y reverente;
 Mil veces la besó, y á cada beso
 Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
 Los peçes en las ovas asomaron,
 Las tórtolas alzaron casto arrullo,
 Y amorosos los céfiros soplaron.

“¿Alma mia, mi amor, paloma mia...!”
 El hombre sollozando murmuraba;
 Ella muerta de amor le sonreía,
 Y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante
 Aspirando con ámbar y aroma
 El aire de su pecho vacilante,
 La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo Sol, entonces si los viste
 ¿Por qué amantes y solos les dejaste,
 Y la infernal serpiente no adormiste
 Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¿Ay cuánto aborráras de miseria y llanto
 Del hombre flaco á los mortales ojos,
 Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
 Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines
 Vedado al paladar de los nacidos;
 No anidaban en él los colorines,
 Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,
 Y Eva miraba el prohibido fruto;
 Al lado de la poma codiciada
 Traidor velaba el enemigo astuto.

“¿No comerás, le dijo la serpiente,

- » Criatura de origen soberano?
- » Pudieras como Dios onnipotente
- » Otro mundo crear de polvo vano.
- » No comerás, y quedarás sujeta
- » Al privilegio inútil de su hechura,
- » Quedará el alma entre su nada quieta,
- » Y á tí te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la muger curiosa
 Que brotaba en carmin á la megilla,
 Y á la fruta tendió la mano ansiosa
 Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron
 Árboles, aves, céfiros y fuentes,
 Y en su lugar fatídicos quedaron
 Troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el leon crespando la melena,
 Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
 Bufó en el bosque la traidora hiena,
 El toro levantó ronco mugido.

Huyeron azotándose las alas
 Las aves por el aura agonizante,
 El fresco valle marchitó sus galas,
 Tembló el mundo en los ejes de diamante.

Despertó el triste Adan absorto y mudo
 Al desusado y bronco clamoreo,
 Y avergonzado se miró desnudo
 La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas
 Guarecerse en tropel de los peñascos,
 Y buscar sus guaridas socabadas
 De las montañas en los hondos cascós.

Hirióle el sol las débiles pupilas
 Al recio impulso de fogosa lumbre,
 Y halló en el cielo en aplomadas filas

De frias nubes torba muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocóle en infierno el paraíso
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crimen comun arrepentidos
Uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adán! exclamó Dios llamando al hombre,
Y el eco en las montañas respondía;
¡Adán! repitió Dios, y el mismo nombre
El eco mismo á repetir volvía.

¿Do estaba Adán? Llorando prosternado
Por vez primera de su Dios temblaba,
Y humillado en el polvo - ¡Yo he pecado!
Respondía á la voz que le llamaba.

¡Adán! gritó el Señor, "cuenta tus horas,
» Porque vendrá una hora en que te veas
» Dando cuentas al Dios ante quien lloras;
» Y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas!"

I.

- «Naciste, Adán, en el polvo
- » Y en el polvo morirás,
- » Tú, y tus hijos, y tu raza,
- » Y cuántos hombres serán.
- » Sudareis sobre la tierra
- » Los hijos por sustentar,
- » Mientras los hijos rebeldes
- » Con sus padres lidiarán.
- » La tierra brotará espinas,
- » El tiempo ahogará la paz,
- » Y sin número los hombres
- » Á su Dios olvidarán.
- » Entonces hambres y pestes,
- » Y de miserias un mar
- » Acosará el impío mundo
- » Sin descanso ni solaz.
- » Y habrá ejércitos y buques
- » Que agua y tierra infestarán,
- » Y habrá esclavos y habrá reyes,
- » Y pueblos, y sociedad.
- » Y habrá amor, y habrá amistades
- » Que en vez de consuelos dar
- » Os darán con dulces nombres
- » Amargas horas de afán.
- » Y habrá el corazón pasiones

- » Á cuyo impulso fatal
- » Hermano robará á hermano
- » Cuanto bien pudo alcanzar.
- » Será la muger voluble,
- » Será el hombre desleal,
- » Y amor tornarás en zelos
- » Y en envidia la amistad. —
- » Y en raza de un mismo origen,
- » Todos con derecho igual,
- » El poder será la fuerza
- » Y el miedo la autoridad. —
- » Nacerán conquistadores
- » Las tierras á deslindar,
- » Y donde uno puso un trono
- » Otro un cadalso pondrá. —
- » Pero YO, que os hice en polvo
- » Y en polvo os he de tornar,
- » Haré un dia de justicias
- » Para todos por igual:
- » Haré un infierno y un cielo
- » Y una inmensa eternidad
- » En que grandes y pequeños
- » Confundidos entrarán.”

Dijo así Dios reduciendo
 Los tiempos á cantidad,
 Cuando dió al primer nacido
 El triste apodo de *Adán*. —

**Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.**

II.

Ancho panteón de gente condenada:
Condenado á morir como su gente
Caerá el mundo en el pozo de la nada:
Rota en pedazos la caduca frente.
La impía raza en las tumbas cobijada:
Otra vez se alzará mustia y doliente:
Roto el dogal que al polvo la sujeta:
Al vivo son de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo día
Del daño universal será cumplido;
El sol que del oriente nos venía
Apagada su luz habrá caído;
La luna que flotando se mecía
En el azul del cielo adormecido:
Seguirá al fin sus moribundas huellas:
Llevando en pós las lánguidas estrellas.

Y la tierra sin sol que la fecunde
Seca no brotará yerba ni flores,
Y harán que reventado el mar la inunde
Los temporales de la mar señores,
Y á las manos del tiempo que confunde
Cuantos un día desplegó primores,

La tierra que de césped se ~~matina~~ cubre y
 Campo será de pálida ceniza,
 En sus mohosas grietas, asomados
 Estarán los desnudos esqueletos
 Al juicio de su Dios, aparejados,
 Silenciosos, estúpidos y quietos,
 Y á trechos en montones apilados,
 El plazo aguardarán juntos y prietos,
 Con sus despojos remplazando enjutos
 Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
 Ni hará murmullo el ondular del viento,
 Ni en las rocas el eco campesino
 Repetirá lejano algun acento;
 Noche y alba sin horas ni camino
 Ahogarán su crepúsculo opulento,
 Y serán presa de arrecidas nieblas
 Sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fuera*,
 Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
 Las tierras no hallarán mar ni ribera,
 Ni hallarán playa los disueltos mares;
 Barro será la agonizante esfera
 Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
 Cual masa por los siglos preparada
 Á tornar al origen de su nada.

Las almas lo verán mudas de asombro
 Los cuerpos á buscar en que vivieron
 Cuando á través del cenagoso escombros
 Vayan tras el lugar do los perdieron:
 Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
 La carne vestirán con que nacieron
 Porque escuche la carne la sentencia
 Que oyó el alma al pasar á otra existencia.

**Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente
De los muertos la turba estremecida
Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.**

Yudex ergo cum sedebit
Quidquid latet apparebit,
Nihil inultum remanebit.

III.

Y no habrá para ninguno
Privilegio ni esencion,
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno á uno
Por pena ó por remision.

Será con todos igual
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
É irán de distintos modos
El justo y el criminal.

En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias á gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.

Que ni entonces una vez
La virtud se manchará
Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto á la virgen irá.

Alli irán los que altaneros
Á los pueblos dieron leyes
Á acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros
Y sin corona los reyes.

Alli irá la hipocresía
 Con el disfraz en la mano,
 Y sabremos aquel día
 Qué pechero hubo hidalguía
 Y qué hidalgo fue villano.

Irá el pálido mendigo
 En pós del rico avariento
 Acusador y têtigo,
 Demandando el pan y abrigo
 De su alcázar opulento.

Irá el amigo traidor
 Tras el amigo engañado,
 El semblante sin color,
 Como esclavo maniatado
 Que llevan á su señor.

Irá el pérfido galán
 Tras las vendidas mugeres,
 Que descontándole irán
 Por las horas de su afán
 Las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,
 É irán los siervos tras él
 Pidiendo á su vanidad
 La perdida libertad
 En iracundo tropel.

Irán los conquistadores,
 Y asidos á sus cabellos
 Los vencidos vencedores,
 Serán alli sus señores
 Como aqui lo fueron ellos.

Irá la falsa muger
 Que al esposo juró amor,
 Y el juramento de ayer
 Empeñó por un placer

Al disoluto amador. —

Irá el audaz pendenciero
 Con el muerto en desafío;
 Acuchillado el primero,
 Y el otro en el pecho impío
 Escondido el rojo acero.
 ¡Que el día de la verdad

El fantasma del valor
 Será necia ceguedad,
 Y no mas que vanidad
 El fantasma del honor! —

Irá el corrompido juez
 Tras la víctima inocente,
 Y en torno suyo á la vez
 Clamarán en voz doliente
 La horfandad y la viudez.

Irán los monges carnales
 Tras las forzadas doncellas,
 Desgarrados los sayales,
 Los cordones por dogales
 Atados al cuello de ellas. —

Los labios que un tiempo dieron
 Blandó y sacrílego son,
 Con los besos que vertieron
 Que torpe hoguera encendieron
 En el brutal corazón;

Allí arderán en tal lumbre
 En fuego tan infernal,
 Cuanto á Dios fue pesadumbre
 Bajar á la podredumbre
 De su pecho criminal; —

Y allí iremos los cantores
 Falsas flores del Edem,
 Que en vez de santos loores

Cantamos himnos de amores.
 Á las puertas de un harem.

Alli del liviano mundo
 Habrá fin la imbécil farsa;
 Todos en monton inmundo
 Sin primero, ni segundo,
 Iremos en la comparsa. —

¿Qué será ver hombre tanto
 Nacido para morir,
 Ciegos los ojos de llanto,
 Ciega el ánima de espanto,
 Al valle inmenso venir?

¿Qué será ver al tirano
 Balbuciente al responder
 De la sangre de su hermano
 En que irá tinta la mano
 Sin que la pueda esconder?

¿Qué será ver tantos reyes
 Que por saciar su ambicion
 Pusieron la religion
 Por rúbrica de unas leyes
 De equívoca esplicacion? —

¡Tantas gentes y naciones,
 De tan distintas regiones,
 De distintos caractéres,
 Y de distintos placeres,
 Y distintas religiones?

Los de Judá temerosos,
 Los de Esparta y Macedonia,
 Los de Oriente voluptuosos,
 Los fecundos en colosos
 De Menfis y Babilonia!

Los de los anchos desiertos
 Avezados al pillage

De tiempo y dioses inciertos,
Los que devoran sus muertos
En algazara salvaje!—

Los de América indolentes,
Los impuros de Sodoma,
Los de Tebas penitentes,
Los de Sagunto valientes,
Y los triunfantes de Roma!—

¡Todos muertos é inmortales
De hinojos ante su juez,
Que con leyes eternas
Nos hará á todos iguales
Ante la ley una vez!—

É irán las tiernas almas
De los alegres niños
En túmulos de palmas
Y lechos con armiños
Al pie del trono espléndido
Del santo de Israel.
Sus ángeles hermanos
Haránles grata sombra
Con sus rosadas manos,
Y les harán alfombra
Con sus alas magníficas
y almohadas y dosel.—

La paternal sonrisa
Del Dios omnipotente
Seráles blanda brisa,
Que arrulle mansamente
El contorno suavísimo
De su tranquila sien.

Y dormirán de espumas
 Al dulce hervir sonoro,
 Y de ondulantes plúmas,
 Y de incensarios de oro
 Á la acordada música
 Del prometido Edem.—

É irán las no tocadas
 Castísimas mugeres
 Que huyeron avisadas
 El mundo y los placeres,
 Y dieron al Altísimo
 Intacto su pudor ;
 Ceñida la cintura
 De blancas azucenas,
 Radiantes de hermosura,
 Y en dulces cantilenas
 Loando en sol angélico
 al eternal amor.—

Y todas tan hermosas
 Como la tibia luna,
 Y todas ruborosas
 Como al dejar la cuna,
 Todas ofrendas cándidas
 De paz y de placer.—
 Purísimas palomas
 Que el cielo halaga y cria,
 Balsámicos aromas
 Que en prendas de alegría
 Entre dolor y lágrimas
 Da al cielo la muger.

¿Y qué será en tal hora
 De duelos y de enojos
 Su calma encantadora,
 Y de sus bellos ojos

Contemplar el pacífico

Brillante tornasol?

¿Y qué será en sus labios

Su sonreír de amores,

Cuando grandes, y sabios,

Y reyes, y señores,

El día verán trémulos

Sin tinieblas ni sol!

quiliam...
...
...
IV.
...
...

¡Y qué será de nuestro dulce canto,
Qué será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reimos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa á quien un día
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebia,
Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imagen ~~retratada~~ vimos,
Do al lánguido rielar de sus reflejos
Su secreto de amor la sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo
Al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazon le desgarraba
El peligro fatal del que dormia,
Y su afan compasivo nos callaba
Doblando su silencio su agonía.

¡Ay! qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicio la virtud dichosa?

Cuando se abran las puertas eternas
Al eterno gozar del paraíso,
Y les sea á los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí! con cuán hondo desconsuelo
Los ojos tornarán desesperados
La postrimera vez mirando un cielo
Á que tambien nacieron destinados!
¡Oh tristísima y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde perdiendo de una vez la vida
Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir
Á guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será vagando
Por la viviente mansion
Ir al compas escuchando
De las harpas de Sion,
Eternamente gozando,
Aquella aura perfumada,
Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar,
Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!
Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera

:

Que antes que el mundo muriera /
Muerta en el mundo quedará ;

¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad ,

Sin pensar mas en morir ,
Ni pensar en reducir

Á guarismo nuestra edad !

¡Oh, ven, ven, harpa sonora,
En las penas de mi vida

Mi tierna consoladora ,

Esperanza seductora

De mi esperanza perdida :

Tú que templas en el suelo

Nuestros dolores mundanos

Con ilusiones de cielo ,

Consuela mi desconsuelo

Con tus compases livianos.

Y déjale que delire

Con el cielo al corazón ,

Y déjale que suspire ,

Que el ámbar feliz aspire

De su dulce religion.

Porque en tanto que suspira

Por la postrimera paz ,

¡Vive Dios que no delira

Con la nada y la mentira

De la existencia falaz !



INCONSECUENCIA.



A una Tórtola.

Porque al fin la vida es sueño.

CALDERON.

I.

Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras,
¿Es tu canto una plegaria,
Ó es la voz con que respiras
A tu voluntad contraria?
¿Ese arrullo dolorido
Se exhala en tí á tu despecho
Sonando alegre en tu oído,
Ó es en verdad un gemido
Que te se arranca del pecho?
Triste pájaro, ¡lo sé...!
Por eso en ocultas ramas

Tu nido ondear se ve;
Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende á tu fé.

Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas á arrullar tu amargura
Del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del dia,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa fuente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
Á los jardines cercano.

Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorgoros suaves,
Tú que llorar solo sabes
Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto
Vivir te cansa ó estraña;
Porque allí despeña oculto
El torrente que le baña
Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido son remeda
Tú monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje

Que á pedazos ha brotado
 Por el agreste paisaje,
 Borda el terreno olvidado
 Con pliegues de tosco encaje.

Y á fé á los ojos del triste
 No son gala los primores
 Con que natura se viste,
 Que otro placer no resiste
 Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos
 Son males antojadizos,
 Que se quejan á los cielos
 Y no admiten mas consuelos
 Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber
 Que nos podemos quejar,
 Que cuando tan ruin placer
 Pensamos que ha de faltar
 Le volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,
 Dió el cielo á tu ronco canto
 El compas de una querella,
 Porque al cantar tu quebranto
 Llorarás tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pós
 De tu cancion ya tu queja,
 ¡Ay, tórtola! vive Dios
 Que en el mal que nos aqueja
 Nos parecemos los dos.

Pues si abriga tu garganta
 En vez de voz un lamento,
 Cuando mi voz se levanta
 En vez de darme contento
 Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie á escuchártela sale,
Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mio iguale.

Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados;
Conmigo es justo que llores,
Tú, tórtola, tus amores,
Yo mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí!
Que cuando el harpa tomé
Cantando ahogarlos creí;
Y tantas glorias soñé,
Cuantos desengaños vi!

Vi el mundo tan hechicero
Que no le alcancé falaz,
Alcé mi canto primero
Y el alma lanzó fugaz
Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II.

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre á tí;
Porque el tuyo amarga
El canto feliz,
Y las otras aves
No te le han de oír:
Y yo que angustiado
Llorando nací,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril
La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á plañir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir:
Si el lloro y el canto
Nos desoye así,

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

El mundo ceñido
 Del aire sutil,
 Vestido de flores
 Con rico tapiz,
 Tocado con ancho
 Dosel de zafir,
 Prendido con nubes
 Que el alto zenit
 Circundan de nieblas;
 De azul y carmin;
 Sembrado de estrellas
 Que el turbio confín
 Tachonan brillantes
 En montones mil
 Con pálidas perlas
 Y rojos rubis,
 Nos miente sin duda
 Vistoso jardín,
 Convida á cantarle
 Mirándole así.
 Mas si esos hechizos
 Y gayo matiz
 Caminos son solo
 Que llevan al fin
 De breves placeres,
 Y el fin es morir;
 Si el que llora ó canta
 Concluyen allí,
 Si el triste se mofa
 Del rico y feliz
 ¿Insulta el alegre
 Del triste el sufrir,
 Dime, ¿qué nos valen,
 Pájaro infeliz,

A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
Valle de tumbas que pasando vemos;
Féretro y cuna nos abrió el destino
Para entrar y salir en los extremos;
Fantástico al entrar y peregrino,
Y asqueroso al salir le comprendemos;
Que al vivir despertamos en la cuna,
Y al despertar nos ríe la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
Porque á sentir no alcancen tanto duelo,
Sordos aun traemos los oídos
Porque no escuchen el clamor del suelo,
La lengua y pensamientos obstruidos,
Porque al ánima falte ese consuelo,
Solo abrimos al sol nuestra pupila
Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
En ilusiones de esperanza crece,
Y un bello mundo de ilusiones hace
Donde loco soñando se adormece.
Que mientras duerme y delirando yace
La árida realidad se desvanece,
Y mientras sueña su falaz ventura
Á su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras
En ilusion de sueños seductores,

Que roer esperanzas pasajeras :
 En este valle de ponzoña y flores,
 Donde aguardando dichas venideras
 Lloramos sobre el pan de los dolores,
 Donde al buscar el necesario aliento
 Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males,
 Dorados es la loca fantasía,
 Al ánima dormida son iguales:
 El desdichado canta su agonía,
 Y lamenta el feliz bienes mortales,
 Mas ninguno en perderlos se holgaría,
 Que son dulces los bienes lamentados,
 Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
 Soñados como los males,
 Ya, tórtola, no me afligen
 Tus melancólicos ayes.
 Que á tí te dieron lamentos
 En vez de alegres cantares,
 Y tú cantando le cuentas
 Tus amarguras al aire.
 Las endechas y los himnos
 Los mismos consuelos traen,
 Que á la par nos adormecen.
 Las dichas y los pesares.
 Tú te arrullas tristemente
 Con tan lúgubres compases,
 Porque tus duelos son gozos
 Con el placer de contarles;

Yo al mundo canto mis cuitas,
Porque cuando otros las saben
El placer de que las sepan
Dichas de mis penas hacen.
Y asi cuando entrambos, tórtola,
Con lamentaciones graves
En guisa de querellarnos
Atormentamos los aires,
Pues nuestra queja es contento
Por el placer de quejarse,
Con extravíos tamaños,
Con inconsecuencias tales
No hacemos mas que soñar
Y mentir calamidades,
Tú llorando bien de amores,
Y yo delirando males.



LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado Diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallon en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotan á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la teledumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de Fuensaldaña.
Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros,
Por contemplar el desgarrado alfiler
De sus huecos recónditos y oscuros.
Allí en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.
Allí al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algún amigo.
Allí sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el oimiento colosal serenas.
Á veces nuestra alegre careajada
Repetida en los aires por el eco,
Moria en ses bramidos sofocada
De la alta torre en el tendido hueco.
Á veces nuestras háquicas canciones
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos
Sordo zumbando en callejon estrechos.
Otras en melancólica armonía
Remedaba lamentos y suspiros,
Y otras en repugnante gritería
El vuelo y voz de brujas y vampiros.
De las rotas almenas herizadas
Al sacudir la destocada frente

Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.

Ó en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciendo,
De la tendida lona en son marina
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos,
Cruzando el valle con airado paso,
Y crugían los árboles añejos,
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musco arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable son en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas, meciéndose colgadas,
Dibujaban contornos repentinos,
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores,
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida sopleba
Blanca ceniza hasta elevar ligeras

Silbando entonces lánguido y sonoro
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos
Con el gotear entre las juncias flojas
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo
Con el inquieto y bélico alarido
Del trémulo relincho del caballo.

Bullian en el ánima exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenia apenas fatigada
El peso de los ojos soñolientos.

Entonces á la sombra cobijados,
Los pies á par de la espirante lumbre,
Cedian nuestros párpados cansados
Mas que á la voluntad á la costumbre.

Y á cada chispa del tizon postrero,
Á cada empuge del turbion errante,
Á cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos
En derredor del descompuesto fuego
Levantando los ojos perezosos,
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
Se pintaba la sombra misteriosa
De volubles contornos revestida
De cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto
Delirando festines y batallas

Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de Silfide liviana.

Poco á poco deshechas las visiones
Soñábamos con sombras infinitas,
Donde se oían apagados sonos
De invisibles orquestas esquisitas.

Y mas tarde las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente
Íbanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
Sus contornos al fin desvanecian,
Y en un salon sin lámparas ni alfombras
Solo estaban dos locos y dormian.

II.

Y era grato al son del viento
Abrir el párpado al dia,
Y contemplar soñoliento
Su confuso resplandor,
A través de las abiertas
Hondas y estrechas ventanas,
Y de las hendidas puertas
De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
Con turbio cendal de niebla

Sobre los campos posada
Interceptando el mirar;
Y oír la ráfaga inquieta
Que al vendabal sustituye
En la acerada veleta
Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
Que en la noche nos turbaron
En bóvedas y rincones
De opaca lumbre al lucir,
En escombros convertidas
Musgo y tintas con que al tiempo
Las murallas carcomidas
Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
En vez de ricos tapices
Tender su baba y sus redes
Al insecto descortés,
Que entre los nombres tranquilos
Las labra de los viajeros
Cubriéndolos hilo á hilo
Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
En los blasones del muro
Hilar con paciente maña
Sus hebras para cazar;
Y en la recóndita grieta
La presa que vuela en torno
Vigilante, astuta y quieta
Á que se enrede esperar.

:

Y en el oculto madero
 Hallar de rincón ruinoso
 El rastro de un hormiguero
 Que en el verano pasó:
 Que en el foso nació acaso,
 Mas no contento en el suelo
 Con irreverente paso
 Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
 De la torre de Saldaña
 De sus techos y salones
 La mengua y la soledad?
 ¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
 Tú que indiferente escribes
 Sobre cráneos y paredes
 La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
 Hoy trojes de rico hidalgo,
 Y en sus salones oscuros
 Ancha hoguera levanté.
 Corrí llaves y cerrojos
 Cual si de ellos dueño fuera,
 Y sus tablas y despojos
 Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
 Ni su nombre y dueño antiguos...
 Y para insultos tamaños
 ¿Quién era en Saldaña yo?
 Un niño, un triste, ó un loco
 Que divertido en sus penas
 Curaba entonces muy poco
 De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento
Á la lumbre de mi hoguera
En tanto bramaba el viento
Tranquilamente dormí;
Y al despertar con el día
Contemplé absorto y ufano
La gruesa mampostería
Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
Con la turbia húmeda niebla,
Y el fulgor tornasolado
Cruzaba por el salon.
El aire en fuerzas cediendo
Brotó en ráfagas errantes,
Y aun se le oía gimiendo
Con menos airado son.

Miré desde las ventanas
El árido campo seco;
Algunas yerbas livianas
Encontré no mas en él.
El aire las sacudia
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecía
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas asomaron
En los rotos arquitraves
Su misterioso mohin:
Mirélas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
El sol rasgando la niebla
Derramóse en viva lumbre
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos
Alumbrando los salones
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
De la llama repentina
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas,
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas
Al roto soplo del viento
Ya perdidas, ya cercanas
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta,
Mis años hora por hora
Á contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

(39)

Muchos curiosos acaso
Por llegar á Fuensaldaña
Aceleraron el paso
De aquella noche despues;
Mas ;ay de hombre mezquino!
;Quién encontrará mañana
Entre el polvo del camino
La huella de nuestros pies!



LA DUDA. ⁽¹⁾



 Cuando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.
Recuerdos teneis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por mas que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora
Mas que á cantar sus cantares

(1) Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Su llanto á llorar provoca.
 Y los versos de ese muerto
 Tanto en lágrimas rebosan,
 Que removidas las mias
 Á mis pupilas asoman.
 Y pues donde tantos cantan
 Hay uno que llorar osa,

*Entre si llore ó si cante
 Estoy dudando, señora.*

Si intento escribiros versos
 Dentro la mente se agolpan
 Cuantos primores y hechizos
 La naturaleza aborta.
 Que en este jardin de España
 Las inspiraciones sobran,
 Pues basta mirar la lumbre
 Con que el sol le tornasola;
 Los arroyos que le cruzan,
 Los jazmines que le bordan,
 Y las bellas que le pisan,
 Cuantas maravillas brota,
 Para entonar tantos himnos,
 Tantas letras amorosas
 Que antes que el canto se agote
 Gastada el arpa se rompa.
 Pero al ver lo que ese triste
 Grabó ó lloró en estas hojas,

*Entre si llore ó si cante
 Estoy dudando, señora.*

Pluguiera que en vez de versos
 Mi pluma brotara rosas,
 Porque al menos con las flores

Se pueden tejer coronas.
 Pero á par de los cipreses
 Si nacen flores se agostan,
 Y donde los muertos hablan
 Callar á los vivos toca.
 Que el recuerdo del que muere
 Mucho respetar importa,
 Que acaso para velarnos
 Quedó en la tierra su sombra.
 Y aunque indecisa mi pluma
 Tal vez dudando os enoja,
 Y han de hacer mis desvaríos
 Que de vergüenza me corra,
 Perdonadme si os confieso
 Que al contemplar estas hojas

Entre si llore ó si cante

Estoy dudando, señora.

Que *vos* merecis los versos
 Nadie en la villa lo ignora,
 Y es tan claro por sabido
 Que hasta dudarlo es lisonja.
 Que *él* la memoria merece
 Tampoco hay á quien se esconda,
 Pues por triste y por amante
 Le recordamos ahora.
 Y así entre ambos dividida
 La imaginacion dudosa
 Los versos son para *vos*
 Si le prestais la memoria:
 Lo que en *vos* merece el sexo
 En *él* merece la sombra,
 Y lo que en *vos* la hermosura
 En *él* la tumba lo abona.

(43)

Justo es con los dos hablando
Duden el *muerto* y la *hermosa*
Si es cantar ó si es lamento
Lo que les cantan ó lloran.





PARA VERDADES EL TIEMPO

Y PARA JUSTICIAS DIOS.

CONFIDENTIAL

CONFIDENTIAL

Tradicion.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento,
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.
Pasan ambos por valientes
Y maneros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía,

Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demas,
Que no alzó noble jamas
El gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,
Ojo inquieto, torbas cejas,
Ambas megillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Mas villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De son de temeridad.

Agil, astuto, ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho mas que á su valor.

Presentóse ha pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fue con las mugeres
Mas falso que caballero.

Hoy pasa pobre y oscuro
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
 Que vive de mal vivir,
 Mas nadie sabrá decir
 Por cuáles, ó de qué modos.

Modelos en amistad
 Ambos para el vulgo son,
 Mas con Pedro es la opinion
 Menos rígida en verdad,
 Porque es Pedro, aunque arrogante
 Y orgulloso en demasia,
 Mozo de mas cortesía
 Y mas bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
 Con que á quien mira desdeña,
 Nariz corta y aguileña,
 Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
 Colgando la cabellera,
 Y alto en gesto en tal manera
 Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de matón
 Tales maneras le dan,
 Tiénela mas de galán
 Por su noble condicion.

Que no hay en Madrid muger
 Que un agravio recibiera
 Que á su espada no tuviera
 Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
 Que en revuelta popular
 No le haya visto tomar
 Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
 De quienes por concluir

Fáltame solo decir
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.

Ámala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para muger de su honor
Palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el ímpetu de mozo
Ante su virtud se templa.

Que es tan dulce su mirar
Que su luz por no perder
Cuando se quiso atrever
Solo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento
Que para no interrumpirle
Tener es fuerza al oírle
Con los labios el aliento.

Medina, que fue soldado
Sobre Flandes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De mas tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuere su marido.

“Eso sí, ; por San Millán!”
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazon
Á cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos
Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacian sitio
Porque cerca no pasara,
Que según iba resuelto
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve dónde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
“Nos casaremos mañana.”
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una terciá
Echóla un voto de á vara.

Así dando y recibiendo
 Encontrones y pisadas,
 Dió por fin con la hostería
 Donde su amigo jugaba.
 Fue á la mesa, y preguntando
 Á Juan si pierde ó si gana,
 Pidió vino y añadióle
 "Cuando acabes, dos palabras,"
 Recogió Juan sus monedas,
 Y terciándose la capa,
 Sentóse al lado de Pedro
 Diciendo bajo: "¿Qué pasa?"
 "Me caso," dijo Medina.
 Miróle Juan á la cara,
 Y frunciendo entrambas cejas
 Tosió, sin responder nada.
 —"¿Qué piensas?" preguntó Pedro.
 —"En tí y tu mujer pensaba,"
 Contestó Juan, suspirando,
 Con voz ronca y apagada.
 —"¿Supondrás que es Catalina?"
 —"Y lo siento con el alma."
 —"¿Cómo!" —"Porque tengo celos."
 —"¿Por San Millán!" —"Yo la amaba."
 —"¿Y ella?" —"Nunca se la dije,
 Pero ocurrióseme..." —"¿Acaba!"
 —"Para decirle mi amor
 Escribirla hoy una carta."
 Callaron ambos: Medina
 Remedio al caso buscaba
 El codo sobre la mesa,
 Sobre la mano la barba.
 Al fin como quien resuelve

Negocio que aflige y cansa
 Pidió papel y tintero
 Diciendo á Juan: —“¡Por mi alma
 »Que en mi vida en tal apuro
 »Vacilar tanto pensaba;
 »Y á no serte tú quien eres
 »Metiéralo á cuchilladas,
 »Pero escribe, y que responda
 »Á cuál de nosotros mata.”
 Escribió Juan, mas rasgando
 Al mejor tiempo la carta,
 —“Echemos, dijo, los dados
 »Y al que la mayor le caiga
 »Si es á mí la escribo al punto,
 »Si es á tí, Pedro, te casas.”
 Tiró Juan y sacó nueve;
 Y asiendo el vaso con rabia
 Tiró Pedro y sacó doce,
 Con que los dos se levantan.
 Y atravesando la turba
 Que curiosa los cercaba
 Parten la calle en silencio
 Dándose entrambos la espalda.

III.

Son á mi pensar los zelos
Delirio, pasion, ó mal,
Á cuyo influjo fatal
Lloraran los mismos cielos.

Á manos de tal pasion
El mas cuerdo desespera,
Pues quien con zelos espera
Atropella su razon.

Si con zelos esperar
Es importuna porfia,
Ceder zeloso en un dia
Cuanto se amó, no es amar.

De zelos verse morir,
Y en silencio padecer,
Son zelos tan de temer
Cuanto duros de sufrir.

Y así con zelos amar
Vale casi aborrecer,
Pero con zelos ceder
Es igual que delirar.

Y si otro favorecido
Goza el bien que se perdió,
Se habrá el ~~disfavor~~ sentido,
Mas perdido el amor nó.

Porque en quien goza favor
Sobra tal vez confianza,
Y zelos sin esperanza
Suelen guardar mas amor.

Si favor nunca tuvimos;
 Aun es suerte mas cruel,
 Porque vemos ahora en él
 Cuanto bien haber pudimos.

Y asi pienso que son zelos
 Delirio, pasion, ó mal,
 Á cuyo influjo fatal
 Lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz
 Zeloso y desesperado
 El bien que Pedro ha gauado
 Mas galan ó mas feliz.

Por eso en la soledad
 Se mesa barba y cabellos,
 Sin mirar que no está en ellos
 Su amante fatalidad.

¡Oh! ¡que no fueron antojos
 Sus amorosos desvelos!
 Que el amor que hoy le da zelos
 Entróle ayer por los ojos.

“¿Y por qué no me atreví?”
 Clama el triste en su alliccion,
 “¡Y hoy acaso esta pasion
 » Pudiera arrancar de mí!

» Mas volveré, ¡vive Dios!
 » ¿Pero qué he de conseguir
 » Si la he dejado elegir
 » Marido de entre los dos?”

Y á su despecho tornando
 Semejábase en su afán
 Una fiera á quien estan
 Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz
 Cruzaba el cuarto sin tino,

Pero no hallaba camino
De dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso
Paso al comprimido aliento,
Y hollaba con pie violento
El pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás
Sin reflexion que le acuda,
Á la par pidiendo ayuda
Á Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin,
Y en el temblor que le aqueja
Se ve bien que se aconseja
Con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,
Y otra á tenerse volvió,
En esto dobló un reló
En una torre las diez.

Entonces quedando fijo
Esclamó en la oscuridad:
"Hoy se casan, es verdad,
»Hace un mes que me lo dijo."

Ciñó con esto el acero
Con desden á la cintura,
Y salióse á la aventura
La vuelta del matadero.

IV.

Es una noche sin luna,
Y un torcido callejon
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.
Un balcon abierto á medias
Por los vidrios de color
Arroja al aire en tumulto
De danza el confuso son.
Se oye el compas fugitivo
Que llevan con pie veloz
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitacion,
Y se ven cruzar sus sombras
Una á una y dos á dos
En fantástica carrera
Y monótona ilusion.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Despues de traspuesto el Sol.
Alli con franca algazara
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió,
Suelto en rizados el cabello
Que exhala fragante olor;

La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubon,
Con vueltas de terciopelo
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturón,
De donde baja en mil pliegues:
Un encage en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro la regaló,
Lleva en una cruz de oro
La imagen del Redentor.
Tanta ventura en un día
Nunca Pedro imaginó,
Y así anda desatentado
Girando en la confusion.
A cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazón.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,
Como es costumbre en las bodas
Desde entonces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su son,
Los muchachos de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasión;
Despidiéronse uno á uno
Echando sobre los dos

Mas bendiciones que plagas
 Causó á Egipto Faraon.
 Quedáronse entrambos solos
 La amada y el amador,
 Por vez primera en la vida
 Á merced de su pasion.
 Mirábala embelesado
 El amoroso español,
 Trémulo el rostro de gozo
 Y de dicha el corazon.
 Mirábale ella anhelante
 Encendida de rubor,
 Húmedos los negros ojos
 Con tiernísima aficion.
 Él diciéndola — ¡alma mia!
 Diciéndole ella — ¡mi sol!
 Entre el son de ardientes besos
 De regalado sabor.
 En esto en la estrecha calle
 Temible ruido sonó
 De voces y cuchilladas
 En medrosa confusion.
 Y al angustiado lamento
 De uno que grita: — “¡Favor!
 »¡Ayudadme, que me matan!”
 Pedro á la calle bajó
 Con el estoque en la diestra
 Y en la siniestra el farol.
 Asomóse Catalina
 Amedrentada al balcon
 Llamando á Pedro afanosa
 De algun daño por temor.
 Alzó Medina la cara
 Y la luz con ella alzó,

**Pero apenas el reflejo
Dió en el rostro de su amor;
Una estocada traidora
Por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado
Que partía el corazón,
Lanzó la hermosa un gemido
De intensísimo dolor,
Y el moribundo Medina
Volviendo el gesto á un rincon,
Hácia una imagen de Cristo
De quien devoto vivió,
Dijo espirando:—"Soy muerto,
>¡Acorredme, Santo Dios!"
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre,
Y diciendo en ronco son
"¡Maldita sea mi alma!"
Mató la luz y escapó.**

Porque todos son testigos,
 Todos declaran contestes,
 Todos son los agraviados,
 Mas ninguno delincuente.
 Hubo alborotos por ello,
 Y pendenias mas de veinte,
 Mas Pedro quedó sin vida,
 Y sin justicia el aleve.
 Catalina le lloraba
 Desconsolada y doliente
 Minutos, horas, y dias,
 Noches, semanas, y meses.
 Un año estuvo en el lecho
 Con accesos de demente,
 Y un año á su cabecera
 Veló Juan Ruiz sin moverse.
 Dió con la puerta en los ojos
 Á padrinos y parientes
 Diciendo: — Mientrás yo viva,
 No faltará quien la vele.
 Y en vano le murmuraron
 De tal conducta las gentes;
 Juan se mantuvo constante
 Á la cabecera siempre,
 Sin que á sondear su alma
 Alcanzara algun viviente.
 Á través de la reserva
 Y el misterio que mantiene.
 Curóse al fin Catalina,
 Y el tiempo, que tanto puede,
 Siendo remedio y sepulcro
 De los males y los bienes,
 Volvió la luz á sus ojos,
 Y el pudor volvió á su frente,

Y el talisman de la risa
Á sus labios transparentes;
Y salió ufana diciendo
Á cuantos por verla vienen
Que la vida con que vive
Solo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretesto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entonces, á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
Á decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embudo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sientas,
Cruza azaroso la calle
Como si alguien le siguiese.
En estas conversaciones
Cada vez menos frecuentes
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.

VI.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afán y desvelos,
De tan rendida fineza,
Escuchó á Juan una tarde,
Los ojos fijos en tierra,
Dulces palabras de amores
De la halbucente lengua.
Instó un día y otro día,
Quedó siempre sin respuesta,
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
Volvió á su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
Y tornó Ruiz á su tema,
Y tornó á callar la niña
Entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galán,
Tanto resistió la bella,
Que al cabo la linda viuda
Dijo á Juan de esta manera:
«Puesto que es muerto Medina,
» (¡ Dios en su gloria le tenga !)
» Y por siete años cumplidos
» Mi fé le he guardado entera,
» Y él ha visto nuestro amor
» Allá de la vida eterna,
» Os daré, Juan Ruiz, mi mano
» Y mi corazón con ella.

» Amigo de Pedro fuisteis,
 » Y ya os debo la existencia,
 » Con que es justo, á mi entender,
 » Os cobreis entrambas deudas.»

Púsose Juan Ruiz de hinojos

Á los pies de la doncella,

Y asiéndola las dos manos

Humildemente las besa.

Acordáronse las bodas,

Mas Catalina aconseja

Que sean cuando él quisiese,

Pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos

Ó tarde ó nunca se dejan,

Y Juan en su mocedad

Gustó de bulla y de fiesta.

Asi aunque pocos convida

Para que á las bodas vengan,

Buscó unos cuantos amigos

Que le alegraran la mesa.

Trajo vinos los mejores,

Y viandas las mas frescas,

Y apuntó por hora fija

De noche las diez y media.

Gustaba Juan sobre todo

De cabezas de ternera,

Y asábalas con tal maña

Que á cualquier gusto pluguieran.

Gozaba en esto gran nombre

Entre la gente plebeya,

De tal modo que le daban

El apodo de *cabezas*.

Ocurrióle á media tarde

Darse á luz con tal destreza

Y embozándose en la capa
Salió en busca de una de ellas.
Mataban aquella tarde
En el rastro una becerra,
Compró el testuz y cubrióle
Asido por una oreja.
Volvió á doblar el embozo,
Y contento con la presa
De la calle en que vivia
Tomó rápido la vuelta.
Iba Juan Ruiz con la sangre
Dejando en pós roja huella
Que marcaba su camino
Sobre las redondas piedras.
En esto entrando en su barrio,
Al doblar una calleja
Dos ministros de justicia
Le pasaron muy de cerca.
Él siguió y pasaron ellos,
Advirtiendo con sorpresa
La sangre con que aquel hombre
El sitio que anda gotea.
Él siguió y tornaron ellos
Por sobre el rastro que deja,
Hasta entrar en otra calle
Oscura, sucia y estrecha.
En un rincon embutida
Á la luz de una linterna
De Cristo crucificado
Se ve la imagen severa.
Paróse Juan; los corchetes,
Que en el mismo punto llegan,
Viendo que duda y vacila
En faz de preso le cercan.

—“¡Fuera el embozo! gritaron:
»Muestre á la luz lo que lleva.”

Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helósele en las venas
Á una memoria terrible
Cuanta sangre hervia en ellas.

—“¡Fuera el embozo! repiten,”

Y él acongojado tiembla,
Sintiendo un cambio espantoso
Que pasa en su mano mesma.

Quiso hablar, y atropellado
Un ¡dejadme! balbucea.

Deshiciéronle el embozo,
Y mostrando Ruiz la diestra
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.

—“¡Acorredme, Santo Dios!”

Grita aterrado y la suelta;

Mas la cabeza oscilando
Entre los dedos le queda.

“¡Yo le maté! clamó entonces,
»Hoy ha siete años, por ella.”

Y sin voz ni movimiento
Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSIÓN.

Y así fue que aquella noche
De sangrienta confusion,
En que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol,
No era en ella otro que Ruiz
Quien llevaba lo mejor.
Como un iman á una aguja
Arrastra constante en pós,
Como una serpiente á un pájaro,
Á una paloma un halcon,
Entorpecen y fascinan
Sin que ala ni pie veloz
Para huirle les acudan;
Á impulsos de su pasion
Anduvo asi Juan vagando
De la fiesta en derredor.
Y oía por las ventanas
De danza el confuso son,
Y via cruzar las sombras
Una á una, y dos á dos,
En fantástica carrera
Y monótona ilusion.
Asi lloraba acosado
De sus zelos y su amor,
Cuando oyó de una pendencia
Vivo y cercano rumor:

Cerróse en ella á estocadas
 Tan sin acuerdo y razon ,
 Que á cuantos hubo á las manos
 Adelante se llevó.
 En esto acudió Medina,
 Y Catalina al balcón
 De la suerte recelando
 Acelerada salió.
 Mas al ver cuál afanosa
 Curaba ella de otro amor
 Cegaron á Ruiz los zelos,
 El despecho le embriagó;
 Y al tiempo que alzaba Pedro
 El brazo con el farol
 Matóle á la faz del Cristo
 Como villano á traicion.
 De entonces, en los siete años;
 Despues del hecho traidor,
 Ni una sola vez de miedo
 Por ante el Cristo pasó.
 Llegó la primera al cabo,
 Y en ella al cielo ocasion
 De mostrar que hay infalibles
 Tribunales solo dos
 De irrevocable sentencia
 Sin cotos ni apelacion.
Para verdades el TIEMPO
Y para justicias DIOS.

La Virgen al pie de la Cruz.



Stabat Mater dolorosa
Justa crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
Su lumbré en opacas nieblas,
Y crespon de tanto duelo
Tendió la sombra en el suelo
Anchos pliegues de tinieblas.
Ni un pájaro por el viento,
Ni una fiera por la roca,
Ni entre el musgo amarillento
Asoma reptil hambriento
La desenterrada boca.
Ni el ronco mar á lo lejos
En sordo tumulto brama,
Vibrando en turbios espejos
Tornasolados reflejos
Que por la playa derrama.
Ni una brisa, ni un gemido
El aire pesado encierra,

Que doliente y abatido
 Yace sin fuerzas tendido
 Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras
 En la alta region inmóviles
 Ciñen en bandas oscuras
 La lumbre de las alturas
 Con sus cortinages dobles.

Ráfaga de luz sangrienta
 El negro ambiente cruzando
 Amaga pronta tormenta,
 Una natura alumbrando
 Dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza
 Se dobla en el tallo seca,
 Y de la yerba pajiza
 Sostiene la raiz hueca
 Campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada
 En torpe paso el Jordan
 Arrastra el agua pesada;
 Una con otra amarrada
 Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales,
 Por donde las ondas crecen,
 Los penachos desiguales
 Saludándolas no mecen
 Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;
 El mundo en reposo inerte
 Curioso se contemplaba,
 Cual de despertar acaba
 Un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas

Cerrando los horizontes,
 En dobles hileras puestas,
 Las enmarañadas crestas
 De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos
 Alzando las blancas losas
 Los esqueletos agudos
 Sacaron de asombro mudos
 Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar
 Lo que era triste saber,
 Ninguno acertó á dudar
 Lo que salió á contemplar,
 Y alcanzó temblando á ver.

Allí Adam el pecador
 Asomó el gesto confuso
 Mirando en su derredor;
 De rodillas de pavor
 Sobre la piedra se puso.

— ¡Es esa mi raza...? dijo
 Hiriendo la calva frente,
 Y llorando se maldijo,
 Á su Dios mirando fijo
 En un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,
 Malditos en él también
 Los otros yertos despojos
 Volvieron hácia Salen
 Los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura
 Está la impía ciudad,
 Como meretriz impura
 Que falsa ostenta hermosura
 Merced á la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso
 Levantado detras de ella
 Entre ufano y vergonzoso
 Con un suplicio horroroso
 Rota la frente descuella.

Estaba en honda agonía
 Al pie de la cruz llorosa
 La Madre Virgen María,
 Y de la cruz afrentosa
 El Hijo, muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
 Herido y alanceado,
 Y en el madero derecho
 Desconocido y deshecho
 El cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
 De ambos pies y de ambas manos,
 Que cayeran divididas
 A no estar tan sostenidas
 En brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
 Ofrenda tan santa borre,
 La hirviente sangre gotea,
 Y en el peñasco en que corre
 Avaro el viento la orea.

Alli por tierra postrada
 Moribunda y desolada
 La castísima María,
 Con el suplicio abrazada
 La ardiente sangre bebia.

Y parado el mundo entero
 Asombrado la miraba,
 Que sola en dolor tan fiero
 A su Dios muerto lloraba

Al pie del santo madero.

— ¡Ella llora, y yo pequé...!

Madre amorosa, perdon,

Que yo le crucifiqué,

Yo su sangre derramé

Y manché la creacion!

Yo le robé de tus brazos

Sin respeto á su deidad;

Le até con estrechos lazos

Para arrancarle, es verdad,

Las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor

Mesándote los cabellos

Al verdugo matador

Tendiste los brazos bellos,

Demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,

Tú, Madre de Dios bendita,

Pálida la faz de rosa;

Te prosternaste llorosa

Ante la raza maldita.

No humana, de tigres fue;

Que si te vieron acaso,

Los hombres en quien pequé,

Cual brezo que estorba el paso,

Te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así...?

¡Tú, que pisas de rubí

Vistosa, viviente alfombra,

Y besa el angel tu sombra

Si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,

Del ardiente sol vestida,

Y de la luna calzada

Tan triste y tan dolorida
Por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescataría,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz?
¡Oh Madre, por tal quebranto
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
De edad, mas dichosa;
Tú, Madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.

Brindábame entonces
La vida placeres,
No vi en las mugeres
El mal del amor.
Reía y cantaba
Un día, otro día,
Y siempre el que huía
Tornaba mejor.

Que aún no me acosaban
 Mis débiles años
 Con duelos y engaños
 De vana amistad ;
 Aun no de mis horas
 De paz y esperanza
 Rompió la balanza
 La estéril verdad.

El aire era un velo
 De ricos colores ,
 Brotaban las flores
 Á impulso del sol ;
 La noche tranquila
 Que en paz me velaba
 Del cenit colgaba
 Su turbio farol.

La vida era un sueño
 Ligero y flotante ;
 Fingí delirante
 Del mundo un jardín ,
 Creí que los días
 Que pasan huyendo
 Felices volviendo
 Serían sin fin.

Entonces ; oh Madre !
 Recuerdo que un día
 Tu santa agonía
 Contar escuché :
 Contábala un hombre
 Con voz lastimera ;
 Tan niño como era
 Postréme y lloré.

El templo era oscuro :
 Vestidos pilares

Se vían, y altares
 De negro crespon;
 Y en la alta ventana
 Meciéndose el viento
 Mentía un lamento
 De lúgubre son.

La voz piadosa
 Tu historia contaba;
 El pueblo escuchaba
 Con santo pavor.

Oía yo atento,
 Y el hombre decia:
 "¡Y quién pesaria
 »Tamaño dolor!

» El Hijo pendiente
 » De cruz afrentosa,
 » La Madre amorosa
 » Llorándole al pie..."

El llanto anudóme
 Oído y garganta,
 Con lástima tanta
 Postréme y lloré.

La voz conmovida
 Seguía clamando,
 El viento zumbando
 Seguía á la par;
 El pueblo lloraba
 Postrado en el suelo,
 Contaba tu duelo
 La voz sin cesar.

Mi madre á sus pechos
 Mi pecho oprimiendo
 Posaba gimiendo
 Sus labios en mí;

Y yo, Santa Virgen,
 En son de querella
 No sé si por ella
 Lloraba, ó por tí.

Tu imagen estaba
 Doliente á mis ojos:
 Mi madre de hinojos
 Oraba á tus pies:
 Por quién lloró entonces
 Mi pecho afligido
 Ya nunca he podido
 Saberlo despues.

Mi madre tan jóven,
 Tan bella y penada!
 Mi madre adorada
 Llorando tambien!
 Perdon ;oh María!
 Soy hijo y la adoro,
 Su aliento y su lloro
 Quemaban mi sien.

Convulso, agitado,
 En ámbito estrecho
 Latir en su pecho
 Sentí el corazon ;
 El niño creía
 Y oró al crucifijo...
 El niño era hijo
 Y ahogó su oracion.

Ha poco en mis horas
 de cuita y de duelo
 Amparo en el cielo
 Con ansia busqué ;
 Tu nombre me trajo
 Mi fé solitaria,

Y en honda plegaria
 Tu nombre invoqué.

Que yo tambien lloro
 Mundanos pesares,
 Tambien tengo altares,
 Y fé y religion :
 Que el gozo y la risa
 Que ostento en la frente
 Del alma doliente
 La máscara son.

¡Ay triste! olvidado
 No hallé en mi abandono
 Mas luz que tu trono,
 Mas paz que tu amor;
 Y ciego, y perdido
 Sin lumbre y sin guia,
 Á tí te pedia
 Llorando favor.

Á tí que llorabas
 El dia tremendo
 Que viste muriendo
 Al Dios de la luz :
 ¡Oh Madre! que el dia
 De cuentas y espanto
 Me salve tu llanto
 Al pie de la cruz!

¡Madre mia! si en tu cielo
 Se oye el murmullo mundano;

Y mi cántico liviano
 En su cóncavo sonó;
 Si la estéril armonía
 Llegó á tí del arpa loca,
 Y los himnos que mi boca
 Sacrilega murmuró;

Tiende los divinos ojos
 ¡oh Madre! desde la altura,
 Que es polvo la criatura
 Cieno y nada encontrarás;
 Que en la senda de la vida
 Cada paso que adelanta
 Mas débil la torpe planta
 Se acerca á su nada mas.

Acuérdate, Madre. Vírgen,
 Que allá en la niñez tranquila
 Por tí la clara pupila
 Con mis lágrimas nublé;
 Que hubo un dia en que escuchando
 La historia de tus pesares,
 Delante de tus altares
 Acongojado lloré.

Olvídate que insensato
 Sin curar de tus dolores
 Canté profanos amores
 Del arpa lúbrica al son;
 Acuérdate que nacido
 De flaca y terrena gente,
 Tengo de tierra la mente,
 Y de tierra el corazon.

Acuérdate, Madre mia,
 Que nací niño y desnudo,
 Y que hoy á tus pies acudo
 Mi nada al reconocer.

Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madre! por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
De justicias y de espanto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz.



Napoleon.

«No hay mas que yo; dobléguense las leyes
»Ante la ronca voz de mis legiones:
»Romperé el áurco cetro de los reyes
»En su espantada frente á las naciones.»

DON JUAN DONOSO CORTÉS.

I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron,
Cuando grandes los dos se concibieron
De hito en hito los dos se contemplaron.
Sentóse el hombre al pie del monumento,
Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
Y el hombre al ver desde tan alto asiento
Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.
De sus cañones el discorde arrullo
Su altivo ser le trajo á la memoria.
“Aqui debí nacer,” — dijo su orgullo,
“Aqui debo morir,” — dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:

«¿ Quien allí su bandera no enarbole

» Una oruga no mas será en el suelo.

» No valen cien coronas una estrella,

» Ni valemos un sol todos los reyes,

» Que el tiempo airado la cerviz nos huella,

» El sol alumbrá y queman nuestras leyes.»

Unos grandes allí su tumba abrieron,

É intentar lo era grande solamente,

Mas pensar en su orgullo no pudieron

Que era solo á sus pies tender la frente.

Alli depositaron sus despojos

Por guardarlos así de ojos humanos

Porque al mirar su tumba humanos ojos

Se creyeran imbéciles ó enanos.

¡ *Aquí está Napoleon!* dijo pasando

De la inmensa pirámide las puertas,

Y las momias de Egipto despertando

Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras asombradas

El gesto inmóvil á Napoleon tornaron:

¡ *Aquí está Napoleon!* y atrañadas

En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las paldas osamentas

La seca frente y los desiertos ojos

Para oírle, y cayeron macilentas

Á su tremenda voz todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes

El vivo con los suyos triunfadores,

Y unió á los nombres de las calvas frentes

Sus vasallos, monarcas, ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes

Gritó hiriendo los huesos con la planta:

"Yo soy emperador, ¡fuera los reyes!"

Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...

Nada en el ancho cóncavo vivía.

Solo su desdeñosa carcajada

Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas

Sello gigante de gigante gloria,

Porque agobiado con sus hondas huellas

Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio

Diciendo á los cadáveres hollados:

"Napoleon vino á visitar su imperio."

Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron

Cruzar el arenal con pie tranquilo,

Y allá á lo lejos saludarle oyeron.

Con asombrado á Dios al ronco Nilo.

II.

El hombre no existe ahora,

Que el tiempo al plegar las alas

La lámpara de la vida

El aire azotando apaga.

Las moles allí quedaron,

Y las osamentas calvas

En las urnas todavía

La voz del angel aguardan.

Ellas descansan tranquilas

En su portentosa estancia,

Que las cobija orgullosa

Como ataud y montaña ;
Y él duerme al pie de una roca
Entre las ondas amargas
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas :
Porque la isla compasiva
Le recogió en sus entrañas ,
Donde con su peso abruma
La lápida hospitalaria
Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda.
¿Quién es el gigante ahora ?
¿Quién de los dos es la página,
Las moles de aquel desierto ,
Ó el nombre de las batallas ?
Sobre ambos los huracanes
Mugiendo y quemando pasan ,
En ambos el mismo cielo
Su noche y su luz derrama ;
Ambos yacen solitarios
Sin antorchas y sin guardas
En palacios de reptiles
Que en torno lentos se arrastran
Sin respeto á su grandeza ,
Ni noticias de su fama.

“Aquí está Napoleon!” dice su nombre
Sobre las moles del desierto escrito,
Y donde alguna vez firmó aquel hombre
Todo nombre mortal, quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados
 Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
 Y su gloria y poder desesperados
 Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente
 Á que el destino su destino amarra,
 Y viéndose leon alzó la frente
 Mostrado al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,
 Y al rastro de su pie le ató altanero:
 El mundo entero sorprendió atrevido,
 Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados
 Y trepó vencedor á la montaña:
 Contó allí nuestros pueblos descuidados,
 Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura
 Como á la fiesta va galan mancebo,
 Avaro de la sombra y la frescura
 De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
 Pródiga y perfumada primavera,
 Do marcan el compas los ruiseñores
 Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
 Para dar sed la fuente cristalina,
 Y crece al pie de las pajizas cañas
 Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
 Tiñe la tez, los ojos y el cabello
 De la altiva morena que daría
 Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,
 Y de lindas bellezas orientales,

Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide mas dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aqui doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el leon de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

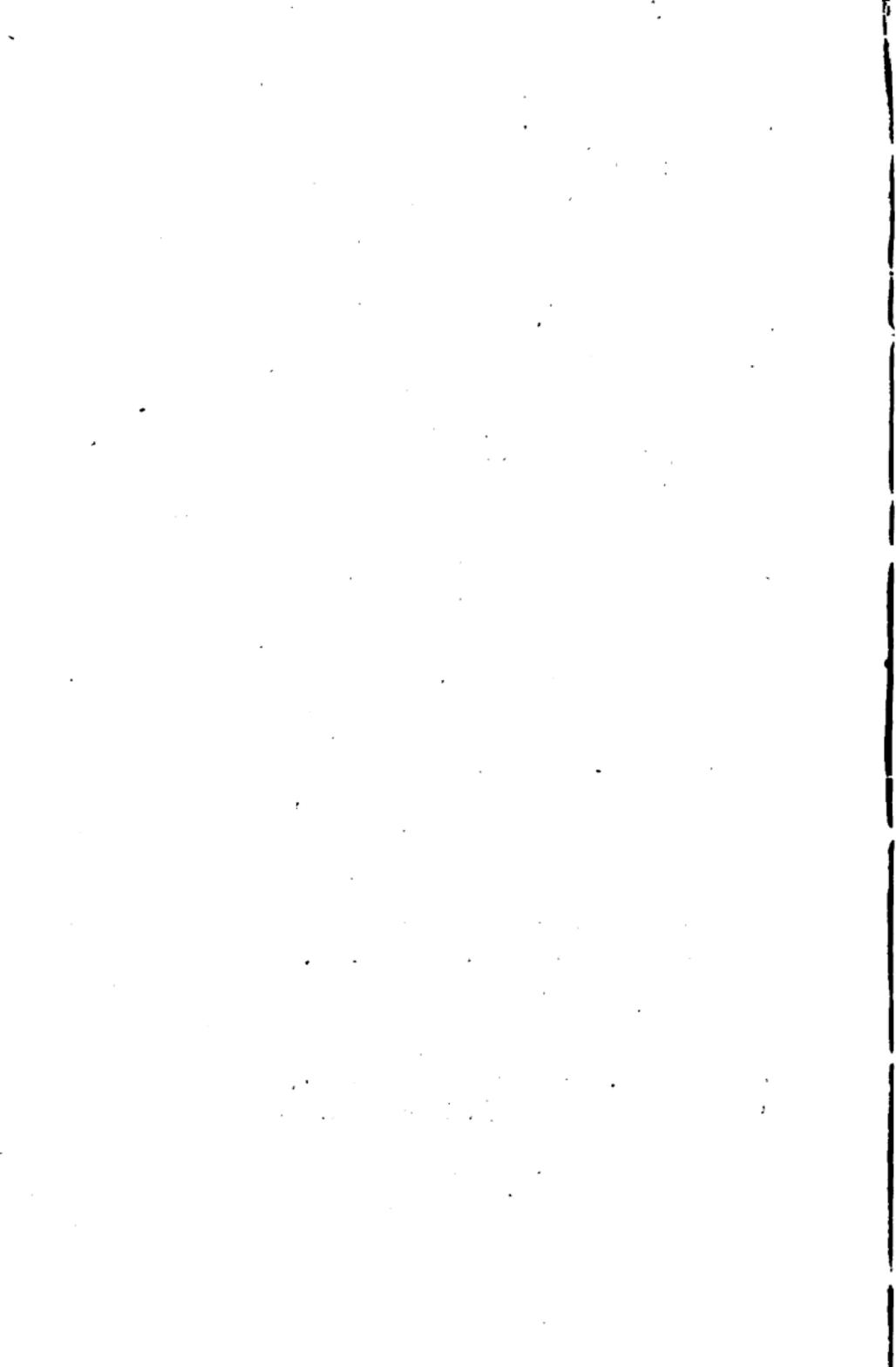
III.

¡¡ Paz al coloso!! — Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Solo quien te rindió fue *la fortuna*.

Tú bien sabias que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,
Quien alli su bandera no enarbole
Una oruga y no mas será en el suelo.

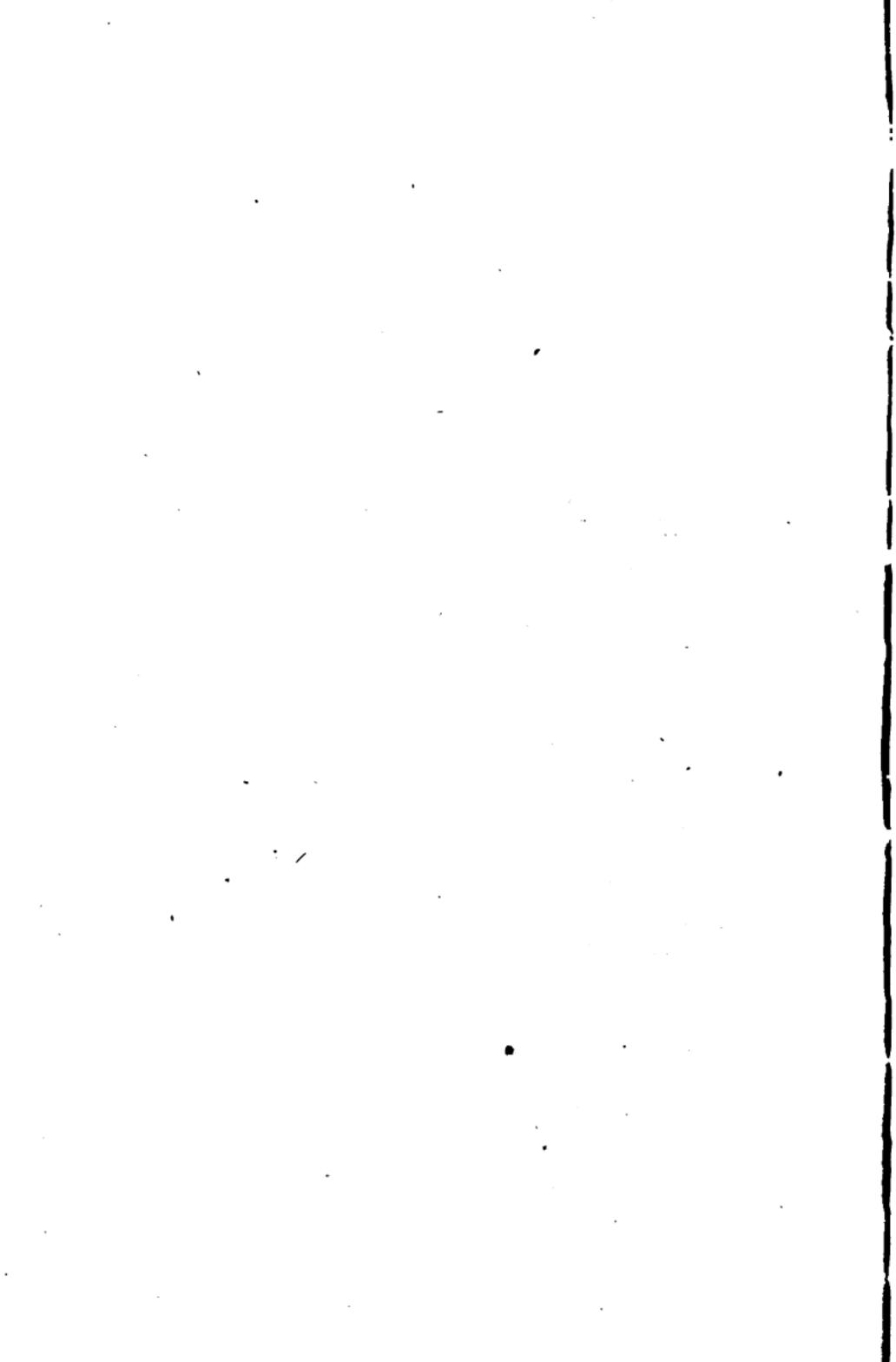
Él te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste: "*Soy el grande de la tierra,*
» No tengo en ella ya digno enemigo."
Grande mi patria te llamó á la guerra,
Porque eras grande tú, lidió contigo.



La sorpresa de Sahara.

ROMANCE DE 1481.



I.

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina
Sentada en la peña dura,
Que asoma la cresta oscura
Por' entre Ronda y Medina.

 Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella.

 Y al bajar al Occidente
Confunde la luz del sol
Las lágrimas de la fuente
Y el arnés resplandeciente
Del centinela español.

 Y si alguna nube errante
Del valle exhalada sube,
Parece el pendon flotante
Hijo de la blanca nube
Que va saltando delante.

 Alli los moros pusieron
Sus atalayas un dia;
Un foso despues abrieron,

Y la villa concluyeron
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Y con mil modos estraños
Causáronles muchos daños
En guerra tan prolongada.

Que á la sombra guarecidos
De las huertas y olivares
Bajaban como bandidos,
Y robaban atrevidos
Alquerfias y lugares.

Los cristianos toleraban
Con rabia tales desmanes
Y vengarse meditaban,
Mientras ufanos ocupaban
La villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,
Eran pocos, confiados
En el brio de sus gentes;
Los otros, que eran prudentes,
Los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones
Guarda hoy la morisca villa
En sus pardos murallones
Los sobre puestos blasones
De Aragón y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron
Y guardarla no supieron
Los moros que la fundaron;
Cinco veces la ganaron
Y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores
Alzaron doble muralla,

Y alzaron torres mayores
Para quedar los mejores
En el sol de la batalla.

Por eso una sola senda,
Dejaron en todo el cerro,
Porque mas facil se atiende
La sola puerta de hierro
Si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos
Malamente entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos
Son ademas los soldados
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos
Por fuertes ó por cansados.

Pero avaros de venganza
Mas advertidos los moros
Hicieron punta á su lanza,
Mientras ellos en holganza
Jugaban zambras y toros.

«De mas á esos perros ya
» La villa estuvo sujeta.»
Dijeron; «vamos allá,
» Que por nosotros está
» La voluntad del profeta.»

Misteriosa expedición
Propusieron á tal fin;
Y para aquesta ocasion
Dieron gentes en union
La Alambra y el Albaicin.

Salió el viejo rey Hazém

Con gente muy escogida.
 Y dicen los que le ven:
 "— Alá te lleve con bien
 » Y vuelvas con honra y vida."
 Saludóles al pasar
 El musulman con la mano,
 Diciendo el arco al cruzar:
 "— Le tengo de festonar
 » Con cabezas de cristiano."

La tarde estaba nublada,
 El viento ronco mugía
 Y gruesa lluvia pesada
 La noche apenas entrada
 En anchas gotas caía.
 Veló medrosa la faz
 La luna entre nubes pardas,
 Y brilló en la oscuridad
 El relámpago fugaz
 En broqueles y alabardas.
 Caidos los martinetes
 Sobre las mojadas telas
 Revueltas en los almetes,
 Caminaban los ginetes
 El lodo hasta las espuelas.
 Mohino el rey por demás
 Iba escuchando el rumor
 De los pasos á compas,
 Despues iba un atambor

Y los soldados detras.

Iban entre los peones
 En vez de picos y palas
 Y estrepitosos cañones,
 Muchos moros con escalas
 Para entrar los torreones.

La luz del siguiente dia
 Apenas cumplida fue,
 Ya Zahara se descubria;
 Llegó la noche sombría
 Y la tocaron al pie.

Contó el rey cuidadosamente
 Las hogueras y señales,
 Consultando diligente
 Sus espías y su gente
 Partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó
 Los ginetes y escuderos;
 Y él mismo despues trepó
 Con algunos caballeros
 Y soldados que tomó.

Seguía la tempestad,
 Zumbaba agitado el viento
 Rodando en la oscuridad
 Y azotando la ciudad
 Con temeroso concento.

Se oía caer bramando
 La lluvia de las montañas
 De peña en peña chocando,
 Á la llanura arrastrando
 Espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón
 Aturdido el centinela
 Murmuró humilde oracion,

**Acurrucado al rincón
De la covacha en que vela.**

**Y al calor de su gaban
Con el monótono arrullo
Que allí las aguas le dan,
Durmió rendido su afán
Oyendo el vago murmullo.**

**Soltó la lanza su mano,
Fijó el rostro en la rodilla,
Y así soñó el veterano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.**

II.

Es grato en el blando leche
Oír el viento que brama,
Y el agua que se derrama
Sobre los techos rodar,
Oír en la estrecha calle
El rumor acelerado
De las armas del soldado
Que acaban de relevar.

Y en confuso remolino
Oír crecer la tormenta
Que cambia al pasar violenta
Las veletas del metal.
Y oír zumbiar sacudida
La mal sujeta campana,
Y oír en la ancha ventana
Temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,
El tímido infante llora,
La madre le mece y ora
Con religioso pavor:
El enfermo se acongoja
Y el amante desespera,
Que acaso vela y le espera
Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos
 Ó veleban ó dormian :
 Solo en la villa se oían
 En la densa oscuridad
 El agua de las goteras,
 El vago mugir del viento
 Y el ronco y medroso acento
 De la negra tempestad.

Solo en apartada torre
 Del mal guardado castillo
 Con el fulgor amarillo,
 De una lámpara al morir,
 Velan algunos soldados
 Y se siente desde fuera
 El rumor de una quimera
 Y jurar y maldecir

Se sienten sus carcajadas,
 Sus apodos insolentes,
 Que en todo hallan tales gentes
 Contentamiento y placer.
 Se juntan en borracheras
 Para acabarlas riñendo,
 Y vuelven en concluyendo
 Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgias
 Y el vapor de los licorea
 Disertan de sus amores
 En obsceno platicar ;
 Que su lengua irreligiosa
 Sin respetos y sin vallas
 Solo de sangre y batallas
 Ó mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas
 Con los soldados mas moços

En impúdicos retozos,
Y deshonesto ademan,
Que osadas y descompuestas
Ó blasfemando ó riñendo
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas estan.

La trémula llamarada
De una hoguera agonizante
Presta á su rudo semblante
Una espresion mas feroz ;
Y recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco
Remeda con largo eco
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores
En dos bancos apoyado
Cantaba un viejo soldado
Al son de un roto rabel,
É hiriendo á compas la mesa
Con plato, copa ó cuchillo,
Ahullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reían y danzaban
Completando la embriaguez ;
Y sus sombras en silencio
Jigantescas agitadas
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.

—“¡Á ellos!”— gritaron voces,
Y entraron el aposento
Diez á diez y ciento á ciento
Los moros del rey Hazém,

Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
Y las cabezas tambien.

Lidiaron acaso algunos,
Pero tantos les entraron,
Que al fin les acuchillaron
Con las hembras á la par.
Á los gritos de los moros
Los cristianos despertaban;
;Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
Á las cuerdas y cadenas
Con que atados dos á dos
Por los árabes se vieron,
Á quienes con lengua y ojos
Pedian piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia,
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles
Los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen
Desesperada con ellos,
Que con sus propios cabellos
Mordaza ó cordel la dan;
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados,

En tropel como ganados ,
Todos á los hierros van.

Fueron por Dios tristes horas
Las de noche tan sangrienta ;
; Á quien de ella pidan cuenta
Malas cuentas ha de haber !
Que si hay justicia en los cielos
De tanta vida inocente,
Una vida solamente
Ha muy mal de responder.

III.

Medrosa de tanto duelo
Subió al oriente la aurora
Entre cortinas de nubes
Que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
Hilo á hilo, y gota á gota,
Sin que el sol tornasolara
Las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido
Sin hallar sitio en la atmósfera,
Que asaltada por la lluvia
Entre la lluvia se ahoga;
Y tanta gala los cielos
Osientan cuando la acosan
Que con mundos de cristal
La hloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara
Que acaso por pecadora
La castiga y ver no quiere
Los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella
Cerró su misericordia;
Vendó con nieblas sus ojos,
Y su clemencia hizo sorda
Por no ver al rey Hazém

Que en medio la gente mora
 Amarra dos mil cristianos
 Al carro de su victoria.
 Cabalgaba el agareno
 Sobre una yegua de Córdoba
 Con la crin hasta el estribo,
 Y hasta la tierra la cola :
 Y como el cielo la empapa
 En las aguas que la mojan,
 La cola y la crin parecen
 De espumas, algas, y esponjas.
 La plaza cercan los moros
 Donde dos á dos arrojan
 Los cristianos que cautivan,
 Los cautivos que sollozan.
 Allí mugeres y ancianos,
 Allí vírgenes y esposas
 Juntan á golpes y á gritos
 Entre algazara y chacota.
 Casi desnudos los llevan
 Á todos por mas deshonra
 Hasta el centro de la plaza,
 Donde á la intemperie opongan
 La desnudez de las carnes,
 Su temblor y sus congojas ;
 Y á los ojos de los moros
 Los defectos de las formas
 Ó las castas perfecciones,
 Que con torpes ojos hozan.
 El noble rostro hácia el suelo
 Los tristes vencidos tornan,
 Por ocultar en los ojos
 Las lágrimas con que lloran :
 Que la libertad perdida

Sin infamia nos agobia,
Pero mata y avergüenza.
Perder libertad y honra.
Cañales por los hombros
El agua, porque furiosas
En su cabeza las nubes
Reventadas se desploman;
Que cuando al fin Dios castiga
Muestra su justicia toda,
Pues la maldad de los hombres
Toda su clemencia agota.

Mandó Hazém que los cristianos
Guardados por buena escolta
Vayan delante á Granada
Por la vereda mas corta;
Mas viendo que los ancianos
Y los enfermos le estorban,
Á su guardia de Gomeles
Dijo impaciente en voz ronca:

«Llegarán los que llegaren,
» Los mozes á las mazmorras,
» Las muchachas al serrallo
» Y los viejos á la horca.»

Preparan los granadinos
 Bohordos en Vibarrambla
 Torneos para los nobles,
 Para el pueblo luminarias.
 Cuelgan de púrpura y blanco
 Miradores y ventanas,
 Y el populacho á las puertas
 Al rey impaciente aguarda.
 En la vega estan los ojos
 Y en la via de Zahara,
 Que el rey envió corredores
 Á decir que está ganada.
 Añafiles y atabales
 Por honra y por fiesta sacan,
 Y en corros moros y moras
 Gritando y riendo saltan.
 "Viva el rey," dicen algunos,
 Y otros gritan: "muera Zahara;"
 Y todos á los vencidos
 Insultan, mofan é infaman:
 Que siempre quien vence grita
 Porque los vencidos callan,
 Porque las lenguas se sueltan
 Donde las manos se atan:
 Porque la risa provoca
 Tal vez la agena desgracia,
 Y al que nace desdichado
 Hasta compasion le falta;
 Que quien cae pone á los otros
 Para que pasen la espalda,
 Y maldicion es que lloren
 Algunos lo que otros cantan.
 Asi ondean los pendones
 En las torres de la Alhambra;

Asi Granada la bella
 Se viste imbécil de gala
 Cantando hoy loca las glorias
 Que ha de maldecir mañana.

Venir se ven los cautivos
 Entre la neblina parda
 Á pasos descompasados
 Como los cautivos andan:
 Que como el alma les pesa
 Asi les tiembla la planta.
 Delante y detras los meros
 Y por los lados los guardan
 Los alfanges en la diestra;
 Los broqueles á la espalda.
 Siguen despues los ginetes
 Y nobles con el monarca,
 Los lanzones en la cuja,
 En el arzon las adargas;
 Mostrando bien los caballos
 En su perezosa marcha
 La fatiga del camino,
 Lo largo de la jornada;
 Que traen el arnés mohoso,
 Deslucidas las gualdrapas;
 Hasta las crines el lodo,
 Desde las crines el agua.
 Cuando á la puerta de Elvira
 Los zahareños llegaban
 Cantaba el pueblo su triunfo
 Con vítores y algazara.
 Aplaudian con las manos,
 Con panderos y sonajas;
 Al son de los duros hierros
 Que los otros arrastraban.

Cesó de pronto el aplauso,
Susurraron en voz baja
Palabras que nadie oía,
Pero todos murmuraban.
Ojos habia en la turba
Oscurecidos con lágrimas,
Y ojos que con luz sombría
Para maldecir miraban.
Desnudos y á la intemperie
Los prisioneros entraban,
Ancianos, madres y niños
Entre broqueles y lanzas,
Sin respeto á su inocencia,
Á su sexo y á sus canas.
Las madres sus muertos hijos
Traían desesperadas
En los maternales brazos
Y en los brazos de su alma.
Movidos á compasion
Los moros de pena tanta
Sus ojos de los cautivos
Indignados apartaban.
Las madres libres llorando
Atropellando los guardias,
Á las cristianas cautivas
Sus propias telas regalan,
Y parten los alimentos
Que á los moros preparaban,
Entre los tristes esclavos
Que los devoran con ansia.
Algunos mas altaneros
Acaso los rehusaban,
Que el pan de la esclavitud
Entre los labios amarga.

Alzóse Muley Hazém
En lós estribos de plata
Viendo la piedad del pueblo
Y la miseria cristiana.
Rabioso de que la plebe
Le eche su crueldad en cara,
Atropelló con su yegua
Por la turba aglomerada,
Dividiendo así los moros
Y los esclavos de Zahara.
“¡Adelante!” gritó airado
Con la voz ronca de rabia;
“Todos son esclavos míos,
Al serallo las muchachas,
Los mozos á las mazmorras
Donde mas á luz no salgan,
Y los viejos que los maten,
Pues no me sirven de nada.”
Calló el pueblo amedrentado,
Obedecieron los guardias,
Y el rey subió con los nobles
Á toda rienda á la Alhambra.

IV.

Sentado está el rey Hazém
En un morisco almohadon,
Y muchos moros se ven
Cruzar el ancho salon
Para darle el parabien.

Á las puertas, reverentes
Delante su rey se paran,
Doblando humildes las frentes;
Que al rey miran tales gentes
Como al mismo Dios miráran.

Mirra y esencias de flores
Arden en pebetes de oro,
Y el sol de los miradores
Anubla el humo de olores
Que avaro respira el moro.

El aire colman de ruido
Dos frentes azafranadas,
Y en su murmullo perdido
Se oye el trinar dolorido
De las aves enjauladas.

Porque en nichos de cristal
Cerradas las hay tan bellas
En la bóveda oriental,
Que el aire parece mal
Solo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley
Y viéndolas suspiró —
“En vano me llaman rey,”
Dijo, “si como ellos yo
» Esclavo soy de mi ley.

» Que penan ellas así
» En ese encierro imagino;
» Mas ellas placen ahí,
» Y en eso quiso el destino
» Diferenciarlas de mí.”

Volvió con tal pensamiento
Á suspirar otra vez,
Bajó el rostro macilento,
Pero repuesto al momento,
Demandó con altivez.

“¿ Los cristianos qué se hicieron? ”—
— En las mazmorras están
En cadenas, respondieron.
— “¿ Los condenados murieron? ”
— Si no han muerto morirán.

Volvió el rey á meditar
De los suyos recelando,
Y siguieron á la par
Las fuentes su susurrar
Y los pájaros cantando.

— “Alá nos dió la victoria, ”
Siguió el rey : “¿ qué dicen de ella? ”
Todos callaron : “ fue gloria
Ganarles villa tan bella. ” —
Tendránlo á fé en la memoria.

Harto el rey Hazém habló ;
Los cortesanos callaron,
Que el pueblo indignado vió
Que los cautivos entraron

(III)

Como perros que él ató:

Y los moros presentian
Que la tregua quebrantada,
Los cristianos entrarían
Por las vegas de Granada
Y á Zahara no olvidarían.

Por eso ante el rey estaba
La turba sin contestar,
Que mal con su rey andaba
Desde que vido que mandaba
Á los viejos degollar.

Callába Muley Hazém,
Sin hallar paso mejor;
Que sabe el príncipe bien
Que sangre mancha también
El laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,
Trinaban los ruisseños,
Y el sol en ambas corrientes
Sus rayos mas transparentes
Deshacia en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,
Dando contornos á sus sombras,
Estampan las formas vanas
De sus historias livianas
En las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir
Vino una voz de dolor:
"Preparaos á morir"
Se oía á gritos decir
Á un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron
Impacientes á la entrada,
Y repetir escucharon:

«Tus glorias se marchitaron;
» ¡Ay de tí, bella Granada!»

Entró el hombre en el salon
De musulmanes cercado:
Érase el tal un santón
Que vivia en la oracion
Del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo
Gritando en la oscuridad:—

«Granada, los estoy viendo:
» ¡Ay de la hermosa ciudad,
» Tus muros estan cayendo!»

Los moros viéndole entrar
Delante se le inclinaron,
Y él siguió en su predicar:—

«Los estoy viendo llegar
» Y vuestros dias contaron!

» ¡Ay de tí! la desdichada
» Ciudad reina de ciudades,
» Por el cimiento horadada,
» Los cielos en tí, Granada,
» Lloverán calamidades.

» Es en vano resistir:
» ¡Ay de tí, reina de oriente!

» Alá te manda morir,
» Los estoy viendo venir;
» ¡Ay ciudad! ¡ay de tu gente!»

Harto ya Hazém de escucharle
Furioso le preguntó:—

¿Quién eres? Sin contestarle
Gritando el santón siguió,

Y el rey volvió á preguntarle:

«Enviado soy de mi Dios,
Dijo el moro, «y dióme el cielo

Un mensaje para vos.”

Y el rey: — “Pues ve que en el suelo

» No hay mas oidos que dos.”

 Siguió entonces el santón

» Muy loco ó muy confiado

Su doliente relacion,

Con el monarca encarado

Y á guisa de inspiracion:

 “La tregua está quebrantada

» Y á muerte al traïdor sujeta.

» ¡Ay de tí, bella Granada,

» Cayó en tí, desventurada,

» La maldicion del profeta!

 » Borrada tu suerte hallé

» Del pensamiento divino;

» Por tí, ciudad, mucho oré,

» Y para leer tu destino

» Hasta el cielo penetré.”

 «Oye: Hazém un momento,

Y enfurecido ademas,

Dijo, dejando su asiento:

«¿Quien leyó en el firmamento

» No puede llegar á mas!”

 La turba ve estremecida

La rabia del rey, y calla,

Y el rey dijo á su salida:—

“Quitad á ese hombre la vida

» En lo alto de la muralla.

 » Cuando vengan los cristianos,

Siguió, volviendo á los moros,

» Lanzas teneis en las manos,

» Cerrad con ellos, villanos,

» Como cerrais con los toros.”

Á LOS INDIVIDUOS ARTISTAS

del Liceo.

Noviembre de 1837.

I.

Alli está lo que el mundo llama mundo
Arrastrándose imbécil por la tierra,
Ese reptil raquítico é inmundo
Que en el sepulcro su ambicion encierra.

Alli está con sus circos y jardines,
Vano de amor y espléndido de amores,
Mal envuelto entre farsas y festines,
Como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;
Mas torpe esclavo de egoistas leyes
Lleva sus pueblos á danzar desnudos
En derredor del lujo de sus reyes.

¡Vano placer! ¡quimérica algazara!
¡Flor de una aurora, sola y pasajera...!
De cerca un cementerio nos mostrara
Al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hombres,
 Las mugeres de allí no son mugeres,
 Ellos cubren su nada con sus nombres,
 Y ellas no tienen mas que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
 Las ánimas demande enfurecido,
 Su angel de hinojos con vergüenza doble
Señor, contestará, ¡ las han perdido!

Autómatas que viven porque viven,
 Hoy al rumor de estrepitosa orquesta
 El ageno renombre que reciben
 Llevan como sus padres á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropeles
 Atraillando al cuerpo el pensamiento,
 De un heredado nombre hacen laureles,
 Gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran,
 Es la tierra un inmenso anfiteatro,
 Y ellos que en esa atmósfera respiran
 Los actores tal vez de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas
 Se gozan y en estúpidos placeres,
 Canta el poeta en gigantescas rimas
 El ser tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores
 Arrebata la luz al mediodía,
 Y el músico á los vientos bramadores,
 Á las aves y fuentes la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona,
 Hijo de Dios, como su Dios concibe,
 Que con sus obras su nobleza abona,
 Y no infama su estirpe mientras vive.

Noble es el grande y grande es el valiente,
 Quien por ser como Dios, como Dios crea,

**Ese es el noble que alzará la frente
Trepando al sol hasta que sol se crea.**

**Ese á la tumba bajará ignorado,
Ese en la tierra vivirá mendigo,
Á ese nada los hombres le hemos dado,
Su padre que fue Dios será su amigo.**

**Y cuando él, que le dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Dirále el ángel con orgullo doble
*Hombre le hicistes, ángel le ha traído.***

**Es grande quien nace esclavo
Y baja al sepulcro rey,
Cambiando altivo en diadema,
Los hierros que atan sus pies.
Es grande el hombre de polvo
Que meditando en su ser
Del sol envidia los rayos
Por brillar tanto como él.
Quien en un cuerpo mezquino
Un alma gigante ve,
Y hacer lo que Dios pretende
Porque hijo de Dios se cree.
Quien sintiéndose con alas
Se arroja el viento á romper
Y va osado á las estrellas
Á preguntarlas *quién es.*
Ese es el grande y el noble,
*Ese es el hombre por quien.***

Hizo un Dios en siete días
Del cielo un ancho dosel,
De toda la tierra un trono,
De una existencia un placer,
Del sol una eterna hoguera,
Y apenas el hombre fue,
Tendió el mar en la llanura
Por alfombra de sus pies.
No es noble ;viven los cielos!
Quien muestra un viejo broquel,
Por sus abuelos ganado,
Que derribando á cercen
La cabeza de algun moro
Le hicieron suyo despues ;
Dividiéndole en cuarteles
Los heraldos para él.
No es noble quien pasa el día
Encerrado en un harem
Entre eunucos y mngeres
Como impúdica muger,
Guardando del sol la frente,
Y de la arena los pies,
Con un altar y un serrallo
Y el alma estéril sin fé.
No es noble quien cuenta ufano
En su alcázar cinco, diez,
Veinte nombres en hilera
Colgados en la pared,
Al pie de veinte retratos
De veinte nobles como él.
No son la virtud y el genio
Cetro y corona de rey,
Ni se heredan como escudos,
Que el oro compra tambien.

Los escudos enmohecen,
Los tronos pueden caer,
Pero la virtud y el genio
Se levantan de una vez,
Eternos como su stirpe
Que solo Dios les da el ser.

II.

Nobles al cielo subireis vosotros
Con esa gloria que buscáis inquietos,
Y aquí en la tierra dejarán los otros
Sus armas, y detras sus esqueletos.

Que empieza en el sepulcro vuestra gloria
Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
Porque el placer del mundo y su memoria
Llega á la tumba y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro
Porque su marmol su nobleza abona,
La vuestra en vez de mundanal decoro
Solo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles
Porque duerma tranquila la cabeza,
Y al pie pondrán el arpa y los pinceles
Que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores
Que de la creacion rasgando el velo
Formais como Jehová luz y colores
Para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía
En el torrente y en la selva en vano,

Alli, músicos, fue vuestra osadía
Á sorprenderla con robusta mano.
Alzáronse al Señor templos y altares,
Y alli fueron poetas y pintores,
Vosotros le ensalzásteis con cantares
Porque os dieron su voz los ruseñores.
Los ángeles le cantan en el cielo,
Y le cantais vosotros en la tierra,
Mientras de hinojos en el sacro suelo
Escucha humilde el hombre, ora y se aterra.
Un solo libro nuestra iglesia tiene
Que poetas cantaron y escribieron...
Ó al alma Dios de los poetas viene,
Ó ellos un Dios en su cantar mintieron:

No importa que hoy ignorados
Cruceis el desierto mundo,
Sin corona y sin blasones
Que doren el nombre oscuro:
Que ley es morir mañana
Que á todos Dios nos impuso,
Y despues de vuestra muerte
Cercarán vuestro sepulcro
Los que aborrecen en vida,
Y al grande envidian difunto.
Perros que ladran cobardes
En torno un toro robusto
Que yace rendido en tierra
Acogotado entre muchos.

Los que aman oro en la tierra
Y de sus honras el humo,
Ladran á los pies del genio
Sin que sus gritos agudos
Al tocar en sus oidos
Turben la paz de su orgullo.
Y si á envidiar van sus rayos
En derredor de su túmulo,
No temais, no, para entonces,
Porque sus ojos confusos
Si osan mirar vuestra lumbre
Han de cegar á su impulso.
Pues aunque á despecho brille
Del alma imbécil de muchos,
Ocultarla podrán todos,
Pero apagarla ninguno,



EL AMOR Y EL AGUA.



El Amor.

—“Pues en tí, fuente, se mira
Porque su beldad retrates,
Y los rayos de sus ojos
Reverberan tus cristales;
Deja, fuente, que los míos
Agua en tus aguas derramen,
Que las aguas con las aguas
Se borran ó se deshacen:
Porque si sueltos dejara
Entrambos á dos raudales
Pusieran fuego á la tierra
Segun al verterlas arden.
Y al menos como en tus ondas
No han de quedar sus señales,
El consuelo de no verlas
Hará que menos amarguen.
Como á ella, pues, la duplicas
Sus contornos celestiales
Had reflejando mi duelo
Que yo mismo me acompañe.
Engáñame con mi sombra

Porque yo mismo me engañe
 Pensando que lloran dos
 Uno en mí, y otro en mi imagen.
 Porque tú no sabes, fuente,
 Cuánto endulzan los pesares
 Las lágrimas de otro triste
 Que llora duelos iguales.

Pero ya que no me guardas
 Por traicion ó por desaire
 Sobre tus aguas sus formas
 Porque yo aqui no las halle,
 Deja que llorando en ellas
 Que salga al jardin aguarde
 Por verla pasar de lejos
 Aunque indiferente pase,
 Pues he de ser tan humilde
 Y tan respetuoso amante
 Que porque no la dé en ojos
 El disgusto de encontrarme,
 He de volverme de espaldas
 Mirando hácia tus cristales.
 Pero prométeme, fuente,
 Que si por fortuna sale
 Cuando yo mire tus ondas
 Tus ondas me la retraten.

Asi á tu blando murmullo
 Enagepadas las aves,
 Á compas del agua trinen
 Enamorados compases;
 Asi juguetonas vengan
 En tu corriente á bañarse
 Robando al alba matices
 Que por tus espejos cambien.
 Y tantas á verte acudan

Que cuando el sol se levante
Piense que en vez de rocío
Las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas
Que tapizan esos árboles,
Porque no sientan las flores
Que si te adormeces, calles.
Así en tí las flores viertan
El bálsamo de sus cálices
Brotando de hoy á porfía
En tus bordes á millares;
Y así cayendo tus aguas
Desde la taza de jaspes
Á gotas las tornasole
El rojo sol de la tarde:
Y partiéndolas en hebras
Cuando como espejos salen
Las rice, columpie y trencé
Suelto y revoltoso el aire.”—

El Agua.

—“Bien pensé, amor, que eras loco,
Mas no que tan loco fueses
Que buscarás en mis ondas
Tus hermosuras rebeldes.
Si las hermosas se miran
En el cristal de las fuentes
Es porque el perfil se borra
Cuando el lindo rostro vuelven.
Que si en el cristal quedaran
Sus imágenes perennes
Por zelos de aquella copia
No se asomaran á verse.
Vano consuelo es que quieras
Ver la tuya en mi corriente
Para que viendo tu sombra
Con tu sombra te consueles.
Porque si tal es el fuego
Que tus turbios ojos vierten,
Tal hará que hierva el agua
Que tu sombra no refleje.
Mas si al jardin como dices
Por tu ventura saliere,

Que la has de volver la espalda,
 Si te lo persuades, mientes,
 Que ó por postrarte á sus plantas,
 Ó porque mejor te viere,
 Iraste loco tras ella
 Aunque de verte la pese:
 Y si te pinto su imagen
 En mis aguas transparentes,
 Acaso en tu desvarío
 Tanto por ella te ciegues,
 Que para abrazarla osado
 Por mis ondas atropelles,
 Confundiendo ambos retratos
 Con barros, algas y peces.

No estrañes que tal te diga,
 Amor, si oirme te ofende
 Que segun ló que deliras
 No es estraño que tal piense.
 Y has de saber, pues en premio
 De mi compasion me ofreces
 Que sol, aves, hojas, flores,
 Amorasas me requiebren,
 Que aunque tú no lo mandarás
 En esto ellas te obedecen:
 Pues si las aves me trinan
 Es porque mis aguas beben;
 Si los árboles me arrullan
 Es porque yo les remede;
 Si las flores me embalsaman
 Porque mis aguas las rieguen;
 Y si el sol me tornasola
 Es porque yo le refleje,
 Y el aire es tan galan mio
 Que imposible me parece

(126)

Que ondular puedan mis hebras
Sin que blando me las hese,
Y revultoso jugando
Las rice, columpie y trence.?" —



A la muerte de...

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
Sin oír las palabras de un amigo?
Si al menos ; ay ! los días que me restan
 Bajo la húmeda losa
 Pasara yo contigo !
Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
Cuando la lluvia fría penetrara
La piedra que te oculta de mis ojos,
 Y el cierzo de la noche
 Tus sienes no tocara.
Y mis manos la yerba arrancarían
Que creciera en la tumba abandonada,
Y alejaría el fétido gusano
 Que se arrastrara hambriento
 Con su sorda pisada.
Mas tú ; alma mía ! por tus rubias trenzas
Bullir le sentirás y por tu frente
Sin poder rechazarle, mientras el hombre
 Contemplará tu tumba
 Con ojo indiferente.

Si al fin quedaran las almas
Velando el difunto cuerpo
En pláticas amorosas
Con las almas de otros muertos;
Si al fin así descansaras
Bajo el pabellón del cielo
Sin que el tumulto del mundo
Turbara nunca tu sueño;
Si el amor que se hubo en vida
Muriera en el cementerio,
Y no hubiera en otro mundo
Memoria del mundo nuestro...!
Mas ¡ay! que vendrán los hombres
Falsas plegarias mintiendo
Todos los años un día,
A visitar vuestro lecho.
Vendrán con sus oropeles,
Sus farsas y devaneos,
La vanidad en el alma,
La vida en el pensamiento.
No á mullir vuestras almohadas,
No á daros santos consuelos
Derramando en vuestras tumbas
Las flores de los recuerdos,
No á reconocer su nada
En los despojos del tiempo,
No á ver lo que sois vosotros
Para ver lo que son ellos:

Que aunque un espejo es la tumba,
Cubrir su cristal supieron
Con velos de marmol y oro,
Cuyo cortinaje espeso
Robando al cristal las luces
Impide que á sus reflejos
El vidrio fatal les pinte
El polvo donde nacieron.
No: que vendrán á decirnos
Que han mentido en otro tiempo
Cuando al daros un sepulcro,
" *Dormid en paz,*" os dijeron.

Mas habrá un cielo por dicha
Detrás de ese cielo azul
Donde irán, paloma mia,
Los que mueren como tú.
Alli vivireis tranquilos
En alcázares de luz,
Con los ángeles que velen
Por vuestra santa quietud.
En pabellones de estrellas,
Alfombrados de tisú,
Libres de ingratos recuerdos
De la desdicha comun;
Porque al abrirse las puertas
Del misterioso ataud
Hallan paz, vida y contento
Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
Halague tu casta sien
Del bello jardin de Edem
; Ó purísima azucena!
Duerme pacífica, sí,
En un lecho de alef
Que te formen para tí
Los ángeles del Señor,
Y en un porvenir risueño
Duerme, duerme, dulce dueño,
Y que te vele tu sueño
Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oido
Susurrando mansamente
De alguna encubierta fuente
El misterioso ruido.
Y en tus ensueños de paz
Te preste grato solaz
Con su armonía fugaz
Algun lejano laud;
Y por tu mente resbale
Aërea ilusion que iguale
De blanca luna que sale
Á la transparente luz.

Mientras en brazos del destino
En las tinieblas que estoy

(131)

Á ciegas buscando voy
De tu morada camino.
Y pasan las horas mías
Como turbias ondas frías,
Que en sus revoltosos días
Sañudo invierno formó:
Como barquilla que mece
Ruda tormenta que crece,
Cual se agosta y desaparece
Flor que en la nieve brotó.



(11)

La Orgía.

La sombra nos cobija
Con su tapiz de duelo,
Cansado ya del cielo
El sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
Vacilan las estrellas,
En torno á las botellas
Venid á delirar.

Venid, niñas sedientas,
De libertad y amores,
Que fiestas y licores
Dan libertad y amor.
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

La vida es una farsa
Hipócrita y demente,
Y el mundo indiferente
Se cansa del placer;
El mundo se ha dormido;
Romped vuestros papeles,

Dejad los oropeles
 Que vano os prestó ayer.
 Dejad de esa comedia
 El torpe fingimiento,
 Ahogad el preso aliento
 Con larga libación.
 La sombra, si ese cielo
 Su luz tiende importuna
 Envolverá la luna
 En tocas de crespon.
 ¡Oh! lejos de los ojos
 De la curiosa plebe
 La copá en que se bebe
 Nos abre un ancho Edem;
 El fondo cristalino
 Las luces multiplica,
 Y de vapores rica
 Perfuma nuestra sien.
 Los labios desfrenados,
 La lengua desatada,
 En larga carcajada
 Prorumpen sin cesar.
 La lumbre de los ojos
 Inquieta y licenciosa
 Los ojos de una hermosa
 Se afana en reflejar.
 Venid á los festines
 Avaras de plácemes,
 Que el cielo en las mugeres
 Atesoró el placer.
 Venid, niñas, sin cuitas
 Desnudo el albo seno,
 Porque quiero el veneno
 De vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente
Con el vapor vacile
Y revoltosa apile
Fantasma de vapor,
Vereis cómo insensata
El ánima delira,
Y voluptuosa aspira
El ámbar del amor.

Entonces en la sombra
Las pardas muselinas
Visiones peregrinas
Flotando mostrarán,
Y en cada marco de oro
Cerradas las pinturas
Diabólicas figuras
Al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara
Parodiará una hoguera
Que miente y reverbera
Las lámparas del sol;
Y en el balcon la luna
Parecerá una estrella
Donde arde una centella
Del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis
De la animada fiesta
Nos fingirá una orquesta
De mágica ilusión:
Un eco misterioso
Sin canto, ni instrumento,
Que irá con el aliento
A dar al corazón.

De cada ardiente beso
El lúbrico estallido

Rasgará el sostenido
Murmullo bacanal,
Como reló deshecho
Que sin marcar las horas
Sacude las sonoras
Campanas de metal.

El mundo duerme, niñas,
Bebamos y cantemos,
Que mas no sacaremos
Del mundo engañosor;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,
Prodiguen liberales
La luz de vuestra tez:
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos
Que ostenten su mirada
Altiya, enamorada,
Con infernal pasion,
Y las rubias ostenten
Sin máscaras de tules
Las pupilas azules,
Y rojo el corazon.

La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El dia nos sorprende,
Va el mundo á despertar.

El canto de los Piratas.

Traducción de Victor Hugo.

¡Alerte! ¡alerte! voici les pirates
d'Ochali qui traversent le détroit
Le captif d'Ochali.

Con cien cautivos llevamos
Fletada nuestra galera,
Que en una y otra ribera
Para el harem reclutamos.
¡Al mar! ¡al mar! marineros,
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz,
Linda muchacha apresamos
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

— Forzoso es, niña, callar.—
Ea, ganemos el viento,
Esto no es mas que cambiar
Por un harem un convento.
Os haremos mahometana.
Y el sultan ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.
— ¡Y osais, hijos de Satan...!
Lloró, suplicó. — Es preciso,
La contestó el capitan.—
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia fue vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

En su dolor parecian
Sus ojos un talisman,
Mil ceques bien valian,
La hemos vendido al sultan.
Lo debe á mis compañeros
Ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.



ORIENTAL.



De la luna á los reflejos
 Á lo lejos
Árabe torre se ve,
Y el agua del Darro pura
 Bate oscura
Del mauro el lóbrego pie,
Susurra el olmo sombrío
 Sobre el río
Dando al oído solaz,
Y en los juncos y espadañas
 Y en las cañas
Susurra el aura fugaz.
 Se abre en la arena amarilla
 De la orilla
Vertiendo aroma la flor,
Y las plumas de colores
 En las flores
Estremece el ruiseñor,
Vierte en gotas cristalinas
 Peregrinas
El rocío su cristal,

Y en cada perla de plata
Se retrata
El alcázar oriental.
Descorridas las sombrías
Celosías
Del calado torreón,
Está en la árabe ventana
La sultana
Murmurando una canción.
Y en la atmósfera serena
Libre suena
La melancólica voz,
Y abajo en la yerba verde
Al fin le pierde
Con la ráfaga veloz.
Y al compás de su garganta
Raudamente canta
Contestando el colorín,
Saltando entre los galanes
Tulipanes
Del espléndido jardín.
Y al rumor de dulce trino
Peregrino
De arpa, bella, y ruiseñor,
Oído prestan atento
Agua, viento,
Olmo, alcázar, campo y flor.
Así, la mora decía,
Y respondía
En la rama el colorín,
Y esto el móro la escuchaba
Que velaba
Receloso en el jardín.
"Danme el ánimo de un móro,

- » Perlas y oro,
» Y coronas en la sien;
» Dime, flor, á mi ventura
» Y hermosa
» Lo que falta en el harem!
» Danme chales los califas
» Y alcatifas,
» Y guirnaldas en la sien;
» Dime, huerto, á mi ventura
» Y hermosa
» Lo que falta en el harem!
» Danme baños y festines
» Y jardines
» Que me mienten el Edem;
» Dime, río, á mi ventura
» Y hermosa
» Lo que falta en el harem!
» Transparentes como espuma
» Danme plumas,
» Y atan velos á mi sien;
» Ruiseñor, dí á mi ventura
» Y hermosa
» Lo que falta en el harem!
» Nada al fin que les dé enojos,
» Ven mis ojos,
» Nada que arrugue mi sien;
» Dime, luna, á mi ventura
» Y hermosa
» Lo que falta en el harem ! »
Llegaba aqui, y una sombra
En la alfombra
La lámpara dibujó:
Á su lado en la ventana
La sultana .

Con el sultan se topó.

«Tienes torres, dijo el móro,

»Perlas y oro

»Y guirnaldas en la sien;

»Dime, hermosa, á tu ventura

»Y hermosura

»Lo que falta en el harem.

»¿Qué hay en el huerto sombrío,

»Y en el rio,

»Y en el ave y en la flor,

»Que al rayar el claro día

»¡Vida mia!

»No te traiga tu señor?

»Dí, ¿qué falta á tu belleza,

»Á tu riqueza

»Ó á tu loca voluntad? ”—

—«Señor, esos ruiseñores

»En las flores

»Tienen *aire y libertad.*”



LA PLEGARIA.

Hélos al pie de la cruz
En oración reverente;
La virtud brilla en su frente
Como la primera luz
Del sol que alumbra en Oriente.

Niños tal vez desvalidos
Que pasan desconocidos,
Con la inocencia en el alma,
Como en desiertos perdidos
Con sus racimos la palma.

Ángeles acaso son
Que el mundo sin conocer
Llevan en el corazón
Una sublime oración
Y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente
Á través del blanco velo
Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.
Ven en el alba colores

Y en el llano yerba y flores,
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.

Para ellos música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,
O entre las flores se pliega,
Con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas
Del sol á las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aérea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.

Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,
Y él un angel hechicero,
Porque no dudan él ni ella,
Que *ella* es de virtud estrella,
Y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal
Á la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la virgen posado
Con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa,
La lágrima de dolor,
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al angel — hermosa!

Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa virgen tranquila.

Asi incompletas y vanas
Las cosas del mundo son;
Que á turbar vienen livianas
Esa angélica oracion
Con imágenes mundanas!

¿ Por qué, pintor, ideaste
Una plegaria tan bella,
Si la cruz que levantaste
Luego, pintor, la ultrajaste
Pintando al hombre tras ella?

No digas quién la creó!
Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó,
Mas la malicia no es tuya,
Que quien la escribe soy yo.



LA JUVENTUD.

Tengo ojos y no ven,
Tengo oídos y no escuchan,
Tengo manos y no tocan,
Tengo labios y no gustan;
Y en fin, sin entendimiento,
Ni albedrío que me acuda,
Tengo aliento que no alienta,
Y corazón que no pulsa.

CALDERÓN. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos
Senda de flores á los pies tenemos;
Do quier que el rostro en derredor volvamos
Padres y amigos cariñosos vemos;
Do quier los brazos débiles tendamos
Un ósculo inocente merecemos,
Y así contentos á vivir salimos
Solo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas,
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,

Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellon del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, facil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando
En lechos de oro víctimas apila;
Donde a oscuridad se dilata entrando
De luz avara la infantil pupila,
Do á manos llenas el placer derrama
Lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños
Alli la ardiente juventud habita
Que dando lindas formas á sus sueños
El imperio del mundo solicita:
Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta á nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles
Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles:
Y en campos de placer resbaladizos
Sus palacios nos muestra de oropeles,
Donde yacen en blandos almohadones
Impúdicas ramera las pasiones.

Alli estan los fantásticos espejos
Que mienten la ilusion de los amores
Pintando voluptuosos á lo lejos
Sombras de amor entre pintadas flores;
Y de engañoso sol á los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,
Nos muestra el mundo fuente de placeres
Y manantial del mundo las mugeres.

El ánima inocente todavía
Virtud creyendo el cenagal del vicio
Se lanza en pós de tan brillante dia
De la vida en el hondo precipicio,
Y á par que corre por la errada via
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardin de flores peregrina
Era el reló no mas de las espinas.

¡Juventud! ¡facil balanza!
¡Qué presto a frastras vencida
El peso de la esperanza
Con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
Los fantasmas halagüenos
Que nuestra infancia adormecen
Con raquíticos ensueños!
¡Qué rápida te deslizas
Entre las horas que hechizas
Dejándonos tus cenizas
Donde vamos oro á ver!
¡Juventud! ¡edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
Artificio tus primores,
Amarguras tu placer!
Ojos nos das y no vemos,
Pensamiento y no pensamos,

Que es falso cuanto creemos
Y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
Es tu fortuna liviana,
Tus esperanzas locura,
Tu paz y tu gloria vana.
Espejo de cien cristales,
Que mientes lo que no vales,
Cuyas luces desiguales
Multiplican la ilusion,
;Tú doras tus arreboles
Con lumbre de mil faroles,
Y llamas osada soles
Á lo que pavesas son!
 Soñando á vivir venimos,
Pero en tu region vacía
Cuantos mas dias vivimos
Soñamos mas cada dia.
Te sueña la pasion loca
Y ambiciona tus laureles;
Cuando la razon te toca
Maldice tus oropeles.
La pasion juzga en su anhelo
Que ese cristal es un cielo,
La razon te rasga el velo
Hasta ver tu vanidad,
Y en vez de tus clavellinas
Y tus rosas purpurinas,
Nos muestra al fin tus espinas
El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
Cuanto bien el hombre alcanza,
Espinas de la memoria,
Carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,
Espinas ¡ay! son favores...
Que espinas son las verdades,
Y son espinas sin flores,

Si espinas son solamente
Amistad, gloria y favor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?

Si espinas tan solo dan
Lisonjas de juventud,
Acaso espinas serán
La nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,
Pues dejan sus vanidades
Demencia nuestra demencia
Y verdades las verdades,

La fé del ánima espinas,
Y espina el amor del hombre,
Mentiras son mas divinas
Con mas hechicero nombre.

Y si espinas solamente
Son virtud, ciencia y amor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles
Que la verdad desvanece,
¡Ni olvidada en tus pensiles
Una flor tan solo crece!

Pues si espinas son tus flores
Y espinas son tus placeres,
Entre tan falsos colores
Una mientes y otra eres

Si espinas de desconsuelos
Son horas tan peregrinas,
¿Dónde guardaron los cielos
Flores de tantas espinas?



La Amapola.

Flor solitaria y silvestre
Que á la luz sacas del sol
Cuatro pendones de púrpura
Que guarda tosco boton;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo;
Dile al alma de mi alma
Que voy muriendo de amor:
Que entre tus hojas la dejo
Un ósculo y un á Dios.
Porque tú que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías del aire

La ruda y salvage voz,
 Sin tallo que te sostenga
 Cuando á la lumbre del sol
 Brotando en agua las nubes
 Se revientan en turbion;
 Tú, flor, que ostentas tan sola
 Tan encendido color
 Que me pareces tostada
 Al calor de un corazon,
 Bien puedes ser mensagera
 De un enamorado á Dios:
 Que tan sola, pobre y débil,
 Tan sin follage ni olor,
 De pasar en amargura
 Tu existencia de afliccion
 Mas razon no se me alcanza
 Que tu solitario amor.

Porque espuesta al rudo viento
 Y á la interperie olvidada
 Recuerda tu nacimiento
 La soledad y el tormento
 Del ánima enamorada.

Porque insensible á otra idea
 Que al delirio de tu amor,
 El zarzal que te rodea
 Y el vendabal que te orea
 Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni como el tronco te escala
Hollando la torpe oruga
Tu tosca y silvestre gala.

Ni como el áspero espino
Te rasga el manto de grana,
Cuando sacude sin tino
Sobre tu pompa liviana
Su ropage campesino.

Y pues sé, triste amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola
No es mas que un barniz de amor
Y por amor vives sola;

Pues yo pade por amores
¡Oh flor! muy lejos de aqui,
Y en tí no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines vi;

En tu caliz dejo preso
Un ósculo y un á Dios;
Si te agobia tanto peso
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.

LA NOCHE Y LA INSPIRACION.



A mi amigo. el artista

Don Julian Romea.

I.

La noche sobre el mundo desplomada
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la transparente luna.

Á la amarilla luz con que ilumina
Cobíjase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Rios, fuéntes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
De la virgen sonrie el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Este tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pie de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por este vela su cuidado,
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme,
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
Al grato son del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algun dia
Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores.
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusion luchando,
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor perdí en el viento,
Y el viento como ramas desgajadas
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Mas que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
Y el afan de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazon demente.

Quédame aun altivo y vigoroso
De noble inspiracion el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
Á buscar un disfraz y una careta
Para escudar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroismo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, toças azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acordè coro,
Sus capillas, sus lámparas y altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca;
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta
Espiró mi cantar, rompí mi lira;
Solo mi lengua mis caprichos canta,
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me fingí tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna
Escúchame la inspiracion sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende
Con que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oido,
Y en pabellon convierte de reposo
El mundo que á sus pies yace dormido,

Son una inspiracion dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazon vacila...
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos
Ni revelarla osó ningun poeta:
¡Oh! ven, que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Óyela tú, que brota solitaria.
Para tí, en tu pacífico retiro
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II.

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,
Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás:
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huimos,
Si la buscamos detras.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar:

No es muger, demonio, ni angel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad:

Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente
La mantienen en la mente
Sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber que piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellon de reposo
Del cielo en la brillantes.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que en el oído no oíría,
Y atenta el alma escuchó.
Una música con formas
Que al resbalar en la mente
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blando sueño deliran
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil á mil.
El oído oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
Con' ruinas, templos y fiestas,
Y oímos coros y orquestas
Y suspirar y reír;
Sentimos ríos que corren,
Vistasas aves que vuelan,
Manantiales que rieñan
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oímos de sus campanas
El apagado doblar;
Vemos formas misteriosas
Que sonrien pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver;

:

Vemos un mundo cerrado
 En transparentes encajes,
 Entre flotantes celajes
 Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho
 El uniforme latido
 Del corazón abatido
 Que dentro velando está
 Como un reló cuya péndola,
 Sorda, monótona y lenta,
 Los pasos del tiempo cuenta
 Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre
 Ni dormimos, ni velamos,
 Vemos lo que no miramos,
 Sentimos lo que no es.
 Y á un movimiento, á un suspiro
 Que olvidados exhalamos,
 Todos nuestros sueños vemos
 Pavésas á nuestros pies.

No es dormir y se despierta,
 No es muerte y se vuelve á vida,
 Y allá en la mente escondida
 Se levanta una creación.
 Entonces el pintor pinta,
 El músico escucha y toca,
 Y el poeta halla en su boca
 Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcan en su lengua,
Y un volcan en su mirada,
Y cruza el mar de la nada*
Con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Para su aborto alumbrar;
Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderon llama,
Y á su vigoroso acento
Cielo, infierno en un momento.
Parecen delante de él.
Y paseando alli sus ojos
Seres buscando inmortales,
Sus *Autos sacramentales*
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser carcel de los dos,

Mientras ella libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,
En p6s de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada estan seguros
De su ímpetu creador.

Á su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,
El universo mezquino
Á su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
Es la atm6sfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Maiquez, Talma,
Atan el mundo á sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero
Ni el actor está despues.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiracion,
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazon.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á tí nuestras voces
Como el imbécil murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos solo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á cegar.

Entonces magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son alli menos que tú;

(168)

**Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talc6
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.**



Un recuerdo del Arlanza.



Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en tí van á verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas fosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como estraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á tí no te se alcanza
Con cuánto afan compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ageno
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes como en el mio
Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué extraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caidos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas ;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se pára
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega ;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura ;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás solo un torreón,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy *el alto de Muñon*.

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes ;
Mírale, Arlanza atrevido,
Sus gentes cuando han huido
Perdieron sus estandartes.

(172)

Mira ¡oh río! en caridad
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío,
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay, de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena;
Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa
Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la margen del Arlanza...!
¿Qué aguardas, hermosa, dí,
Sin consuelo, ni esperanza,
Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre las ondas sonoras,
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por mas que sobre ellas llores
Nunca tus caídas de amores
Sabrán, niña, consolar!

Ni por mas que tu amargura
En son de queja las cuentas,
Á la falda de esa altura
Movidas de tu hermosura
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán
Por el valle resbalando
Indiferentes irán;
Y nunca mas volverán
Aunque tú quedes llorando!

Ni pienses que has de venir
Á contarme el desconsuelo.
En que te vieron gemir,
Que á darnos no alcanza el suelo
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
Nos dió luz, vida y calor,
Pobló el alma de ilusiones,
Mas negó á los corazones
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
Tantas galas y primores,
Son mentira y oropel,
Que el mundo alfombra con flores
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
Y corrompidas no aroman,
Los rios furiosos crecen,
Y torrentes se desploman
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fue
Hoy vemos informe ruina
Por mas que el grosero pie
Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

(175)

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento
Demándale, niña, al viento
Si fue cárcel ó palacio.

Demándale al claro río
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío
Del feudo y del poderío
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vivieron,
Los planteles que tuvieron
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
Encubre esa cruz que riega
Cual árbol de un cementerio
Donde tuvo un monasterio
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
De su bizantino muro
Oyó las amargas quejas
Del rey que en su templo oscuro
Lloró virtudes añejas.

Pregúnta si oyó decir
Al monarca en su abandono
Que un puñal le hizo subir
Los escalones del trono,
Y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron
Entre morir ó réinar;
Los que ayer le coronaron
Su venia no demandaron
El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla
La púrpura te vistieron
Esos grandes de Castilla
Que tu sepulcro tendieron
Á las puertas de esa villa.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan fragil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, rio manso,
Resbalando indiferente
Hallar como tú descanso
Cuándo apilas tu corriente
En escondido remanso!

(177)

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla ;Arlanza! el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he fingido
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
Al compas del arpa loca
Alegre y báquico acento
Es que cierro á mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!



(100)

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..

Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

Tradición de Toledo.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

I.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna
Con resplandor fugitivo
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas,
Juguetera no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura

De fantasmas apiñados
 Medrosa y gigante turba;
 Y alguna vez desprendida
 Gotea pesada lluvia,
 Que no despierta á quien duerme,
 Ni á quien medita importuna.
 Yace Toledo en el sueño
 Entre la sombra confusa,
 Y el Tajo á sus pies pasando
 Con pardas ondas la arrulla.
 El monótono murmullo
 Sonar perdido se escucha
 Cual si por las hondas calles
 Hirviera del mar la espuma;
 ¡Qué dulce es dormir en calma,
 Cuando á lo lejos susurran
 Los álamos que se mecen,
 Las aguas que se derrumban!
 Se sueñan bellos fantasmas
 Que el sueño del triste endulzan,
 Y en tanto que sueña el triste,
 No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
 Como la noche que enluta
 La esquina en que desemboca
 Una callejuela oculta,
 Se ve de un hombre que aguarda
 La vigilante figura,
 Y tan á la sombra vela
 Que entre la sombra se ofusca,
 Frente por frente á sus ojos
 Un balcon á poca altura
 Deja escapar por los vidrios

La luz que dentro le alumbraba:
 Mas ni en el claro aposento,
 Ni en la callejuela oscura
 El silencio de la noche
 Rumor sospechoso turba.
 Pasó así tan largo tiempo
 Que pudiera haberse duda
 De si es hombre, ó solamente
 Mentida ilusion nocturna;
 Pero es hombre, y bien se ve,
 Porque con planta segura
 Ganando el centro á la calle,
 Resuelto y audaz pregunta:
 ¿Quién va? — y á corta distancia
 El igual compás se escucha
 De un caballo que sacude
 Las sonoras herraduras.
 ¿Quién va? repite, y cercana
 Otra voz menos robusta
 Responde: — Un hidalgo; calle!
 Y el paso el bruto apresura.
 — Téngase el hidalgo, — el hombre
 Replica, y la espada empuña.
 — Ved mas bien si me hareis calle,
 Repusieron con mesura,
 Que hasta hoy á nadie se tuvo
 Iban de Vargas y Acuña.
 — Pase el Acuña y perdone: —
 Dijo el mozo en faz de fuga,
 Pues teniéndose el embozo
 Sopla un silbato, y se oculta.
 Paró el ginete á una puerta
 Y con precaucion difusa
 Salió una niña al balcon

Que llama interior alumbra.
 — ¡ Mi padre ! — clamó en voz baja ;
 Y el viejo en la cerradura
 Metió la llave pidiendo
 Á sus gentes que le acudan.
 Un negro por ambas bridas
 Tomó la cabalgadura ,
 Cerróse detras la puerta
 Y quedó la calle muda.
 En esto desde el balcon
 Como quien tal acostumbra
 Un mancebo por las rejas
 De la calle se asegura.
 Asió el brazo al que apostado
 Hizo cara á Iban de Acuña ,
 Y huyeron en el embozo
 Velando la catadura.

II.

Clara, apacible, y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales
Como en prendas de que el río
Tan afanosa la bañe.

Á lo lejos en la vega
 Tiende galan por sus márgenes
 De sus álamos y huertos
 El pintoresco ropage,
 Y porque su altiva gala
 Mas á los ojos halague
 La salpica con escombros
 De castillos y de alcázares.
 Un recuerdo es cada piedra
 Que toda una historia vale,
 Cada colina un secreto
 De príncipes ó galanes.
 Aquí se bañó la hermosa
 Por quien dejó su rey culpable
 Amor, fama, reino y vida,
 En manos de musulmanes.
 Allí recibió Galiana
 Á su receloso amante
 En esa cuesta que entonces
 Era un plantel de azahares.
 Allá por aquella torre
 Que hicieron puerta los árabes
 Subió el Cid sobre Babieca
 Con su gente y su estandarte.
 Mas lejos se ve al castillo
 De San Servando, ó Cervantes,
 Donde nada se hizo nunca
 Y nada al presente se hace.
 Á este lado está la almena
 Por do sacó vigilante
 El conde Don Peranzules
 Al rey que supo una tarde
 Fingir tan tenaz modorra
 Que político y constante

Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basilica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres,
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambron y Visagra
Los caminos desiguales
Camino á los toledanos
Hácia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y munges
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
De impetuosos ademanes
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.

Los que pasan le contemplan
 Con decision de evitarle ,
 Y él contempla á los que pasan
 Como si á alguien aguardase.
 Los tímidos aceleran
 Los pasos al divisarle
 Cual temiendo de seguro
 Que les proponga un combate ;
 Y los valientes le miran
 Cual si sintieran dejarle
 Sin que libres sus estoques
 En riña sonora dancen.
 Una muger tambien sola
 Se viene el llano adelante
 La luz del rostro escondida
 En tocas y tafetanes.
 Mas en lo leve del paso,
 Y en lo flexible del talle,
 Puede á través de los velos
 Una hermosa adivinarse.
 Vase derecha al que aguarda,
 Y él al encuentro la sale
 Diciendo... cuanto se dicen
 En las citas los amantes.
 Mas ella galanterías
 Dejando severa aparte
 Asi al mancebo interrumpe
 En voz decisiva y grave.

— “ Abreviemos de razones,
 Diego Martinez ; mi padre,
 Que un hombre ha entrado en su ausencia
 Dentro mi aposento sabe:
 Y asi quien mancha mi honra

Con la suya me la lave;
Ó dadme mano de esposo,
Ó libre de vos dejadme.” —

Miróla Diego Martinez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo
Repuso palabras tales:
— “Dentro de un mes, Inés mia,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
Con honra mia se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.”
— Júralo, — exclamó la niña.
— Mas que mi palabra vale
No te valdrá un juramento. —
— Jurarlo, Diego, ó dejarme. —
— ¡Vive Dios que estás tenaz!
Dálo por jurado y baste. —
— No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flandes. —
— ¡Voto á Dios! ¿qué mas pretendes? —
— Que á los pies de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo CRISTO delante. ” —

Vaciló un punto Martinez,
Mas porfiando que jurase
Llevóle Inés hácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero

En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Viase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre
Á quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martínez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle:

— Diego, ¿juras
Á tu vuelta desposarme? —

Contestó el mozo:

— ¡Sí juro! —
Y ambos del templo se salen.

(201)

con la suavia Y
de la suavia Y
de la suavia Y
de la suavia Y
de la suavia Y

de la suavia Y
de la suavia Y
de la suavia Y
de la suavia Y
de la suavia Y

Pasó un dia y otro dia, que en el
Un mes y otro mes pasó, y en el mes
Y un año pasado habia, que en el mes
Mas de Flandes no volvia, que en el mes
Diego, que á Flandes partió, que en el mes

Lloraba la bella Inés, que en el mes
Su vuelta aguardando en vano, que en el mes
Oraba un mes y otro mes, que en el mes
Del crucifijo á los pies, que en el mes
Do puso el galan su mano, que en el mes

Todas las tardes venia, que en el mes
Despues de traspuesto el sol, que en el mes
Y á Dios llorando pedia, que en el mes
La vuelta del español, que en el mes
Y el español no volvia, que en el mes

(192)

Y siempre al anochecer
Sin dueña y sin escudero
En un manto una muger
El campo salía á ver
Al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abruma
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos
Que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad,
Pero siendo una quimera
En tan fragil realidad
Quien espera desespera.

Asi Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

(193)

En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia
Llorosa y desconsolada,
El padre no respondia,
Que la lengua le tenia
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació muger ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flandes tornaron
Á sus tierras á vivir.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.

(194)

Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores
Tornasolada la escama
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
Á las puntas de una rama.

(195)

Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

Á lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del terreón,
Y llegando recelosa
Á las puertas del Cambrón
Sintió latir zozobrosa
Mas inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

:

(196)

Jubon negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido,
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este ginete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
Gritando: — ¡Diego, eres tú! —
Y él viéndola de través
Dijo: — ¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es! —

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido
Sin que mas voz ni gemido
Volviere en tierra á exhalar.

(197)

Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente
Diciendo: — ¡Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitan
Á su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Asi por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martinez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y azañas
Alli capitan le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos
Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitan de lanceros.
Y otro no fue que Martinez
Quien ha poco entró en Toledo
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige
Cobrado el conocimiento

La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que hoy Diego Martinez
Es el capitan Don Diego,
Ni se hablada á sus caricias
Ni cura de sus lamentos,
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamas en ello.
; Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto mas ella importuna
Está Martinez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitan Don Diego
No ha ser Diego Martinez
Como lo era en otro tiempo.
Y asi llamando á su gente
De amor y piedad ageno
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
Cesando un punto en su duelo
Asi habló el rostro lloroso
Hácia Martinez volviendo:

(200)

—“Contigo se fue mi honra,
Conmigo tu juramento,
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.”—

Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo
Á pasos desatentados
Salióse del aposento.

V.

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcon.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el baston.
Está como presidente
Del tribunal superior
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,

Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropon,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodóver
Gritan en disorde son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salon
Diciendo á gritos: — ¡Justicia,
Jueces, justicia, señor! —
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don. pedro
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó
Diciendo:

— ¡Muger, qué quieres? —

— Quiero justicia, señor. —

— ¿De qué? —

— De una prenda hurtada. —

— ¿Qué prenda? —

— Mi corazon. —

— ¿Tú le diste? —

— Le presté. —

— ¿Y no te le han vuelto? —

— No. —

— ¿Tienes testigos? —

— Ninguno. —

— ¿Y promesa? —

— Sí, ¡por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empeñó. —

— ¿Quién es él? —

— Diego Martinez. —

— ¿Noble? —

— Y capitan, señor. —

— Presentadme al capitan,

Que cumplirá el juró. —

Quedó en silencio la sala;

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado son.

Un portero levantando

El tapiz en alta voz,

Dijo: — El capitan Don Diego. —

Y entró luego en el salon

Diego Martinez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

— ¿Sois el capitan Don Diego,

Díjole Don Pedro, vos? —

Contestó altivo y sereno

Diego Martinez:

— Yo soy. —

— ¿Conoceis á esta muchacha? —

— Ha tres años, salvo error. —

— ¿Hicísteisla juramento

De ser su marido? —

— No. —

— ¿Jurais no haberlo jurado? —

— Sí juro. —

— Pues id con Dios. —

— ¡Miente! — clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.

— Muger, ¡piensa lo que dices! —

— Digo que miente, juró. —

— ¿Tienes testigos? —

— Ninguno. —

— Capitan, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor. —

Tornó Martinez la espalda

Con brusca satisfaccion,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme gritó.

— Llamadle, tengo un testigo.

¡ Llamadle otra vez, señor! —

Volvió el capitan Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcon,

La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió:

— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razon. —

— ¿Quién? —

— Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó

Mirándonos desde arriba. —

— ¿ Estaba en algun balcon? —

— No, que estaba en un suplicio

Donde ha tiempo que espiró. —

— ¿ Luego es muerto? —

—No, que vive. —

— Estais loca, ; vive Dios!

¿Quién fue? —

— El CRISTO de la Vega,

Á cuya faz perjuró. —

Pusieronse en pie los Jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelacion.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusion.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:

—“ La ley es ley para todos;
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al CRISTO que está en la vega
Tomareis declaracion.

VI.

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias:
Y detras monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,

Cada oual comentariando
 El caso segundo le cuadra.
 Entre ellos está Martínez
 En apostura bizarra,
 Calzadas espuelas de oro,
 Valona de encaje blanca,
 Bigote á la borgoñona,
 Melena desmelenada,
 El sombrero guarnecido
 Con cuatro lazos de plata,
 Un pie delante del otro,
 Y el puño en el de la espada.
 Los plebeyos de reajo
 Le miran de entre las capas,
 Los chicos al uniforme
 Y las mozas á la cara.
 Llegado el gobernador
 Y gente que le acompaña
 Entraron todos al claustro
 Que iglesia y patio separa.
 Encendieron ante el CRISTO
 Cuatro cirios y una lámpara,
 Y de hinojos un momento
 Oraron allí en voz baja.

Está el CRISTO de la Vega
 La cruz en tierra posada,
 Los pies alzados del suelo
 Poco menos de una vara;
 Hacia la severa imagen
 Un notario se adelanta
 De modo que con el rostro
 Al pecho santo llegaba.
 Á un lado tiene á Martínez,
 Á otro lado á Inés de Vargas,

Detras al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Despues de leer dos veces
La acusacion entablada
El notario á Jesucristo
Asi demandó en voz alta :

—“ *Jesus, Hijo de Maria,*
» *Ante nos esta mañana*
» *Citado como testigo*
» *Por boca de Inés de Vargas,*
» *¿Jurais ser cierto que un dia*
» *Á vuestras divinas plantas*
» *Juró á Inés Diego Martinez*
» *Por su muger desposarla? ”*—

Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires—; *Sí JURÓ!*—
Clamó una voz mas que humana.

Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen Santa—.
Los labios tenia abiertos,
Y una mano desclavada!

CONCLUSION.



Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martinez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fé,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada un año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

FIN.



ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

| | Páginas. |
|--|----------|
| El Dia sin Sol. | 1 |
| Á una Tórtola, | 21 |
| La Torre de Fuensaldaña. | 30 |
| La Duda. | 40 |
| Para verdades el tiempo y para justicias | |
| Dios. | 45 |
| La Virgen al pie de la Cruz. | 70 |
| Napoleon. | 82 |
| La sorpresa de Zahara. | 89 |
| Á los individuos artistas del Liceo. | 114 |
| El Amor y el Agua. | 121 |
| Á la muerte de***. | 127 |
| La Orgia. | 132 |
| El canto de los Piratas. | 137 |
| Oriental. | 139 |
| La Plegaria. | 143 |
| La Juventud. | 146 |
| La Amapola. | 152 |
| La noche y la inspiracion. | 155 |
| Un recuerdo del Arlanza. | 169 |
| Á buen juez mejor testigo. | 179 |

ADVERTENCIAS.



Con el objeto de evitar la confusion de notas, epígrafes y advertencias en algunas composiciones escritas en circunstancias determinadas, se ponen en este lugar para que el lector no las eche de menos.

La paráfrasi del *Dies irae* está espresamente escrita pára Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

El acreditado artista Don José Gutierrez pintó en el Liceo Artístico una bellissima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composicion que lleva por epígrafe *La Virgen al pie de la Cruz*. Inútil es por consiguiente decir que está dedicada al autor del cuadro.

La sorpresa de Zahara. Por haberse publicado esta composion en el periódico *El Español* tal como está, no ha hecho el autor en ella algunas correcciones de que tenia por cierto grave necesidad; pero acaso corregida sería enteramente nueva.

La Plegaria se publicó en el *No me olvides* acompañada de una estampa del Señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

En el tomo primero, página 29, entre los versos catorce y quince faltan estos ocho:

No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusion.

Para tí no habia tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No habia infierno de amores
Ni fastidio del placer. —
Un poeta...

